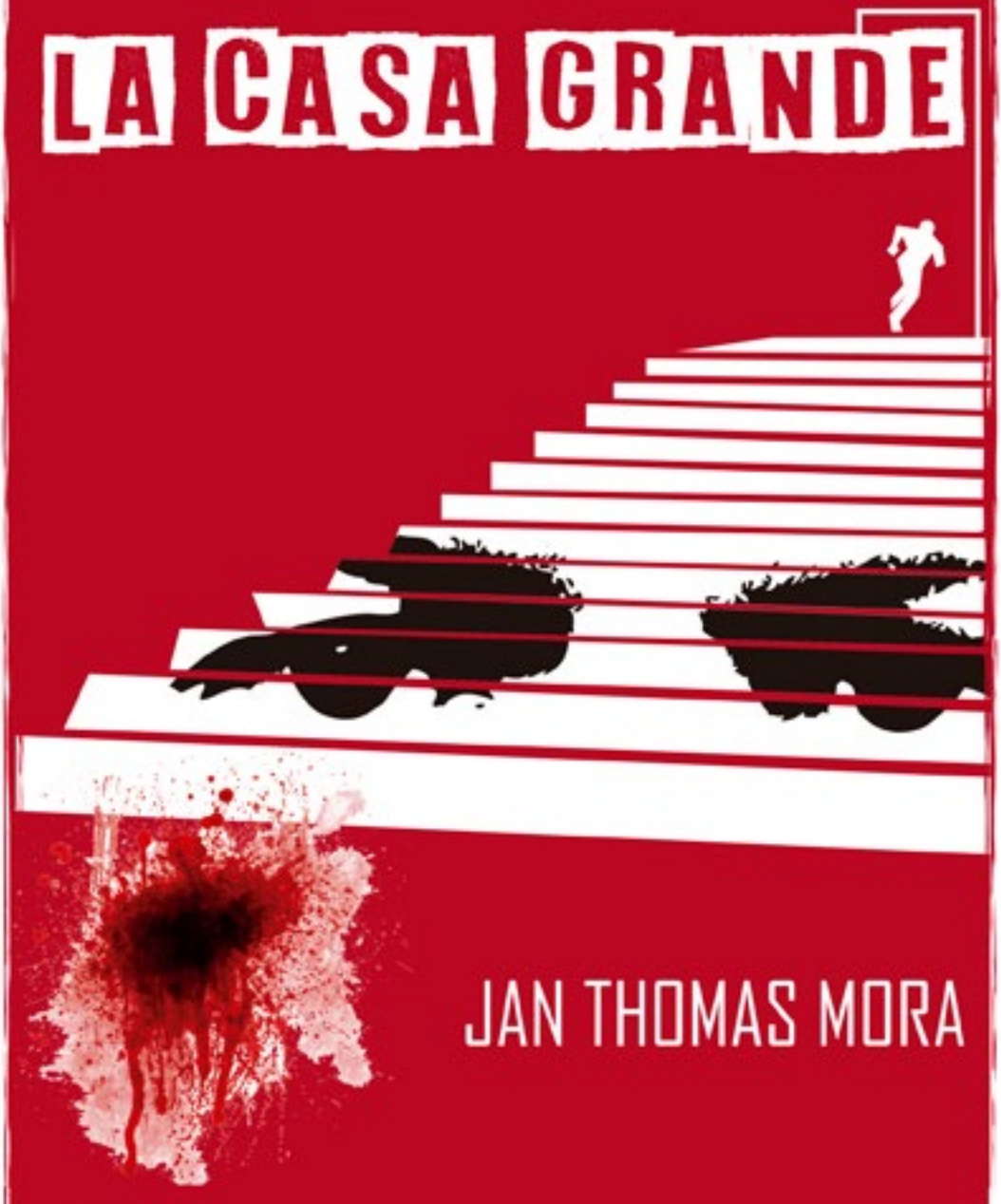
LA CASA GRANDE



JAN THOMAS MORA

Sultana del Lago

EDITORES



EDITORES

LA CASA GRANDE

Jan Thomas Mora

JanThomas Mora
Sultana del Lago Editores

Maracaibo, 2022.
PRIMERA EDICIÓN

HECHO EL DEPÓSITO DE LEY

ISBN: 9798417996948

Diseño de la portada:
Yoelia Nicol Mora Rujano

Diagramación y maquetación:
Sultana del Lago Editores

www.sultanadellago.com
+584246723597

Salvo lo dispuesto en los artículos 43 y 44 de la Ley sobre el Derecho de Autor, queda prohibida la reproducción o comunicación, total o parcial de este libro, siendo que cualquier individuo u organización que incurriere en la conducta impropia señalada, podrá ser perseguido penalmente conforme a lo establecido por los artículos del 119 al 124 eiusdem, constitutivos éstos del Título VII de la aludida ley y sin perjuicio de las responsabilidades civiles a las que pudiera haber lugar.

A **Justina Rujano Rujano**,
mi "Sara", mi todo. Mamá.

La vida no es la que uno vivió, sino la que uno recuerda
y cómo la recuerda para contarla.
Gabriel García Márquez

Ser testimonio de la historia es ser la misma historia.
Leonardo Azparren Giménez

Los venezolanos hemos generado muchos mitos en relación a nosotros
mismos, porque los venezolanos somos admiradores de los mitos,
porque no entendemos nuestra historia.
José Ignacio Cabrujas

PRIMERA PARTE
PRIMERA LECTURA

Uno no puede ponerse del lado de quienes hacen la historia,
sino al servicio de quienes la padecen.
Albert Camus

Cuatro botellas de vino acompañaron aquella primera lectura del texto teatral *Estamos en el aire*. El reloj de Dai Piñer marcaba las cuatro menos cuarto. La tarde estaba siendo amenazada por una tormenta que en cualquier instante podía caer sobre la ciudad.

Los seis lectores, con textos en mano y el calor que sentían, a pesar del tiempo de lluvia, comenzaron a leer.

ACTO ÚNICO
PRIMER MOMENTO: La llegada

Las ocho de la mañana. La sala muy iluminada.

JOSÉ TOMAS **(Con un libro en la mano. No se distingue el nombre del libro, sin embargo, se presume que es una novela de ciencia ficción. Lo lee)**.— Hace más calor que ayer…

JOSÉ MIGUEL **(A José Tomas)**.— Sube esas dos cajas a la habitación de José Manuel.

JOSÉ TOMAS **(Asombrándose de lo que lee en el libro)**.— ¡Sí! Hace más calor que ayer… Este calor que aparece, porque aparecen las grandes tragedias. Calor que se sumerge en nuestros poros y nos hace volvernos distintos… hasta distantes. Las grandes tragedias que se apersonan y nos hacen cambiar de ánimos. Con el calor se nos hunden las esperanzas, se nos marchitan los sentimientos. A veces llega y nos cambia la vida…

JOSÉ MANUEL **(Viendo a José Tomas)**.— Ya va a comenzar.

JOSÉ MIGUEL.— ¡Déjalo tranquilo! José Tomas, sube las cajas…

JOSÉ MANUEL.— Yo nunca estuve de acuerdo con volver a este país. Y en mudarnos a este pueblo, menos. ¡Tumeremo! Que nombre tan patético… **(Incómodo).** ¡Qué calor hace, Dios…!

JOSÉ MIGUEL.— ¡Por la patria!

JOSÉ TOMAS **(Desde las escaleras, lleva en las manos**

dos cajas algo pesadas y encima de ellas el libro que lee).— Todavía no sé cuál es la habitación de José Manuel.
JOSÉ MIGUEL.— La primera a mano derecha.
JOSÉ TOMAS.— Por la patria nuestros padres nos sacaron de este país, cuando aún estaba de brazos. **(Termina de subir las escaleras que dan al segundo piso).**
JOSÉ MANUEL **(Sarcástico)**.— José Tomas tiene razón… ¡Por la patria nos sacaron de aquí! **(Rezongando).** Volver después de veinticuatro años. No entiendo para qué…
JOSÉ MIGUEL.— Porque es nuestro.
JOSÉ MANUEL.— ¿Qué es nuestro?
JOSÉ MIGUEL.— El país…
JOSÉ MANUEL.— ¡No! Cuando mucho, lo único nuestro, es la nacionalidad… ¡El país no! Por nacionalidad ya tenemos dos… Yo me quedo con la otra.
JOSÉ MIGUEL.— Esta es la nacionalidad que siempre me ha gustado. La otra fue por necesidad, y por las leyes...
JOSÉ MANUEL.— Una "necesidad" necesaria. ¡Que calor tan infernal! **(Llamando a José Tomas).** José Tomas, baja.
JOSÉ TOMAS **(Mientras baja las escaleras. Trae el libro)**.— Son muchas las habitaciones que hay… todas amplias. Y ese pasillo, parece que nos quisiera llevar por un laberinto. Nos compraron ventiladores.
JOSÉ MANUEL.— Para rematar… ¡Ventiladores! José, por lo menos, tenía que haberles instalado aires acondicionado a todas las habitaciones…
JOSÉ TOMAS.— La tuya tiene uno, pero como que no funciona…
JOSÉ MANUEL.— Como todo en esta casa…
JOSÉ MIGUEL.— Deja ya la quejadera… ¿No te hace ilusión estar aquí?, ¿volver a encontrarnos con José, después de veinticuatro años?
JOSÉ MANUEL.— ¡No! No me hace ninguna ilusión… Nos teníamos que haber quedado en Ciudad León…
JOSÉ TOMAS **(Ensimismado en la lectura del libro)**.— En la capital había comenzado a llover… sus habitantes iban

a dejar de tener calor. Serían felices. La lluvia les traía una placidez… placidez mojada en sus cuerpos por las aguas estancadas.
JOSÉ MANUEL.— Allá no hacía tanta calor como aquí…
JOSÉ MIGUEL.— ¡Pues no! Este es nuestro lugar… Al lado de nuestro hermano.
JOSÉ MANUEL.— Mi lugar está allá… Desde que me convertí en uno de los tantos que se fueron de este país, mi lugar comenzó a ser aquel… ¡Soy un extranjero aquí!
JOSÉ TOMAS **(Entre la lectura y la conversa con ellos)**.— A mí me hace ilusión estar aquí…
JOSÉ MANUEL.— Pues quédate… ¡Yo me devuelvo!
JOSÉ MIGUEL.— Tú no te devuelves a ninguna parte. Esto ya lo habíamos hablado, José Manuel.
JOSÉ MANUEL.— Tengo treinta años… Y pensándolo bien, fue un error venir a este país… y peor aún, aceptar mudarnos a este pueblo. Por lo menos, en Ciudad León no estaríamos sudando como las paredes de esta casa…
JOSÉ TOMAS **(Entre la lectura y la conversa con ellos)**.— Las paredes de todas las casas de este país sudan de la misma manera.
JOSÉ MANUEL.— No comiences tú… Pásame el termo de agua…
JOSÉ MIGUEL.— Las cosas han mejorado…
JOSÉ MANUEL.— ¡Y el agua caliente! Sin nevera… Sin nada que enfríe tanta calentura. Aquí no ha mejorado nada, y lo sabes… ¡Hace mucho calor!
JOSÉ TOMAS.— Si no mejoramos nosotros, no mejorará nada.
JOSÉ MANUEL.— Que no comiences, muchacho mongólico.
JOSÉ MIGUEL.— Respeta.
JOSÉ MANUEL **(Irónico)**.— Disculpa, Tomasito.
JOSÉ TOMAS.— Tengo veinticinco años, hermanito.
JOSÉ MANUEL.— Y cuando te fuiste de aquí yo te llevaba agarrado de la mano.

JOSÉ MIGUEL.— Y yo a ti.
JOSÉ MANUEL.— No te pedí que lo hicieras…
JOSÉ MIGUEL.— Malagradecido. Tenía que haberte dejado en este país… a lo mejor, serías más humano, no el ser caprichoso en el que te convertiste. A lo mejor, hubieras aprendido a convivir con el calor de Maracaibo o la sequía del Amazonas.
JOSÉ TOMAS **(Entre la lectura y la conversa con ellos)**.— O estarías muerto.
JOSÉ MANUEL.— Y estando muerto estaría feliz. No estaría viviendo estas calamidades… este calor que me atormenta, que me quieres imponer, José Miguel.
JOSÉ MIGUEL.— Yo no te impongo nada… Si lo que quieres es irte, agarra tus maletas y lárgate. Eso sí, te olvidas de que soy tu hermano.
JOSÉ MANUEL **(Sarcástico)**.— Deja el drama…
JOSÉ MIGUEL.— No es ningún drama… Uno también se cansa de tus patanerías… Báñate para ver si se te pasa por lo menos el calor… Haz lo que quieras. **(Pausa larga).**
JOSÉ TOMAS.— La señora Zoraida viene más tarde a continuar con la limpieza. **(Entre la lectura y la conversa con ellos).** Hay que limpiar el agua estancada.
JOSÉ MANUEL **(Tocando un mueble, mientras observa el polvo y ríe sarcásticamente)**.— Creo que no ha comenzado…
JOSÉ TOMAS **(Entre la lectura y la conversa con ellos)**.— Si no comenzamos nosotros…
JOSÉ MANUEL.— Yo no tengo que comenzar nada, por algo soy hermano del dueño. ¡El gobernador!
JOSÉ TOMAS.— Así piensan todos.
JOSÉ MIGUEL.— El calor que nos altera.
JOSÉ TOMAS.— Anoche, antes de irse, la señora Zoraida me dijo, que en la platabanda de la casa hay muchos zapatos guindados en un asta. **(Entre la lectura y la conversa con ellos).** Zapatos que se mojan con el agua del cielo… Los zapatos en el aire del pueblo. ¡Su bandera pues! Que no nos

preocupemos por eso.
JOSÉ MANUEL.— ¿Zapatos en el aire?
JOSÉ MIGUEL.— Si, zapatos en el aire. José, en el último correo electrónico me indicó lo mismo. Significan tanto para los habitantes de Tumeremo. Esos zapatos ya forman parte de cada una de sus vidas. Y pensar que esos zapatos inmortalizan la tragedia… Hay que dejarlos ahí… es un símbolo, un homenaje a los mineros asesinados.
JOSÉ TOMAS.— Eso me dijo ella. José los ubicará mañana en otro lugar. Creo que cerca de la plaza del pueblo. Y quiere hacerlo en el marco de su nombramiento como gobernador.
JOSÉ MANUEL.— Hasta nuestro hermano se aprovecha de las desgracias para ganar popularidad. ¡Como todos los políticos! ¡Zapatos en el aire! Bien bueno…
JOSÉ TOMAS.— Son muchos zapatos… Se ven que les han pasado muchos años… **(Entre la lectura y la conversa con ellos).** Que han pasado muchas lluvias…
JOSÉ MANUEL.— A todo en este país le han pasado los años. ¡A este país le dejó de pasar la vida! Solo le pasan los años… Le ha golpeado los años. Lo ha hundido los años… el calor lo ha secado.
JOSÉ TOMAS.— Gracias a Dios que no te quedaste aquí…
JOSÉ MANUEL.— Que no comiences…
JOSÉ MIGUEL.— Bueno ya… José Tomas, ayúdame a llevar estas cajas a la cocina. **(José Tomas sale a la cocina con las cajas y el libro que lee. José Miguel se dirige a José Manuel quien está cerca de la escalera para comenzar a subirla. Le entrega una caja).** Y tú, enciérrate en tu habitación con tus secretos. Y ya te lo dije, báñate o prende el ventilador, para ver si te enfrías. **(Sube las escaleras con la caja. Pausa larga).**
ZORAIDA **(Abriendo la puerta que da a la calle. Trae paquetes en las manos)**.— Buenas días… ¿Hay alguien?
JOSÉ MIGUEL.— ¿Cómo está, Zoraida?
ZORAIDA.— Bien... Me encargó el señor José que les trajera el desayuno.
JOSÉ MIGUEL.— ¿Y cómo, José todavía no viene?

ZORAIDA.— No. Anda liado con los preparativos de su nombramiento. Es mañana.
JOSÉ MIGUEL.— ¡Lo sé! Pero, llevamos aquí casi dos días, y aún no lo hemos visto… Tenía más comunicación con él estando lejos, que aquí… en nuestra misma tierra.
ZORAIDA.— Su hermano es así. El señor es un hombre muy ocupado… Por eso me pidió que estuviera pendiente de ustedes…
JOSÉ MIGUEL.— ¿Lo veremos hoy?
ZORAIDA.— Sí. En cualquier momento el señor José vendrá a la casa. Les da la sorpresa…
JOSÉ MIGUEL.— ¿Más sorpresas? Toda esta casa… todo este país, nos ha dado, y nos sigue dando sorpresas. **(Pausa incómoda).**
ZORAIDA.— Hoy amaneció más caluroso el día…
JOSÉ MIGUEL.— Mucho…
ZORAIDA **(Acomoda los paquetes que trae)**.— Acomodo esto por aquí, mientras les sirvo el desayuno. Deben tener hambre.
JOSÉ MIGUEL.— Bastante. **(Llamando a José Tomas y a José Manuel).** José Tomas y José Manuel, a desayunar… **(Comienzan una conversa mientras la ayuda).** ¡Muchos años trabajando con mi hermano!
ZORAIDA.— Sabe que he estado toda la vida al lado de su hermano, señor José Miguel. Así como desde pequeña estuve con sus padres, que en la santa gloria estén.
JOSÉ MIGUEL.— Recuerdo que ya tenías muchos años con nosotros cuando papá nos mandó fuera del país…
ZORAIDA.— Treinta años. Era una niña cuando llegué a la casa de ustedes. El señor Gabriel y la señora Ángela fueron unos padres para mí.
JOSÉ MIGUEL.— Por eso su lealtad con José…
ZORAIDA.— Y con ustedes, si no se hubieran ido. **(Comienza José Manuel a bajar las escaleras rápidamente).**
JOSÉ TOMAS **(Viene de la cocina. Trae el libro que lee)**.— No nos fuimos… Nos fueron.

ZORAIDA.— Era necesario.
JOSÉ MIGUEL.— Si… ¡Necesario!
JOSÉ MANUEL.— Así como necesario era no volver. **(Viendo el desayuno).** Debo reconocer que se ve muy bien esto. Mejor que el desayuno del hotel de mala muerte donde nos quedamos. La comida que no hay en el hotel, la hay aquí… Eso es lo bueno de ser hermano de un gobernador de este país. ¡Nunca le va a faltar la comida!
JOSÉ TOMAS.— Y empezamos otra vez.
JOSÉ MIGUEL.— Come mijo, para ver si te calmas.
JOSÉ TOMAS.— Ni toda la comida de este pueblo lo calma a él…
JOSÉ MIGUEL.— Come calladito, José Tomas.
ZORAIDA.— Espero les guste.
JOSÉ MIGUEL.— Muchas gracias, Zoraida.
JOSÉ TOMAS.— Gracias.
ZORAIDA.— Yo voy a continuar con la limpieza. **(Saliendo en dirección a la cocina).**
JOSÉ MIGUEL.— Y, ¿cómo ha estado José?
ZORAIDA.— Muy bien. Ocupado. El señor José es un hombre muy activo. Siempre hace muchas cosas a la vez.
JOSÉ MIGUEL.— ¿Y lo llamas señor José? Si nosotros somos como familia. Y más tú y él. Con tantos años juntos, deberían haber acabado con las formalidades.
ZORAIDA.— La costumbre, señor José Miguel…
JOSÉ MIGUEL.— Sin el señor…
ZORAIDA.— Perdone, pero es difícil para mí.
JOSÉ MIGUEL.— Nada de eso… Además, siempre te estaremos agradecidos…
JOSÉ MANUEL.— Yo no tengo que agradecerle nada.
JOSÉ MIGUEL.— Sigue comiendo…
ZORAIDA.— Siempre estaré a sus órdenes… Y ahora, si me permiten, me retiro a la cocina. Hay muchas cosas por hacer aún.
JOSÉ MIGUEL.— Gracias por cuidar de José, de esta casa. Por todos estos años al lado de la familia.

JOSÉ MANUEL.— ¡Lo que queda!
ZORAIDA.— Era y es mi deber.
JOSÉ MIGUEL.— Gracias a su apoyo José pudo salir adelante…
ZORAIDA.— El señor José siempre se ha valido por sí solo. Ya tenía veintiún años cuando ustedes se fueron.
JOSÉ MIGUEL.— Pero siempre estuvo ahí, a su lado.
ZORAIDA.— Zoraida Salazar jamás iba a dejarlo abandonado, con todo y que era un hombre… ¡Con permiso! **(Va a la cocina).**
JOSÉ TOMAS.— ¡Que mujer tan extraña!
JOSÉ MANUEL.— ¡Tú eres extraño!
JOSÉ MIGUEL.— ¡Tú más! **(José Tomas y José Manuel se hacen mofas y ríen).**
JOSÉ MANUEL **(Comiendo)**.— La gente que quedó en este país es extraña. Como la nueva estirpe que nació. He leído por todas partes que se quedó una raza manchada… unos zombis, ahogados en el caos de las cosas. Bachacos y hormigas comiéndose entre sí. Estirpe condenada a más de cien años de soledad. ¡Este calor nunca va a terminar!
JOSÉ TOMAS.— Tú tenías seis años cuando nos fuimos del país…
JOSÉ MANUEL.— ¿Y eso qué?
JOSÉ TOMAS.— Lo digo por aquello del linaje y las cosas extrañas de la vida…
JOSÉ MANUEL.— Muchacho pendejo.
JOSÉ MIGUEL.— Comamos… **(Después de una pausa larga. Terminan de comer. José Tomas prosigue leyendo).** Quiero salir a recorrer las calles de Tumeremo, ¿quién me acompaña?
JOSÉ MANUEL.— Que te acompañe José Tomas. Yo no salgo de aquí.
JOSÉ TOMAS.— Creo que ni hoy, ni nunca.
JOSÉ MANUEL.— Es el hastío de este pueblo. Es el calor. Si hay tanto calor aquí, no me quiero imaginar cómo estarán las calles de este "paraíso".

JOSÉ MIGUEL.— Como quieras.
ZORAIDA **(Apareciendo de la cocina. A la escalera)**.— Subiré a las habitaciones…
JOSÉ MANUEL.— A mi habitación no entre.
ZORAIDA.— Como diga el señorito. **(Se detiene comenzando las escaleras)**.
JOSÉ MIGUEL.— Que tanto misterio, Manuelito…
JOSÉ MANUEL.— José Manuel… tengo treinta años ya hermanito.
JOSÉ TOMAS **(Leyendo)**.— Las cosas extrañas de la vida…
ZORAIDA **(Desde las escaleras)**.— Hace seis meses que no veníamos a la casa.
JOSÉ TOMAS **(Leyendo)**.— Hace seis meses que no llueve…
ZORAIDA.— Hace seis meses que no llueve en todo el estado. La casa ha permanecido cerrada estos seis meses… las cosas se comienzan a echar a perder sino se les da uso.
JOSÉ TOMAS **(Leyendo. Absorto)**.— La tierra se comienza a secar si no le cae el agua del cielo… así sea agua estancada.
ZORAIDA.— La nevera la vienen acomodar en la tarde…
JOSÉ MIGUEL.— Gracias. Zoraida, ¿y los zapatos?
ZORAIDA.— Los retirará el señor José mañana en un acto público, después de su nombramiento.
JOSÉ TOMAS **(Cerrando el libro)**.— Ya te lo había dicho, José Miguel…
JOSÉ MANUEL.— ¡Qué tanto show por unos zapatos! En todas las favelas de Río de Janeiro, encontramos zapatos guindados. Los pandilleros montan los zapatos en los cables de luz… o los "zapatos en el aire", en señal de dominio de determinadas zonas. Son ratas que se adueñan de la barriada, de las favelas. Y son muchos los zapatos que se llegan a encontrar en las favelas...
ZORAIDA.— Diecisiete…
JOSÉ MANUEL.— ¿Cómo?
ZORAIDA.— Que son diecisiete los zapatos que están subi-

dos al asta. **(Directa)**. Y no por ratas… sino por victimas…
JOSÉ TOMAS.— Por los diecisiete mineros asesinados en la masacre.
ZORAIDA **(Sorprendida)**.— ¡Sí! Por diecisiete mineros asesinados en aquella masacre…
JOSÉ TOMAS.— ¿Por qué los zapatos están aquí, en la platabanda de la casa de nuestro hermano?
ZORAIDA.— Cuando llegamos de Maracaibo, el señor José y yo, esto era un terreno vacío… Un terreno vacío que colindaba con la entrada a la mina *La bulla de Atenas*. Todo esto pertenecía al *Fundo de Atenas*. Y fue en este mismo lugar, donde, hace ya muchos años, se hizo la alcabala improvisada, en la que él ocasionó la más grande y, única masacre que se haya tenido en el pueblo de Tumeremo…
JOSÉ MIGUEL.— Esa es la masacre de la que tanto me habló José… de eso hace ya unos veinte años…
JOSÉ TOMAS.— Veinticuatro…
JOSÉ MIGUEL.— Eso…
ZORAIDA.— Hace veinticuatro años… se había secado la tierra. Hacía seis meses que no llovía… Hacía calor…
JOSÉ MANUEL.— ¡Hace calor!
JOSÉ TOMAS.— En este país cuando pasan meses sin llover, como que ocurren grandes masacres… **(Dejando el libro en la mesa del comedor).**
JOSÉ MANUEL.— Como esta que voy a comenzar a vivir aquí…
JOSÉ MIGUEL.— ¡Por Dios!
ZORAIDA.— En el suelo se veían los surcos, huellas dejadas por una máquina pesada... huellas dejadas por personas. Muchos periodistas visitaban la zona de Nuevo Callao, por aquellos días de marzo del dieciséis, junto a un grupo de familiares de las víctimas de la masacre del pueblo. Los dolientes deseaban encontrar cuanto antes los cuerpos de los suyos y no dieron con ellos, a pesar de que el sitio había sido elegido por los asesinos para sepultarlos. El día que el señor José tuvo que cruzar la frontera hacia el Brasil, por trabajos de la alcaldía, se

cumplía una semana de la matanza que despertaron lamentos y protestas, que traspasaron los límites entre los pueblos… entre los países. **(Como evocando al recuerdo).** Ellos, los hombres que buscaban los cadáveres de los mineros dejaron las motos en las que llegaron y se fueron a buscar hacia los matorrales. Pero los cuerpos no estaban allí. Para encontrarlos, no tenían que internarse en la selva. No estaban en un barranco, ni en un hoyo profundo, ni dentro de una mina como se había elucubrado. Tres días después de aquella excursión, se descubrió que los muertos estaban debajo de la vía que habían transitado. Encima tenían una montaña de arena.

JOSÉ TOMAS.— ¿Y la vía quedaba…?

ZORAIDA.— Justamente aquí. Por esta sala pasaba la carretera del pueblo, la carretera que unía Tumeremo con La Bomba y El Dorado.

JOSÉ TOMAS.— ¿Ya no los une?

JOSÉ MANUEL.— Al país ya no lo une nada…

ZORAIDA **(Firme en lo que dice)**.— El señor José fue un alcalde joven, recién llegado al pueblo, pero con el suficiente apoyo de la gente… siempre han estado con él, ahí, fieles; trabajando por un mejor pueblo. Un pilar fundamental de la revolución por estas tierras. En su mandato, con el apoyo del antiguo gobernador, amplió las vías. Construyó la nueva carretera por donde está ahora. Mejoró así el tránsito y la comunicación entre este municipio y los municipios del norte, Piar, Roscio y El Callao, así como el municipio de la Gran Sabana, al sur del Estado.

JOSÉ MANUEL **(Irónico)**.— Un Dios comunicacional el José… ¡Un político como pocos!

JOSÉ TOMAS.— Deja tu ironía.

ZORAIDA.— El señor José ha sido un político ejemplar para Tumeremo, para *La puerta de la sabana*, como le dicen. Siempre ha querido lo mejor para sus pobladores. Desde que llegó aquí, ha trabajado a favor del progreso del pueblo. Y ahora, como gobernador de todo el estado, hará mejores cosas a favor de su bienestar. Por eso quiso hacer su juramentación

desde aquí, desde esta parte del estado Bolívar, y no desde su capital. El señor José, jamás va a olvidar a su pueblo. Tiene más de la mitad de su vida, metido entre su gente. Entregado a su monte… su tierra. Desde aquí, el señor José, ha hecho y hace lo mejor, no solo por su estado, sino también por su país.

JOSÉ MANUEL **(Riendo)**.— ¡Que ha sido poco!

ZORAIDA.— No señor, José Manuel. ¡Ha sido mucho! Pero pasa que es más fácil recordar masacres, que las obras buenas de algunos hombres que quieren el bien para su patria.

JOSÉ MANUEL **(Firme en lo que dice, como lanzando dardos)**.— La masacre de Tumeremo trataron de ocultarla. Si no fuese por el trabajo de los periodistas que no le tenían miedo al régimen que mandaba por aquellos años, no se hubiese sabido nada, porque a los familiares de la victimas los aislaron. La realidad del país había que ocultarla y no cambiarla, y no podía cambiar, porque seguía mandando en el país un tumor maligno. ¡Creo que sigue mandando!

ZORAIDA.— Seis años de edad tenía usted cuando se lo llevaron del país… ¡Usted no sabe nada señorito!

JOSÉ MANUEL.— Es verdad, seis años tenía; pero allá continué sabiendo de este país.

ZORAIDA.— A lo mejor solo supo de una parte. La parte fundamentada en los rumores…

JOSÉ MANUEL.— Los rumores son siempre verdades…

JOSÉ TOMAS.— No siempre… Los rumores son solo eso… ¡Rumores!

JOSÉ MIGUEL.— Algo supe por mi cuenta, de la masacre de Tumeremo… José no hablaba conmigo de los problemas que atravesaba el país, y menos sobre los problemas de este pueblo.

JOSÉ MANUEL.— Y que siguen atravesando… el pueblo y el país. ¡Que calor! **(Se sofoca. Pausa incómoda para Zoraida).**

ZORAIDA.— Ya para el año que ustedes se fueron…

JOSÉ TOMAS.— Nos fueron…

ZORAIDA.— …No nos habíamos mudado, aunque ya le habían dado el traslado para acá, para el estado Bolívar, como nuevo director de la minera, al señor Gabriel. Para ese año, aún estábamos en Maracaibo…
JOSÉ MANUEL.— Y seis meses después, los queman vivos…
ZORAIDA.— Sí... seis meses después los queman. Ustedes lejos del país… el señor José y yo, ocultos, por aquellas fronteras con Colombia, para salvar nuestras vidas. **(Temerosa).** Los muertos que asesinó la trasnacional petrolera, donde el señor Gabriel trabajaba, cruzaron la frontera con nosotros. A veces siento, que aún siguen a mi lado. No sé si al lado del señor José…
JOSÉ MIGUEL.— Tenía yo dieciséis años, cuando se produjo esa masacre. Ese gran homicidio que papá ocasionó. Aún lo recuerdo… Papá llegó medio desnudo, con su cuerpo agujereado por los estallidos de lodo negro que continuaba brotando de la tierra.
ZORAIDA.— Había que irse del pueblo, y ellos no quisieron irse… ¡Hacía mucho calor ese día!
JOSÉ TOMAS.— Es el calor que aparece cuando aparecen las grandes tragedias. El calor que sumerge veneno en nuestros poros y nos hace volvernos distintos… hasta distantes. Las grandes tragedias que se apersonan y nos hace cambiar de ánimos. Con el calor se nos hunden las esperanzas, se nos marchitan los sentimientos. Y es que llega el calor y nos cambia la vida… Ni llueve el agua estancada.
JOSÉ MIGUEL.— Eran tantos muertos, que ya no le cabían en la cabeza… ¡El pueblo lo sabe!
JOSÉ MANUEL.— Papá no mató a nadie.
JOSÉ TOMAS.— ¡El pueblo lo sabe! Los pueblos de cualquier país siempre lo sabrán. No se puede pretender que la vida de no sé ya cuántas personas, desaparezcan de la nada…
ZORAIDA.— El señor Gabriel trabajaba para esa trasnacional. Él estuvo ahí… Eran muchas las casas quemadas… Muchos los muertos a quemarropa.

JOSÉ MANUEL.— ¿Qué insinúa Zoraida?
ZORAIDA.— ¡Nada! El señor Gabriel amó a su tierra como nadie. Buscaba por todas partes el progreso de su país, al precio que fuera. ¡El oro negro estaba dando ese progreso! El señor Parker, el dueño de la petrolera, vivía ayudando... Y como siempre decía el señor: Es necesario eliminar de la pradera la hierba mala y dejar la grama tierna y verde que florece en busca de la nueva patria. **(Pausa incomoda entre todos. Se desplazan en el lugar).**
JOSÉ TOMAS **(Agarra el libro. Se sienta. Retoma la lectura. Entre la lectura y la conversa)**.— Él llegó medio desnudo, con su cuerpo agujereado por los estallidos de lodo negro que aún continuaba brotando de la tierra. Lo que quedaba de pueblo se convirtió en una estampida diabólica que aniquilaba todo lo que encontrara a su paso. ¡Ese todo era él! Permanecieron en silencio… abrazados a un miedo rotundo por lo que ya era obvio. Veinte litros de gasolina sobre sus cuerpos… **(Fijamente viendo a los otros).** ¡Sobre nuestra casa!
JOSÉ MANUEL **(Atragantado. Triste)**.— ¡Los dos se quemaron con el pueblo! ¡Los dos se convirtieron en un solo cuerpo! ¡Los dos se murieron de calor!
JOSÉ MIGUEL.— A veces los recuerdos que te inventas, se convierten en momentos reales.
ZORAIDA.— Y aquí tenemos, el señor José y yo, veinticuatro años… andando por estas calles, por estos montes. Viviendo con esta gente.
JOSÉ MANUEL.— ¡Sobreviviendo!
ZORAIDA.— Creo que fueron los muertos que se vinieron con nosotros de Maracaibo, los que provocaron aquella masacre en marzo del dieciséis .
JOSÉ TOMAS.— Los muertos no causan masacres. Las causan los vivos.
ZORAIDA.— Pero llaman a las almas.
JOSÉ MIGUEL.— Me imagino que para los habitantes del pueblo, aquella masacre de hace veinticuatro años, se recuerda como una fecha de dolor.

ZORAIDA.— Se recuerda señor… Por eso los zapatos…
JOSÉ TOMAS **(Continua leyendo)**.— ¡En el aire!
JOSÉ MIGUEL.— Por lo que me llegó a decir José y lo que leí en alguna oportunidad… ese día se cometió una masacre que acabó con la vida de muchos mineros. Allí…
JOSÉ TOMAS **(Entre la lectura y la conversa)**.— …aquí, donde el oro se encuentra bajo la tierra, la jornada de cientos de trabajadores de *La bulla*, pequeño yacimiento aurífero, cercana al *Fundo Atenas*, se vio trastocada por el horror de los asesinatos en masa.
ZORAIDA **(Absorta. Recordando)**.— La historia de ese día comenzó en la madrugada, a sólo veinte minutos de aquí… la capital del municipio Sifontes, Tumeremo, donde vivía la mayoría de las víctimas. En este mismo lugar se instaló la alcabala donde los delincuentes, presuntamente comandados por él, dividían a los mineros: los que morirían y a los que les perdonarían la vida.
JOSÉ MANUEL.— Este es el único país en el mundo donde se puedan hacer alcabalas improvisadas y nadie dice nada. **(Incisivo)** ¿Dónde estaba el alcalde? ¡Mi hermano! ¿Las fuerzas policiales? ¿La Guardia Nacional? **(Pausa).** ¡Es el país que hace silencio! **(Zoraida se sorprende por lo que acaba de decir José Manuel).**
JOSÉ TOMAS **(Deja de leer)**.— Zoraida, ¿quién es él?
ZORAIDA **(Absorta)**.— Los habitantes del pueblo agarraron de cada muerto un zapato, lo alzaron en esa asta, en homenaje a ellos. Esos zapatos en el aire vienen siendo nuestra bandera por veinticuatro años.
JOSÉ MIGUEL.— ¿Quién es él?
ZORAIDA **(Volviendo a la realidad)**.— Después… el señor José compró el terreno vacío y construyó esta casa. Permitió que siguiera existiendo el asta, con los zapatos en el aire. Los puso en lo más alto; por eso están en la platabanda de la casa. **(Convencida de lo que dice).** El señor José, antes de ser alcalde, se convirtió en el hombre más adinerado del Estado Bolívar… ¡De Tumeremo!

JOSÉ MANUEL.— ¿Quién es él?
ZORAIDA.— Está prohibido nombrarlo en esta casa… en este pueblo.
(Onírico).
JOSÉ TOMAS.— Es el misterio…
JOSÉ MIGUEL.— Es el miedo.
JOSÉ MANUEL.— Es el diablo.
JOSÉ TOMAS.— Son los silencios de las víctimas.
JOSÉ MANUEL.— Es la mentira…
JOSÉ TOMAS.— La mentira cubierta entre rumores…
JOSÉ MIGUEL.— La mentira hecha verdad de tanto repetirla.
JOSÉ MANUEL.— La mentira que los come…
JOSÉ TOMAS.— La mentira que les miente…
JOSÉ MIGUEL.— En la cobardía.
JOSÉ MANUEL.— La cobardía de la gente…
JOSÉ TOMAS.— La cobardía de un pueblo…
JOSÉ MANUEL.— De un país…
JOSÉ MIGUEL.— ¡Del mundo!
JOSÉ TOMAS.— ¡De un país que hace silencio!
(Fin de lo onírico).
ZORAIDA **(Dirigiéndose a la escalera. Algo nerviosa)**.— Con permiso, voy a continuar con la limpieza de las habitaciones…
JOSÉ MANUEL.— Recuerde, a mi habitación no entre…
ZORAIDA.— Como usted ordene. **(Mientras sube las escaleras).**
JOSÉ TOMAS **(Abre el libro para retomar la lectura. Se distrae)**.— Tú siempre tan gentil…
JOSÉ MANUEL.— Hago lo que puedo… Además, esa mujer es muy extraña.
JOSÉ TOMAS.— Las cosas extrañas de la vida…
JOSÉ MANUEL.— No de nuevo hermanito…
JOSÉ TOMAS **(Cierra el libro)**.— ¿Salimos, José Miguel?
JOSÉ MIGUEL.— ¡Si, salimos! **(Acercándose a la puerta que da la calle).**
JOSÉ **(Entrando. Viene de la calle)**.— ¿A dónde van los señores?

JOSÉ MIGUEL.— ¡Hermano!
JOSÉ TOMAS.— ¡José!
JOSÉ MANUEL.— Las cosas extrañas de la vida…
FIN DEL PRIMER MOMENTO.

SEGUNDA PARTE
CONOCERNOS

Un día le encargaron un pastel para la fiesta del Partido Municipal, y ella hizo un quey revolucionario: con merengue azul, blanco y rojo hizo la bandera cubana de "fresa y chocolate". Se acabó la fiesta de los destacados en el cumplimiento del deber y la bandera seguía intacta, nadie se la comía. Ella pensó que era que su bandera estaba mala o se había echado a perder con tanto ajetreo. Toda nerviosa, lo averiguó: "Lo sentimos mucho, compañera, pero los símbolos patrios no se comen". La Dulcera fue presidenta del CDR mucho tiempo, pero un día se levantó con el santo jorobao, y dijo que se iba para Miami. Que estaba cansá de hacer panetelas en fogones de leña que le tiznaban el alma. Que estaba cansá de tener que vender los recuerdos para poder bañarse. Que estaba cansá de tanta comedura de mierda. Que estaba cansá. Que se iba, porque "yo creo que allí sí se puede comer los símbolos de la patria y seguro se come menos miedda que aquí".

Luis Deulofeu

Tomas Rujano había invitado a su productor y mejor amigo Eduardo Pe, al director Dai Piñer, al actor Manuel Castro Bermúdez, al crítico literario Tere De Jesús y a la conocida e importante actriz de la ciudad, Patty Canino, a su apartamento. Era la tarde del veintiséis de mayo de 2016 y hacían dos meses que había ocurrido al sur del país la masacre de Tumeremo, hecho que había impactado y sacudido para siempre, el coloquio existencial de Rujano.

En esa masacre perdería a su primer amor, ese que muchos logran tener en los años de la juventud.

Tomas estaría siempre enamorado de todo y de todos: "un hombre enamorado", así siempre estuvo, así siempre lo dijo. Sin embargo, solo amó a tres personas distintas, en tres oportunidades diferentes. Este primer amor, se había ido para la ciudad de Tumeremo, en diciembre del 2015 a supervisar una mina de oro por orden del gobierno. Cristian se había vuelto ingeniero ambiental. Lo que no sabría, ni él, ni nadie, que allá lo estaría esperando la muerte. Con todo, y que, a Tomas, lo había devastado la perdida de ese primer amor, buscó por medio de sus palabras hacerle un homenaje.

Por esos días de mayo de 2016, Manuel y Tomas comenzaban a salir. Se comportaban como novios, pero en secreto. Pablo, el ex de Manuel, permanecía en coma. Sara tercera Bermúdez, madre de Manuel y dueña de *La casa grande*, continuaba hospedando estudiantes en dicha casa, que tenía años convertida en pensión para estudiantes, como para familias provenientes del interior del país. Las morochas: Andrea y Victoria, hermanas de Manuel, continuaban más unidas que nunca. Aunque Andrea, en los días finales de la culminación de su carrera de diseñadora, evaluaba la opción de irse del país. Victoria no evaluó nunca nada. Su condición de persona especial se lo limitaba. Jorge, hijo de Pablo y Manuel, cursaba su sexto grado de la primaria. Ya no podía llevar las dos arepas que acostumbraba a hacerle Sara, su abuela. La harina de maíz había escaseado de Ciudad de León.

Jorge había sido concebido una noche cualquiera del mes de marzo de 2005, en la que Pablo, acostándose con una las tantas jóvenes de la cuadra por donde quedaba la pensión, dejó embarazada a una muchacha cualquiera en esa primera y única vez. Sin existir nunca ningún sentimiento, la joven se fue de Ciudad de León al saberse embarazada. Un año después, la madre tocó a la puerta de *La casa grande* con un niño de cinco meses.

Era abril de 2006.

—¿Está Pablo? —Preguntó la joven.

—No. —Dijo Sara tercera, mientras abría la puerta.

La joven le entregó el niño a Sara, como quien entrega cualquier cosa, un remedio, un pedido o simplemente un kilo de papas comprado en el mercado. Sin el mínimo de remordimiento.

—Dígale que es su hijo. Que nació el veinticinco de noviembre del año pasado. Y que lo llame como quiera. —Dijo. Lo dejó. Y se dispuso a continuar su camino. Su vida.

Sorprendida y sin dejar de ver a la muchacha que se alejaba, Sara abrazó al niño y mirando al infinito afirmó *"¡otra boca que alimentar!"*. No la llamó a gritos, no hizo algún gesto de desprecio. No abandonó al niño. Entró y esperó con la criatura en los brazos a que llegara el padre.

Horas después, entrando Manuel y Pablo por la puerta, el niño comenzó a llorar.

—Es tuyo. —Dijo Sara tercera.

—No entiendo. —Afirmó Pablo. Sorprendido y mirando de manera contrariada a Manuel. De verdad no entendía lo que estaba sucediendo.

—Y así lo niegues, se quedará aquí, se llamará Jorge, porque me da la gana que lleve ese nombre. Y lo criaremos entre todos. No permitiré que este niño pague por la culpa de un degenerado, drogadicto y maricón, que vive con mi hijo, y que también se acuesta con mujeres. Mucha liberación sexual para mi edad. —Muy molesta hablaba Sara, mientras caminaba con Jorge en los brazos, en dirección a su cuarto.

Pablo y Manuel no emitieron ningún comentario. Esa noche a Pablo le tocó dormir en el mueble de la sala, donde todos los inquilinos lo miraban. Manuel estaba tan molesto y confundido que no le permitió dormir en su cuarto. Manuel esa noche descubriría que Pablo no sería más el hombre de su vida. Pero si el hombre de su cuerpo y de sus deseos sexuales por ocho años más.

Sara tercera, habría de querer tanto a Jorge, que jamás permitió que el niño sufriera por las locuras de su padre Pablo y los tormentos teatrales de su padre Manuel. Le celebró su bautizo, como cada uno de sus cumpleaños, hasta el día en el que comenzaron a desaparecer los ingredientes para poder hacer una torta en Ciudad de León. Hasta esos días en los que las colas fueron tan eternas para comprarlos, que más nadie, incluyendo Jorge, celebró, ni cantó, *cumpleaños feliz.*

Las morochas nacieron un veintiséis de mayo de 1993, Manuel cumpliría en septiembre los once años y esperaba a sus morochas como el regalo más grande que el niño Jesús podía traerle, aunque aún no fuera diciembre.

No eran hijas de Manuel Castro Belandria. Padre de Manuel y esposo de Sara.

Sara tercera le había sido infiel por cuatro años y medio con Jorge Solórzano. Joven estudiante y de izquierda, trece años menor que ella, y que desde 1987, se hospedaría en *La casa grande* como uno de los tantos estudiantes, que habían llegado del interior del país a Ciudad de León.

Manuel Castro Belandria le fue infiel siempre. Nunca cumplió ese juramento que le hizo frente al altar y que desde los días que se mudaron a la pensión se lo repetía constantemente a Sara, a raíz de la primera infidelidad que ella le descubriera con su empleada: la mamá de José Manuel. Le fue infiel incluso hasta después de su muerte, cuando presenció, como su primera y divorciada esposa, en la funeraria, la pelea que terminó a golpes entre tres mujeres que conocería esa noche,

como queridas, amantes y supuestas esposas de él, y que reclamaban la herencia que Manuel, en vida, les había hecho creer que tenía.

—Y estas creen que tu papá dejó dinero. Las veré llorando más tarde cuando sepan todas las deudas que deben asumir ahora ellas. Gracias a Dios que soy la divorciada. Y que no me interesa nada de él. —Dijo Sara tercera a Manuel.

Manuel no le prestaba atención a su mamá, como tampoco le prestaba la suficiente atención ver a su padre metido en la urna que, desde ese único instante, comenzaría a ser su nuevo aposento. Su centro de atención estaba enfocado en José Manuel, su medio hermano. No dejaba de contemplar el hermoso hombre de treinta y cinco años en el que se había convertido. No dejaba tampoco de recordar que veinte años atrás ellos dos habían mantenido relaciones sexuales una y otra vez. Miraba el ataúd y a José Manuel. Y José Manuel miraba el ataúd y le huía a la mirada de su hermano.

Ambos recordaban el día que su papá los presentó a ambos.

Sin saber que eran hijos del mismo hombre, José Manuel había sido seducido por las habilidades que, ya Manuel a sus dieciséis años, aplicaba eficazmente como gay. Llevaba meses teniendo relaciones con Pablo y uno que otro inquilino o amigo del colegio o de la cuadra, que estuviera *pendiente de probar y descubrir nuevos mundos y sensaciones sexuales*. Con ese argumento enredado, comenzaba Manuel su casería ante la presa que le gustara para así comérsela. José Manuel y él llevaban tres años estudiando juntos, estaban en el penúltimo año de escolaridad, en ese mismo liceo público del oeste de Ciudad de León, donde, varios años atrás, habían estudiado los hermanos Sierralta Chacón. También estudiaba Pablo su último año de secundaria.

En la clase de castellano y literatura, Manuel estaba siendo burla de otros compañeros de clase, por haber sido un jugador de fútbol pésimo en la clase de educación física. A él nunca le interesó el fútbol, a él nunca le interesó el deporte, a él

nunca le interesó esa materia en el liceo, ni en la vida. Como podía, se valía de cualquier amaño para aprobarla. Manuel no emitía ningún comentario ante la mofa que se volvía cada vez más subida de tono, hasta el momento que entró la profesora de la cátedra. Manuel, estando de espalda la profesora, se volteó e hizo con los dedos del medio de ambas manos un gesto de burla hacia los que minutos antes se metían con él. Esto hizo alterar el clima del salón por parte de los ofendidos. Manuel, como alumno, de una intachable conducta, permanecía inmóvil, copiando lo que la profesora había escrito en la pizarra.

—¿A qué se debe este escándalo? —Preguntó la profesora.

—Manuel, que está molestando, profesora. —Dijo uno de los ofendidos.

—¿Manuel? Imposible. Deberían ustedes tener el comportamiento de este estudiante. —Enfatizó la profesora.

A Manuel se le reflejaba en la cara cierta mueca de triunfo. Los demás estudiantes de la clase comenzaron con una algarabía en el aula que fue concluida por un grito de la profesora: *Silencio*.

La clase continuó y Manuel sentía que se había vengado de sus compañeros. El timbre de salida hizo que otra vez volviera la algarabía que una hora y cuarenta y cinco minutos antes la profesora había silenciado.

—Jóvenes hasta la próxima clase. Y recuerden traer el nombre del autor que en pareja van a trabajar para el trabajo final de la materia. Decidan ustedes con quién van hacer ese informe. —Dijo la profesora, mientras los estudiantes salían del salón.

—Recuerden que es en pareja. —Repitió casi gritando.

En la salida del liceo, a Manuel lo esperaba cinco de los estudiantes que se habían metido con él en la clase de castellano. Se sentían ofendidos por lo que les había hecho.

—La mariquita para nosotros solos. —Dijo uno de los cinco.

—Pero no creas que te vamos a coger. —Afirmó otro con cierta burla. Los demás rieron.

—Ustedes si joden. —Les gritó Manuel, mientras continuaba su caminar. Prosiguió:
—Dejen quieto al que está quieto.
Los cinco se le venían encima. Manuel se enfrentó a los cinco, no tuvo miedo, ni se sentía inferior por ser homosexual, a emplear su fuerza de hombre. Golpeó, pero no resistió mucho. Lo tenían en el suelo, dándole patadas, cuando uno se percató que venían otras personas, así que lo dejaron ahí, tirado y salieron corriendo. Eran otros estudiantes de grados inferiores y José Manuel, otro compañero de clase, que siempre se mantenía al margen de las cosas que sucedieran en su entorno, sin embargo, nunca supo el por qué se detuvo a auxiliar a Manuel, con el que nunca había tenido la más mínima relación de empatía, cuando mucho, un hola, o unos buenos días o un hasta luego, habían sido sus gestos y discursos de comunicación. Lo levantó del suelo.
—¿Te encuentras bien? —Preguntó.
—Creo que sí. Podría haber quedado peor. —Dijo Manuel, mientras se limpiaba con la manga de la camisa la sangre que le salía por la boca.
—Ven, te ayudo. —Dijo entonces José Manuel. Recogía del suelo sus libros, y le prestaba un pañuelo que tenía en su bolso para que se limpiara.
—Gracias. —Manuel entonces mostró una sonrisa que no se la borraba ni todos los golpes del mundo.
—Tienes sangre en los dientes. —Dijo con cierta gracia José Manuel. Ambos rieron. Y salieron juntos del liceo. Caminaron hasta la plaza mayor, donde Manuel aprovechó lavarse la cara y limpiarse con el agua que salía de una de las llaves que utilizaban los jardineros de la alcaldía para regar las plantas que había por la zona.
Manuel quedó en camiseta. Se sentaron en uno de los bancos ubicados en el centro de la plaza, donde también se encontraba el busto de *El Libertador Simón Bolívar*, ese personaje que, en el 2012, interpretaría en la obra de teatro de Tomas Rujano. El mismo Bolívar en el que siempre pensó *El Hermano Superior*.

—A veces me pregunto si las estatuas piensan. —Dijo José Manuel, observaba el busto.
—A lo mejor. Y esta piensa que este país, el país que libertó, está más jodido que nunca. —Contestó Manuel.
José Manuel compró unos helados y ahí estuvieron hasta que oscureció. Ambos, teniendo presente lo tarde, se despidieron como se despiden dos compañeros de clase.
—Gracias. —Apuntó Manuel.
—De nada. —Enfatizó José Manuel.
—¿Quieres hacer la tarea de castellano conmigo? —Preguntó Manuel a José Manuel que comenzaba a alejarse.
—Sí. No hay problema. —Dijo José Manuel.
Las clases continuaron en el liceo. Manuel nunca denunció lo que le habían hecho sus compañeros. No le importó. Se mantuvo alerta a que volvieran a hacerle cualquier otro ataque. Puso al tanto a Pablo y este se encargó de sus agresores. **Estos, no volvieron ni a mirarlo.**
A Manuel, lo único que le interesaba era la nueva amistad que había surgido entre José Manuel y él.
—¿Dónde nos vamos a reunir? El jueves de la semana que viene debemos entregar el informe. —Le preguntó Manuel a José Manuel al concluir la clase.
—Si quieres, en mi casa. En la tarde. —Afirmó José Manuel.
José Manuel vivía en una casa pequeña al oeste de la ciudad: en el famoso barrio *Veintitrés de enero*, nombre puesto por los pobladores en honor al día que fue derrocada la dictadura del general *Pérez Jiménez*, aquel veintitrés de enero de 1958. La casa de José Manuel la había levantado su madre, aceptando la ayuda de Manuel Castro Belandria. Manuel no le dio su apellido, y no fue porque no quisiera, tuvo la intención, sin embargo, la madre se negó siempre, solo aceptó que este le brindara el apoyo económico para su manutención. Y así lo hizo siempre. En la época que quedaría en banca rota el negocio que mantenía en el mercado de San Jacinto, asumiendo Sara tercera la economía de la casa, disminuyeron sus aportes económicos para José Manuel, pero sin desentenderse, po-

día más sus remordimientos que cualquier otro sentimiento que lo apartara de su hijo.
Jamás se tropezó con él. También lo tenía prohibido. La mamá de José Manuel, lo amenazaba con decirle a Sara de la existencia de este, si este llegase a tener una cercanía, diciéndole que él era su padre.
Todo esto lo aceptó Manuel, hasta el día que presentó a Manuel, su hijo, con José Manuel, su otro hijo: su hermano.
¡Su amante!
La mamá de José Manuel no se encontraba en la casa. Llegaría de su trabajo, como todos los demás días, después de las siete de la noche. Manuel Castro Belandria y Sara tercera sabían que su hijo iba a reunirse esa tarde con un compañero de clase para la realización de una tarea. Su papá no sabía que ese compañero era José Manuel. Sara no sabía que existía otro hijo de Manuel, hasta el día que lo vio en el velorio y Manuel, su hijo, le indicó que ese era su medio hermano. Que su papá así se lo había dicho años atrás en un desfile que acostumbraban a hacer en el liceo, en homenaje a su aniversario.
Ni Sara, ni su marido, sabían que ambos venían compartiendo días de amistad. Manuel Castro jamás supo que los dos hermanos estudiaban juntos, hasta que Manuel se lo dijo aquel día, cuando su papá se lo presentara. Ninguno sabía que el destino jugaba con ellos, y que la vida, se imponía como única protagonista de esos azares que siempre habían estado presentes en el linaje de los Bermúdez y, donde Manuel Castro Bermúdez, no fue la exención.
—Esa novela es muy compleja. No la entiendo. —Afirmó Manuel.
—Hay que diferenciar las generaciones. —Continuó José Manuel.
—¿Qué me importa a mí una familia que se destruye a si misma por haber tirado entre todos? —Dijo Manuel, burlándose.
—Que eso no es así. Ellos no tiraban entre ellos, como tú dices. —Afirmó José Manuel. Reía.
La novela de la que hablaban era *Cien años de soledad*. El autor

que habían elegido para la tarea de castellano y literatura: Gabriel García Márquez.
Eran las tres y media de la tarde. Llevaban hora y media discutiendo el significado del nombre del pueblo: *Macondo*. Para Manuel era "un estado de ánimo. Una manera de sentirse uno". Para José Manuel ese nombre respondía a la búsqueda de una segunda oportunidad sobre la tierra.
—Quiero agua. —Dijo Manuel.
—Ya te traigo. —Se levantó José Manuel de la cama y salió de su cuarto. Manuel quedó observando lo acogedor del lugar. Y ahí, cerca de un escaparate visualizó unas revistas pornográficas. Las agarró y se las trajo a la cama.
—¿Qué haces? —Preguntó José Manuel, entrando al cuarto con el vaso de agua.
—Veo que te gusta el porno. —Dijo Manuel, mientras era sorprendido.
—Normal. Como a todos. —Afirmó José Manuel. Se las quitó.
—Relajado pues. Disculpa. —Exclamó Manuel. Hicieron pausa sepulcral y continuaron con lo que venían haciendo.
—A mí no me gusta el porno. —Continuó Manuel.
—Está bien. —Afirmó José Manuel sin quitarle la vista a su cuaderno.
—A mí me gusta hacerlo. Bueno, creer que lo hago. —Enfatizó Manuel de una manera muy picara. Lo observaba de arriba abajo.
—¿Sí? —Preguntó contrariado José Manuel.
—¿Nunca te han hecho el sexo oral? —Preguntó Manuel.
—No.
—¿Te has masturbado? —Continuó haciendo más preguntas, Manuel.
—Si. Claro. Muchas veces.
—Y has acabado mucho o poco. —Preguntaba más enfáticamente Manuel.
—Bastante.
—Eso hay que verlo. —Afirmó Manuel.

—Estás loco. —Río pícaramente.
—Vamos a masturbarnos. Estamos entre hombres. —Concluyó Manuel.
José Manuel estaba con la cara roja, el momento no le era desagradable, aunque se sintiera contrariado. Era la primera vez que hablaba de estos temas con alguien. Ni con sus primos, sobrinos de su mamá, hablaba de eso, con todo y que a veces se ponían ociosos mientras veían porno a escondidas, pero preferirían terminar masturbándose por separado, y no en colectivo. A lo mejor nunca lo pensaron. A lo mejor lo asociaban como algo mal visto entre hombres, y no lo conversaban entre ellos. A lo mejor nunca les importó hacerlo. José Manuel en varias ocasiones se había masturbado. La primera vez que lo hizo, a sus quince años, se había asustado por la cantidad de semen que había expulsado, bañando una de las paredes de su cuarto. Pensó que se había roto su miembro, y que lo que expulsaba era el líquido que provocaba tal daño. Sin embargo, se tranquilizó recordando que en las revistas pornográficas que había visto, los hombres que ahí aparecían expulsaban de sus miembros un líquido parecido. Ese día descubrió que él solo podía darse placer, y así, por muchas oportunidades continuó masturbándose. Reunió revistas y una que otra película porno que les quitaba a sus tíos y primos, para así tener una galería amplia a la hora de pensar en masturbarse.
Con los pantalones abajo, y sus penes erectos, comenzaron a masturbarse. José Manuel había puesto en el VHS una película porno. Los dos adolescentes estaban excitados, entregados al momento. Manuel observaba con deseo a José Manuel, este se daba cuenta de su mirada. No le desagradaba.
—¿Te ayudo? —Preguntó Manuel.
—¿A qué? —Respondió con una pregunta y algo de nervios, José Manuel.
—A masturbarte.
José Manuel intentó subirse rápidamente sus pantalones. Sin embargo, ya con la astucia que había desarrollado Manuel,

logró en menos de un par de minutos dominar la situación y poseer el pene de José Manuel en sus manos.
—Bueno, si quieres. —Dijo José Manuel, con su miembro a punto de estallar entre las manos de Manuel. Este comenzó entonces a masajear hacia arriba y hacia abajo su pene. Excitándolo y conduciéndolo a caminos no conocidos. Manuel se adueñó del momento y logró convencerlo en hacerle el sexo oral.
—¿Quieres saber que se siente mientras te hacen el sexo oral? —Preguntó Manuel, mientras seguía amasándolo.
—¿Cómo? ¿Quién me lo haría? —Respondió con intención José Manuel.
—Yo te lo hago.
—Si quieres y te gusta, hazlo. ¡Ya qué! Me gusta lo que estoy sintiendo.
—Y te va a gustar mucho más. —Dijo Manuel al mismo tiempo que se llevaba el miembro de José Manuel a la boca.
Gemía de placer y eso le excitaba más. Se sentía el hombre que se reflejaba en el televisor penetrando a una mujer rubia que gemía y los excitaba a ambos. José Manuel disfrutaba dominar a Manuel con su pene. Observarlo mientras este se desvivía al hacerle el sexo oral, lo excitaba más que las muchas películas y revistas porno que había visto. Agarró su pene y le pegaba por su cara, imitaba lo que hacía el hombre con la mujer en la película que aún seguía proyectándose. Seguía sumergido en esa escena de lujuria, sintiéndose un actor porno que grababa una película con una mujer que se imaginaba y que se le confundía con el rostro de Manuel. Manuel quería ser penetrado por él. No se lo pidió, aprovechó lo excitado e ido que estaba su amante y se sentó encima de él, a espalda de su cara. José Manuel prefirió cerrar los ojos y, no mostró ningún gesto de incomodidad. Prefirió continuar con el momento excedido que ya ninguno pretendía controlar. Manuel cabalgó encima de él. José Manuel, ya no controlaba su excitación hasta que se vino dentro de él, que continuaba cabalgando en el pene poco flácido de su amante, mientras se masturbaba. Ambos continuaban excitados hasta que Manuel acabó, derramando

su semen en sus piernas. Ahí quedaron por unos minutos agotados ante la batalla vivida. Ambos se acercaron al baño y se bañaron. Volvieron a la cama y continuaron desnudos, echados, mirando al techo, mudos. Pensando en lo que habían hecho.

Eran las seis de la tarde cuando decidieron vestirse y concluir con la tarea.

El jueves entregaron el informe final del trabajo sobre Gabriel García Márquez y *Cien años de soledad*, su novela más importante. Obtuvieron la máxima calificación. Y desde entonces comenzaron los encuentros en la casa de José Manuel, cuando su mamá no estaba. Y todos esos encuentros terminaban en un sexo descontrolado de adolescentes que Manuel turnaba con los encuentros de Pablo y de otros amantes que ya a su corta edad tenía.

El día que ambos se enteraron de que eran hermanos dejaron de tratarse, seguían viéndose, ya que aún estudiaban su último año en el liceo. Se sintieron las personas más miserables del mundo. Se deseaban, pero sabían que era incorrecto lo que habían hecho en varias oportunidades. Y no por ser hombres, sino por ser hermanos, pero no podían devolver el tiempo. Ya lo ocurrido no lo podían borrar.

Terminaron su último año escolar y cada uno tomó distintos caminos. Desde ese día, nunca más volvieron a verse, hasta aquella tarde, que su padre los volvió a reunir con su muerte.

Las morochas nacieron en un año extraño, rodeado de convulsiones que se venían originando desde los últimos días de febrero de 1989, y que terminó con el mayor de todos los mitos: *los explotadores y los explotados pueden convivir en paz y felices*, costándole la vida a doscientos setenta y seis muertos y cerca de tres mil desaparecidos en ese control que hizo la policía metropolitana, las fuerzas militares y la guardia nacional por las calles de Ciudad de León. Fue entonces, cuando los pobladores de la ciudad y del país comenzaron a soñar con *El Hermano Superior*, sin saber siquiera su verdadero nombre.

Un año antes del nacimiento de ellas, el cuatro de febrero de 1992, se escuchó un *Por ahora nuestros objetivos no han sido cumplidos*, por parte de un militar creyente del Bolívar que casi nadie recordaba.

Las morochas nacieron y con ellas nació en *La casa grande* una nueva etapa para la vida de todos, pero, principalmente para la de Sara tercera, que se había descubierto independiente ante lo que su marido le proporcionaba como hombre. Se había descubierto desenamorada de él. Con la infidelidad y el producto de dos hijas que eran fruto de ese adulterio, no quiso intentar salvar lo que ya era insalvable. Lloraba todavía haber perdido ese único amante con el que había pasado momentos ya cancelados por la muerte. Con esto, Sara se había entregado por completo a la administración de la casa y con ella había decidido buscar otras entradas de dinero que ayudaran con los gastos que venían surgiendo. Empezó entonces a vender comida por encargo en los puestos del mercado de San Jacinto, y a limpiarles a los comerciantes que le pedían sus oficios.

Así estuvo hasta el día que comenzó a trabajar en la clínica. Manuel Castro Belandria reconoció y amó a las morochas como sus hijas. Jamás se volvió a hablar de ese tema. Y las morochas siempre lo vieron, incluso después de su muerte, como su único y verdadero padre.

Juana Delgado lo corrió de su casa.

—Un hijo drogadicto puede ser que me lo aguante. Pero que seas eso y también maricón, es como mucho. Te vas de mi casa Pablo. —Le dijo Juana una tarde que regresaba del mercado de San Jacinto, luego de vender sus guarapos calientes.

—¿Qué te pasa vieja? ¿Te metiste una de las mierdas que yo vendo? —Gritó Pablo.

—Ojalá fuera eso. Toda Ciudad de León habla de lo tuyo con Manuel. —Alzó la voz.

—Él y yo somos amigos. Sabes que la gente habla mucha mierda. —Gritaba Pablo.

—Yo parí un hombre, un macho. —Prosiguió Juana.
—Y lo soy vieja. —Gritaba Pablo desde su hombría herida.
—Te vas de mi mierda. No te quiero más en mi casa. —Terminó diciendo Juana, dirigiéndose a su cuarto.
Pablo recogió sus cosas. Drogado como estaba salió de su casa y se mudó a vivir a *La casa grande*. Era abril de 2005.
—¡Otra boca! —Exclamó Sara tercera cuando lo vio instalado en la casa.
Miguel no cabía dentro de su felicidad, por tener, al que consideraba el hombre de su vida, bajo su mismo techo y en su misma cama.
—Tranquila suegra, —dijo en tono de burla Pablo—, me preocuparé siempre porque en la casa nunca falte nada para nosotros.
—Suegrita, tu abuela. —Refunfuño Sara.
—Está bien, vieja. —Así la llamó siempre Pablo, desde niño. Sara siempre se lo permitió, desde ese amor que le tendría a Juana, su comadre, a él, y a Yuleixi, su ahijada, hija también de Juana y hermana de Pablo. Ya Yuleixi tenía años viviendo en el interior del país. ¡Jodida! Con cinco carajitos de hombres distintos, con apenas veintisiete años. Contemporánea con las morochas, Yuleixi no quiso continuar estudiando, a diferencia de Andrea, que continuó sus estudios de diseño, desde los sacrificios que siempre se tuvieron que hacer para que culminara la carrera. Victoria, por su condición de niña especial, nunca pudo formalizar estudios: ni los básicos, y mucho menos superiores; sin embargo, Sara tercera, su papá, Andrea y Manuel, velaron porque aprendiera las primeras letras y con ellas a hablar, diferenciara y se aprendiera el nombre de los colores, asimilara los sonidos y los nombres de las cosas. Reconociera sus partes del cuerpo. Distinguiera el adelante y detrás. Apreciara los sabores de las comidas e informara cuando tuviera ganas de ir al baño.
Yuleixi se había vuelto peona en una hacienda de cacao que quedaba a tres horas de Ciudad de León y que allá, con sus cinco hijos, ganaba lo suficiente como para no pedirle nada

a Juana, ni a ninguno de los padres de sus vástagos. De ella poco se sabía en el día a día de los pobladores de la ciudad, ya con las historias que se originaban diariamente, era suficiente, como para olvidar a cualquier sujeto ausente de la convulsionada y caótica capital que ya desde los años en los que Yuleixi se había ido, esta comenzaba a convertirse.

—¿Me imagino que dormirán en camas distintas? —Preguntó Sara tercera.

—Si mamá. —Respondió inmediatamente Manuel.

—Y no quiero gateadera de noche. —Sentenció Sara. Pablo y Manuel no aguantaron la risa.

—Está bien vieja. Cuando queramos gatear nos vamos por ahí. —Afirmó Pablo.

—Y, ¿cómo lo tomó Juana? —Preguntó Sara.

—Pues míreme. Me corrió. —Concluyó Pablo.

Y así, como echó a Pablo de su vida, lo hizo de igual manera con Sara, su comadre y verdadera amiga, y ella lo comprobó al día siguiente, cuando no pasó frente a su ventana, donde la esperaba todas las mañanas para tomarse su acostumbrado "guarapo de malojillo". No pasó ese día, ni pasó ningún otro. Dos semanas después, Juana Delgado se mudaría a otro sector, más popular, de Ciudad de León, donde viviría por el resto de sus días, manteniéndose de lo poco o mucho que le proporcionaba la venta de sus guarapos. A Sara tercera le afligió por varios meses la decisión de Juana, la de no hablarle, como la de mudarse. Ya no tendría a esa verdadera amiga a quien contarle sus cosas. No hizo más nada, sino continuar la vida, así como desde el dolor, también la continuó Juana, Yuleixi, Pablo, Manuel, las morochas y los pobladores de Ciudad de León.

Pablo vivió en *La casa grande* hasta octubre de 2014, cuando el muchacho de la cara cristalina, como siempre lo llamó Sara tercera, asesinara al diputado. Tres meses después, Pablo Delgado, habría de caer preso, acusado de ser el autor intelectual del asesinato del diputado de izquierda, Rigoberto Sierralta. Manuel lo visitó siempre, tanto en la cárcel, como en el hos-

pital, donde permaneció en coma hasta el día de su muerte, luego que se escapara y fuera herido gravemente y apresado por segunda vez. En las tres primeras visitas fue con Jorge.
Nadie sabía de Miguel López, el muchacho de la cara cristalina, ni su propia familia.

Eduardo evaluaba la propuesta de llevar a escena el último texto teatral escrito por Tomas Rujano, *Estamos en el aire*. Obra dramática que ya había leído y que era el motivo por el que, Rujano, los había invitado esa tarde de mayo: realizarían la primera lectura.
—Ya Eduardo conoce el texto. —Dijo Tomas.
—Es impactante. Un texto que te deja un amargor en la garganta. —Afirmó Eduardo.
—Me interesa que ustedes también lo conozcan, me den sus opiniones y que Dai decida, si se anima a ser el director. —Enfatizó Tomas, mientras entregaba los manuscritos.
—Pues leamos. Muero de curiosidad. —Concluyó Dai.
Tomas y Eduardo sirvieron vino. Manuel no paraba de ver a Tomas, y su manera de tratar a Eduardo. Se despertaba en él, el mismo sentimiento de celos que en reiteradas ocasiones llegó a sentir por Miguel, cuando lo veía para arriba y para abajo con Pablo, en los meses en el que se preparó el asesinato de Rigoberto. Tomas en ese momento desconocía de esos celos. Desconocía que el Pablo Delgado que había asesinado a Rigoberto era el Pablo de Manuel, su nuevo novio. Desconocía que en *La casa grande* se había planificado el asesinato de su examigo, amante y hermano. Tomas si sabía que Manuel vivía en *La casa grande*, ese pequeño universo que siempre quiso conocer, y lo que la misma significaba para la ciudad. Manuel en ese momento desconocía que el diputado que Pablo había asesinado había sido pareja de su nuevo novio. Desconocía que se habían conocido en La Habana. Desconocía que él desconociera que Pablo, su ex, era el Pablo Delgado, el autor intelectual de dicho crimen. Desconocía que Tomas supiera tanto de *La casa grande* y de la historia de las putas, de los

políticos y los militares que encerraban sus pasillos y habitaciones. Manuel le había dicho a Tomas donde vivía. Aún no lo había llevado. Todos los invitados a la lectura de la última obra dramática escrita por Tomas: *Estamos en el aire*, desconocían que Manuel y Tomas estaban saliendo. Ni Eduardo lo sabía. Desconocían que en *La casa grande* vivía Manuel. Y que Dolores Bermúdez, la puta más famosa de Ciudad de León era la tatarabuela de Manuel.

La lectura avanzaba con pausas que perturbaban y que se visualizaban en los rostros de los involucrados. Incomodidades de frases y afirmaciones con sonidos que eran propios de la sorpresa que por sí solo encerraba el texto.

El texto de *Estamos en el aire*, Rujano lo ubicó en el año 2040. Lo dividió en cuatro momentos que llamó de la siguiente manera:

PRIMER MOMENTO: La llegada.
SEGUNDO MOMENTO: Conocernos.
TERCER MOMENTO: Camino de arena.
CUARTO MOMENTO: El nombramiento.

Los tres primeros momentos transcurrían en el mes de abril en el pueblo de Tumeremo, al sur del país. El último momento lo ubicaba en Ciudad de León, a finales del mes de octubre.

La obra dramática tenía cinco personajes. Cuatro personajes (hombres), hermanos todos, que respondían a los siguientes nombres y características:

JOSÉ TOMAS. *Joven de 25 años. Un ser especial.* J
JOSÉ MANUEL. *30 años. Homosexual.*
JOSÉ MIGUEL. *40 años. Hermoso.*
JOSÉ. *50 años. Gobernador del Estado Bolívar.*

Y el único personaje femenino era una especie de criada o ama de llaves de confianza del hermano mayor: José. Su nombre ZORAIDA, y era definida por Rujano como *Una señora muy entrada en años. Su presencia es algo fantasmal.*

En esas primeras páginas del texto, también se hacía una explicación muy enfática sobre el **ESCENARIO**, indicando una **ACOTACIÓN PARA LA PUESTA EN ESCENA**: *cámara negra. Los tres primeros momentos se desarrollan en la sala*

de una casa ostentosa de pueblo con algunos muebles; es amplia. Posee unos ventanales por donde entra una luz imponente que irá variando en el transcurso del día. Al fondo de la sala se distingue el comedor. Se perciben varias entradas a la sala, pasillos que nos llevan a otros lugares de la casa. La puerta que da a la calle se distingue en el lateral derecho. Unas escaleras que conducen a un segundo piso, en el lateral izquierdo, seguidas así de otro pasillo, este nos une con habitaciones de la casa. La casa parece un laberinto y sin salidas. El escenario del cuarto momento será el de una cárcel ubicada en Ciudad de León. Queda a libertad del director toda la puesta, pero debe tener mucha conciencia con el movimiento escénico de los personajes a lo largo de toda la obra teatral; sus entradas y salidas son muy violentas, complejas y difíciles de entender.

La historia trata de un pequeño pueblo, al sur del país, que recibe la visita de tres hermanos: José Miguel, José Tomas y José Manuel, quienes han regresado del exilio para presenciar la juramentación oficial de un cuarto consanguíneo —José— como gobernador del estado. Aquellos, incapaces de encontrarse a sí mismos en una tierra que abandonaron por decisiones familiares hace veinticuatro años, se ven arropados por la amarga sensación de haberse convertido en extranjeros, y por la intriga que rodea la historia de los diecisiete zapatos que cuelgan en lo alto de una asta, representando la memoria y la nueva bandera de un pueblo que ya no se permite olvidar sus tragedias, ni a sus víctimas. El paso de las horas los va acercando al acto oficial en la plaza del pueblo, mientras que el calor asfixiante y pesado los acerca a la verdad, esa que fue enterrada en un camino de arena seca, rodeado de silencios, rumores, y falsedades, y que espera ser descubierta con la llegada de la verdadera justicia, mientras siguen ondeando en el aire, mojados por el agua del cielo, los zapatos en el aire. José Tomas, el hermano menor, es asesinado a manos de Zoraida y de su propio hermano, José, ya que ha descubierto que estos son los autores principales de aquella tragedia que embargó a ese pueblo en marzo del 2016. José Miguel presencia la muerte de su hermano José Tomas y no le queda a José, otra opción, que la funesta tarea de también darle muerte. Como

igualmente asesinar a su cómplice Zoraida. El único que se salva de la tragedia es José Manuel, ya que no se encontraba en la casa cuando sucedieron los crímenes. José es detenido y encarcelado por las autoridades del pueblo. Seis meses después regresa José Manuel, con su pareja homosexual, a realizar una exhumación de los cuerpos de sus hermanos y llevárselos a ese país de donde no debían haber salido nunca. Antes de esta segunda y definitiva partida, José Manuel encara a José en la cárcel, haciéndole muchos reclamos y dejándole claro que siempre se opuso, ante sus otros dos hermanos, de volver a un país que lo había expulsado. De encontrase con él, con un hermano que lo único que había hecho era destruirles sus vidas.

Tomas no les dijo a los presentes que el personaje de José Manuel era dedicado a Manuel. Todos si sabían, que la obra de teatro se la había dedicado a Christian Ortiz, ese amor, su primer amor.

En la segunda hoja aparecía:

A la memoria de **Christian Ortiz**.

Víctima de esta masacre. ¡Mi primera imagen del amor!

Una cuarta hoja, era complementada con tres pensamientos, de tres autores que anunciaban o fundamentaban el discurso literario que iba a ser leído, también había una nota del autor, donde elevaba un agradecimiento y reconocimiento a las fuentes que había utilizado:

Uno no puede ponerse del lado de quienes hacen la historia, sino al servicio de quienes la padecen.
Albert Camus

…se cree que la historia es ayer,
cuando en realidad la historia es hoy y siempre.
Rodolfo Usigli

…necesitamos de un hogar, de un suelo en que arraigarse, dado que es imposible vivir sin patria, o Matria,

como prefería decir Unamuno, ya que es la madre el verdadero fundamento de la existencia...

Ernesto Sabato

NOTA:

Obra de teatro escrita a partir de las fuentes periodísticas publicadas en la prensa nacional e internacional, así como en los sitios web, sobre la masacre de Tumeremo.

Agradecimiento y reconocimiento al **Correo del Caroní**, Últimas Noticias, **El Universal**, **Diario La Verdad** (del Estado Vargas), **La Voz de Galicia**, sitio web **RUNRUNES**, **Telesur.net**, **2001.com**, **Contrapunto.com** y el **Pitazo.com**.

Terminó de ser leído el primer momento. Tere pidió una pausa para ir al baño. A Tomas le provocó un cigarro. Dai lo acompañó al balcón, fumaron. Eduardo servía más vino. Patty respondía, por su teléfono, unos mensajes de textos y Manuel los observaba a todos, por momentos, no creía, que él estuviera reunido con unas personas tan importantes para el teatro y para las artes del país. Una pausa prolongada se ocasionó en el lugar, hasta que todos se volvieron a reunir para continuar con la lectura.

—Vamos con el segundo momento. —Exclamó eufóricamente Eduardo. —Es el momento que más me gusta. —Prosiguió, mientras tomaba un poco de vino.

Dijo Tomas Rujano:

SEGUNDO MOMENTO: Conocernos

Las dos de la tarde. Ha disminuido la luz que entra por los ventanales.

Dai continuaría leyendo a José. Eduardo a José Miguel. Patty a Zoraida y Manuel a José Manuel. Tere leía las acotaciones. Tomas leía los pocos textos que el personaje de José Tomas tenía en este momento de la obra, luego se quedaría escuchando y disfrutando de la lectura. Siempre le encantaba ese instante en el que sus personajes comenzaban a hablar por medio de las personas, de los actores. Ahí podía evaluar el

nivel de verdad que su discurso podía llegar a tener por medio de otras voces. Evaluaba también la pertinencia y funcionalidad del texto al enfrentarlo con un intérprete.
Continúo la lectura:
JOSÉ TOMAS **(Sentado en uno de los muebles de la sala. Lee)**.— Y el calor nada que se calma… ¡Nada que llueve!
JOSÉ MIGUEL.— Caminar por las calles del pueblo me agotó un poco.
JOSÉ.— El calor que tampoco ayuda, hermano…
JOSÉ MIGUEL.— Los años que comienzan a pegar.
JOSÉ.— Por favor, sólo tienes cuarenta.
JOSÉ MIGUEL.— Pero con la vida que he llevado, parecen cien.
JOSÉ.— ¡Qué quedará para los que nos quedamos en el país!
JOSÉ MIGUEL.— Así lo quisiste tú.
JOSÉ.— Así debía ser…
JOSÉ TOMAS.— ¡No te quejes entonces!
JOSÉ.— Contestón el muchacho.
JOSÉ MIGUEL.— ¡Algo! No se puede negar que lleva nuestra sangre.
ZORAIDA **(A José mientras baja las escaleras)**.— El señor José Manuel duerme. Ya terminé con las labores allá arriba, señor José.
JOSÉ.— Muchas gracias, Zoraida…
ZORAIDA.— Si gustan los señores almorzar.
JOSÉ TOMAS.— ¡Yo no! Prefiero bañarme primero y descansar un rato. Más tarde almuerzo. **(Sube las escaleras. Lleva entre las manos el libro que lee).**
JOSÉ MIGUEL.— Me imagino qué tú sí almorzarás con tu hermano.
JOSÉ.— ¡Claro! Me quedan un par de horas para compartir con ustedes… bueno, contigo. Después me ocupo de algunas cosas que aún faltan. Nos volveremos a ver mañana en la juramentación. No creo que pueda venir en la noche… Zoraida, sirva el almuerzo…
ZORAIDA.— Enseguida señor… **(Zoraida irá entrando**

y saliendo de la cocina a la sala comedor, mientras que sirve el almuerzo. En la primera entrada le entrega a José el periódico del día).

—Este personaje es una de las brujas de Macbeth. —Dijo eufóricamente Tere. —No me imagino las sorpresas que nos traerá. —Prosiguió mientras tomaba un poco de vino.

—Continuemos. —Dijo entonces Eduardo.

JOSÉ MIGUEL.— Esa manera tan distante en la que se tratan Zoraida y tú…

JOSÉ.— ¡Soy su jefe!

JOSÉ MIGUEL.— Por favor José, si lo único que faltó fue que nuestra madre le pusiera la teta en la boca y, le diera de amamantar.

JOSÉ.— Pero no lo hizo…

JOSÉ MIGUEL.— De igual manera, Zoraida es familia…

JOSÉ.— No lo es, José Miguel.

JOSÉ MIGUEL.— Zoraida siempre ha estado contigo…

JOSÉ.— Eso es distinto…

JOSÉ MIGUEL.— Es una señora muy entrada en años ya, y merece respeto.

JOSÉ.— ¡Lo tiene! **(Zoraida se detiene. José le hace señas que vuelva a la cocina. Hace a salir).** Tenemos veinticuatro años sin vernos José Miguel, y no vamos a perder este momento hablando de Zoraida.

JOSÉ MIGUEL.— ¡No lo perdemos! **(Pausa incómoda. Aparece Zoraida).** Hablar de Zoraida no es perder el tiempo… hablar de Zoraida es recordar los años de mi niñez y adolescencia que viví en familia, con papá, mamá… con ustedes. ¡Aquí! En esta tierra… en este país. Es recordar el Catatumbo y los Médanos de Coro, cuando íbamos de vacaciones… en aquella vida, cuando éramos felices. **(Zoraida vuelve a la cocina).**

—Dios. —Exclamó Tere.

JOSÉ.— ¡Somos felices! No te aflijas, hombre… nada de tristezas. Estamos juntos otra vez y eso es lo importante. Con calor, pero juntos. *(Sarcástico)* Cuéntame, ¿qué tal "madre pa-

tria"?
JOSÉ MIGUEL **(Contundente)**.— ¡Jodida! Pero más estable que esta tierra… pero igualmente jodida.
JOSÉ.— Es una potencia… ¡Jamás se verá jodida!
JOSÉ MIGUEL.— A pesar de los altos y bajos, sigue siendo una potencia. Muy diferente que aquí. **(Pausa incómoda. Zoraida comienza a servir la comida).** Y eso que la revolución anunciaba que el país iba a ser una potencia para el mundo. ¡Un nuevo imperio!
JOSÉ.— ¡Jamás!
JOSÉ MIGUEL.— Pero el creador de la revolución: el hermano superior, y los demás hermanos aliados hablaban de esta nación como una potencia, por todas partes lo decían: "Nuestro país será una potencia". ¡Todos ustedes la querían potenciada! **(Ríe).** O no sé si repotenciada; pero no, quedó fue escoñetada.
JOSÉ.— No podemos convertirnos en lo que hemos criticado…
JOSÉ MIGUEL **(Ríe irónicamente)**.— ¿Por eso la escoñetaron?
JOSÉ.— El país no está "escoñetado" como tú dices. Falta todavía tiempo para hacer que la revolución termine de calar en la patria.
JOSÉ MIGUEL **(Muy tranquilo, mientras come)**.— ¡Llevan cuarenta y dos años de revolución!
JOSÉ.— ¡Es poco!
JOSÉ MIGUEL.— ¡Claro! Son pocos años… Si con "pocos" años la "patria" ha desaparecido, no me quiero imaginar con muchos… ¡Qué calor hace!
JOSÉ.— Veo con desatino, cómo a mí y a unos cuantos, se nos va la vida tratando que el pueblo comprenda que debemos cambiar de sistemas.
JOSÉ MIGUEL **(Muy tranquilo, mientras come)**.— ¡Este guiso está muy bueno!
JOSÉ.— ¡Muchos negocian en nombre del socialismo! Se nos está yendo el proyecto de la patria... la idea emancipadora

del fundador de nuestra revolución... ¡De nuestro comandante eterno!
JOSÉ MIGUEL **(Mientras come)**.— ¡El hermano superior!
JOSÉ.— La mala práctica política y las desigualdades sociales que se ciernen sobre el país no paran de horrorizarme. Algunos dirigentes elegidos por el pueblo, se expresan como vulgares terratenientes que invisibilizan al poder popular y a las formas de luchas históricas... Y sí, hace mucho calor.
JOSÉ MIGUEL.— ¿Será que los demás hermanos no son como el hermano superior? No sé… digo.
JOSÉ.— Las divisiones internas y las corrientes erradas han generado un profundo descontento en la gente, donde se ha perdido la fe por la institucionalidad del Estado. A eso se suma los quinta columnas y opositores incrustados, dirigiendo y jodiendo el proceso. Hoy seguimos siendo los invisibles de siempre. El autoritarismo, la tiranía, la ineficiencia y la anarquía reinan en nuestro país...
JOSÉ MIGUEL.— ¿Cansado de todo esto?
JOSÉ **(En secreto)**.— ¡A veces! **(Enérgico).** Pero cuando eso sucede, recuerdo las palabras eternas de nuestro comandante… de nuestro hermano: "No faltarán los que traten de aprovechar coyunturas difíciles para mantener ese empeño de la restauración del capitalismo, del neoliberalismo, para acabar con la Patria. No, no podrán. Ante esta circunstancia de nuevas dificultades —del tamaño que fueren— la respuesta de todas y de todos los patriotas, los revolucionarios, los que sentimos a la Patria hasta en las vísceras como diría Augusto Mijares, es unidad, lucha, batalla y victoria".
JOSÉ MIGUEL.— ¿Y tú crees todavía en esta anarquía revolucionaria? Tenía yo dos años cuando comenzó esta "revolución", y ya han pasado cuarenta años y veo todo igual…
JOSÉ.— Como ya te dije, los procesos de cambio tardan, José Miguel.
JOSÉ MIGUEL.— ¡Por favor! Son ya cuarenta y dos años…
JOSÉ **(Muy tranquilo, mientras come)**.— Y las cosas han cambiado. Seguimos rodilla en tierra, a favor del pueblo. ¡Con

y por el pueblo!
—Maldito. —Exclamó Manuel.
JOSÉ MIGUEL.— ¡Por Dios José! Y sí, las cosas han cambiado. ¡El país es otro! Por los cambios de la patria fue que papá nos mandó lejos de aquí…
JOSÉ.— Papá cometió muchos errores.
JOSÉ MIGUEL.— Por eso, él y mamá terminaron como terminaron.
JOSÉ.— Papá no fue un santo… Papá fue un apátrida.
JOSÉ MIGUEL **(Un poco molesto)**.— Ese "apátrida" como tú le llamas, nos dio todo lo que necesitábamos.
JOSÉ.— Robando y matando gente.
JOSÉ MIGUEL.— ¿Y ustedes?
JOSÉ **(Alarmado. Suelta el cubierto)**.— ¿Yo qué?
JOSÉ MIGUEL.— No digo que tú, pero esta…
JOSÉ.— Esta revolución no ha robado, ni ha asesinado a nadie. Todo lo que ha hecho, lo hace y lo seguirá haciendo por el pueblo.
JOSÉ MIGUEL.— ¡Por favor, José! Aunque el país haga silencio, todo el mundo sabe de todos los actos vandálicos que se han hecho y se siguen haciendo en el nombre de una "eficiencia revolucionaria".
JOSÉ **(Molesto. Golpea la mesa)**.— ¡Yo no soy ningún ladrón!
En este momento todos hacían silencio. Habían vuelto a hacer una pausa. Era necesario, se sentían asfixiados. Dai volvió a ir al balcón y encendió otro cigarrillo. Tere lo acompañó, cargaba con ella su copa de vino. No fumaba. Tomas y Manuel se habían quedado en la sala. Solo se veían. Eduardo volvía a servir vino a Patty.
— Pensándolo mejor, esta obra la vamos a tener que hacer afuera del país. No vaya a ser que te vuelvan a meter preso, Tomas. —Dijo Eduardo, mientras se acercaba a donde estaba él con Manuel.
—¿Estuviste preso? —Preguntó Manuel algo sorprendido.
—Por dos semanas. —Afirmó Tomas.

—¿Y eso? —Preguntó nuevamente Manuel.
—Por *Consulta por expediente*, uno de mis textos. Según el régimen, con ese texto dramático le falté y le falto el respeto a un mártir de la revolución. —Dijo entonces Tomas.
—Claro la obra sobre el asesinato del diputado. —Recalcó Dai uniéndose a la conversación.
—Pero, tal como lo afirma Tomas en el texto, "el país hizo silencio". Obligaron a los involucrados a hacerse los locos y no volver a conversar sobre el tema. Hasta del *Instagram* y del *Facebook* se tuvieron que borrar las publicaciones y los comentarios que se habían producido a raíz de la detención. —Concluyó Eduardo.
Manuel poco recordaba de ese arresto. Tampoco conocía el texto de *Consulta por expediente*. No lo había leído. No había ido a su estreno. Ni sabía que el veintinueve de mayo se cumpliría siete meses de haberle sucedido eso a Tomas. Incluso, nadie esa tarde lo tenía presente. Esa noticia había sido tan fugaz y tan rápidamente silenciada en Ciudad de León, que nadie le prestó importancia. No era un político importante o una figura de gran peso a quien le había pasado esa situación, era a Tomas, un simple escritor de teatro.
Manuel pensaba en Pablo.
Pensaba que, de él, todo el país si hablaba. Claro, era el autor intelectual del asesinato de un cotizado político del régimen actual.
Tomas pensaba en Rigoberto.
Pensaba en todo lo que vivieron.

Tomas Rujano conoció a Rigoberto Sierralta, una noche de junio de 2002, en la Habana.
Rigoberto tendría treinta y seis años y Tomas veinticuatro años. El lugar donde sucedió el encuentro era una especie de cantina que atendía una carismática familia caribeña. El sonido de una guaracha energizaba el lugar, donde podían observarse a muchas parejas bailando y haciendo que sus cuerpos sudaran más de lo acostumbrado. Predominaban los turistas

que eran acompañados por mulatas o por mulatos oriundos de la isla. Desde tiempo atrás, se venía ejerciendo, en La Habana, la prostitución de manera silenciada, esto producto de la revolución que llevó a la miseria a sus pobladores a partir de 1960. Muchos jóvenes, hombres y mujeres, permitían ser el objeto sexual de cualquier turista que pagara muy bien sus favores. Este bar servía para que se propiciara, lo que comenzaría, con tranquilos encuentros entre los involucrados que deseaban participar de noches excitantes en toda la zona. Hacía así de antesala a los grandes alborotos que por excelencia buscaban los turistas. Solo los turistas eran capaces de pagar por tales servicios.

A los pobladores de la isla se les era difícil poder costearse tales caprichos de la noche.

Recordaría Rujano, en sus primeras noches en La Habana, las muchas lecturas realizadas en su época de estudiante universitario sobre esa isla. Recordaría que en alguna parte leyó que la isla había sido descubierta en 1492, al igual que el nuevo mundo, y que, en 1508, Sebastián Ocampo exploraría todo el litoral. Recordaría que la conquista definitiva sobrevino en 1511, realizada por un tal Diego. Recordaría su apellido, Velázquez: Diego Velázquez. Recordaría que fue hasta 1549 que la capitalidad pasó definitivamente a La Habana. Recordaría que durante su época colonial se generalizó el cultivo del tabaco y de la caña de azúcar. Recordaría que esto se basaría en la mano de obra de esclavos africanos. Recordaría que la población autóctona, por su parte, desaparecería por culpa de la conquista, las durísimas condiciones de trabajo, y la introducción de enfermedades por parte de los conquistadores que provenían del viejo mundo. Recordaría que, al igual que otros países del nuevo mundo, la isla estaba habitada por unos sesenta mil indios, los de esta región eran los *guanahatabey* y los *ciboney*, ya taínos, prácticamente extinguidos a mitad del siglo XVI debido a esas explotaciones de trabajo en minas y plantaciones, como a las enfermedades. Recordaría que eran innumerables los nombres de los pobreríos indígenas

que habitaban el nuevo mundo. Recordaría que no solo a esa zona llegaría la mano de obra negra, tras la importación de esclavos africanos, y que con esos esclavos la composición de la población de la isla, como de otros países, terminaría en configurarse tras el cruce de razas y la abolición de la esclavitud. Recordaría que no solo en la isla, la economía del siglo XVI y XVII, se sustentaría en la explotación agrícola y ganadera. Recordaría que en su país había pasado lo mismo. Recordaría que siempre fue similar el desarrollo social de los países del nuevo mundo. Recordaría que esta isla, como todos los países del nuevo mundo, pasaban sus siglos recordándose y sabiéndose parecidos.

Con la llegada de *El Hermano Superior* al poder, se originaron vínculos políticos, culturales, sociales y económicos entre La Habana y el país, todo monopolizado desde Ciudad de León. Estos vínculos fueron criticados por los adversos al régimen. Críticas que nunca fueron tomadas en cuenta por él, ni por ningunos de sus dirigentes y afectos. Muchos fueron los opositores que decían y siguen diciendo en la capital, como en el resto del país, que el petróleo, como todas las riquezas, se les regaló y se le sigue dando a esa isla que ayudó a aplastar más rápido la economía de la nación. Que todos esos programas sociales, políticos y culturales que se lograron entre ambas patrias propiciaron el hundimiento de un país que no necesitaba de una invasión de resentidos sociales sometidos ante el régimen que los llevó a la miseria. Que toda esa hermandad de *El Hermano Superior* y del líder *Castrense* de la isla, lo que iba a traer era el peor de los males para un estado que no le interesaba ese ideario comunista que predicaba "el resentido".

—Mi abuela lo llamaba así: el resentido. Y era muy enfática cuando lo pronunciaba. —Dijo Sara tercera a Manuel cuando se enteró que el presidente y fundador de la revolución de La Habana había muerto. Prosiguió:

—Una vez le escuché decir que cuando mandaba *Pérez Jiménez*, y apenas comenzaba a escucharse las luchas guerrilleras en Sierra Maestra, que conllevó a la revolución en La Habana,

el general dio una orden a sus militares por radio nacional, en la que sentenciaba algo así como "Si ese caballero entra en mi país, con sus ideas de oprobio y miseria, las cuales únicamente pueden emanar de un comunista, me lo detienen y me lo fusilan, a él y a quienes lo acompañen". Razón tuvo el general. Y pensar que yo aplaudí que *El Hermano Superior* trajera a ese demonio al país. Muchas fueron las veces que caminó por esta ciudad. Y si aquí hubiera existido el prostíbulo de Dolores Bermúdez, en los días de su visita, me imagino que este degenerando lo habría visitado y la puta más deseada de la ciudad lo habría atendido. Sin el mayor remordimiento de conciencia, con tal de que le dejara muy buenas bonificaciones por sus servicios. —Manuel río ante el comentario ocurrente de su mamá.
Dolores Bermúdez había sido la puta más deseada de Ciudad de León, dueña de un prostíbulo que funcionaba en *La casa grande*, en la época donde la ciudad era apenas cuatro calles alrededor de la plaza mayor, con el busto del héroe que veneró siempre *El Hermano Superior*, y su régimen, tanto así, que llamó a la revolución que propició con su apellido.

Rigoberto esa noche había ido solo al bar, dejando en el hotel a otros militantes del régimen, que no quisieron acompañarlo. Vestía con una franela roja que mostraba la figura de un militar muy conocido y respetados por los simpatizantes de izquierda del nuevo mundo. En la parte de atrás de la franela resaltaba en mayúscula la frase: V REPÚBLICA.
—¿De Ciudad de León? —Preguntó Tomas.
—Sí. —Afirmó Rigoberto.
—A La Habana o se viene de turista o a estudiar. ¿Cuál es tu caso? —Continuó preguntando Tomas Rujano, tomando una cerveza.
—Ninguno de los dos escenarios es mi caso. —Respondió antipáticamente Rigoberto.
—Ya veo. ¿Militante? —Preguntó Tomas, observando su camisa.

—Sí. ¿Algún problema por eso? —Respondía Rigoberto con una pregunta, mientras se levantaba de su silla.
—Ninguno. —Dijo Tomas. —Soy de Ciudad de León.
—Me di cuenta. Y de la cuarta. —Enfatizó Rigoberto.
—Ni de una, ni de otra. No creo en la división republicana de un país. —Continúo tomando su cerveza.
Rigoberto se río y lo observó de arriba abajo. Tomas vestía un short corto que hacía mostrar sus piernas blancas y largas. Tenía una gorra naranja y una guardacamisa de colores. Un koala como bolso. Su juventud atraía a muchos turistas, como a pobladores de la isla. Rigoberto no fue la excepción.
—Te invito una cerveza. —Prosiguió Rigoberto.
—Pero sin hablar de política, que apenas nos estamos conociendo. Dirá el tiempo si la política será uno de nuestros temas de conversación. —Dijo Tomas, sentándose cerca de él.
Comenzaron la conversación por los oficios de cada uno. Tomas indicó que escribía teatro y que tenía desde 1999 viniendo a La Habana a tomar seminarios de dramaturgia. No solo visitaba La Habana, también Buenos Aires, Córdoba, Querétaro, Santo Domingo, entre otras ciudades. A Rigoberto le quedó claro que Tomas era un boli—burgués, —así llamaban los afectos del régimen a la gente con dinero—. Tomas en ese momento no le aclaró que todos esos seminarios, podía hacerlo, gracias a las becas que le otorgaban dos de las universidades donde había estudiado, esto motivado por sus calificaciones. Prefirió que siguiera creyendo que era un boli—burgués, o como Rigoberto lo bautizó esa noche: *Majunchito*.
—Yo soy abogado. —Dijo Rigoberto.
Tiempo después de contarle todas las anécdotas a Tomas y, que él disfrutó escuchar, continuó su conversa indicando que vivía al oeste de Ciudad de León. Cerca de una famosa pensión llamada *La casa grande* que, muchos años antes, había sido un famoso prostíbulo de la ciudad.
—Yo vivo al este de la ciudad. Si, he oído hablar de esa pensión y de todos los cuentos que hay alrededor de ella. Me encantaría conocerla algún día. —Afirmó Tomas un poco ebrio,

después de tener en el cuerpo más de quince cervezas.
Rigoberto indicó que *La casa grande* funcionaba como pensión. Que no conocía a nadie que viviera ahí. Sin embargo, sabía que su actual dueña era la bisnieta de Dolores Bermúdez, la que fuera la dueña—fundadora del prostíbulo. Tuvieron puntos de encuentros en esa primera conversación. Cuando sentían que la plática se les iba de las manos a temas políticos, reían, y cambiaban de tema automáticamente, así fuera la estupidez más grande que se le ocurriera.
—Quiero tirar contigo. —Dijo Rigoberto como uno de eso disparates que se les ocurría para no hablar de política.
—Yo también. —Afirmó Tomas, sin el mayor decoro.
Esa noche no importaron las diferencias políticas, como nunca importaron en los siguientes encuentros de estos dos amantes y amigos. Rigoberto recordó que compartía su habitación en el importante *Meliá Habana Hotel* con un camarada y que no podía llevarse a Tomas para cumplir con su cometido.
Tomas esa noche no supo que Rigoberto había ido a La Habana a formarse ante el régimen castrense.
Él, como otros militantes del régimen, habían ido como miembros de un movimiento social y militar creado por *El Hermano Superior* y que llevaba por nombre *Frente de Miranda*, en honor a otro prócer del país, que recordaría los militantes de esa revolución, que años después llevaría como nombre: Bolivariana.

El general Miranda había nacido en plena mitad del siglo XVII, y desde que tuvo uso de razón se apasionó por luchar por la independencia del país. También había viajado por el mundo, formándose en las artes militares y ayudando a otras naciones a conseguir su libertad. En todo el país, como en casi todo el mundo, se sabía que el nombre del general aparecía en un importante arco de héroes, llamado *El Arco de la Federación* en un país del viejo mundo, ya que había luchado en una importante revolución que se había gestado en esa tierra en contra de la monarquía del momento, y que la misma fue

el punto de partida de las revoluciones contemporáneas de otros lugares del mundo. *Esta revolución terminaría con el régimen absolutista que se había mantenido por muchos años como forma de gobierno.* La motivación que tenía Miranda de viajar, perfeccionarse cada vez más en las artes militares, ser el mejor en todo lo que hacía, ayudar con la libertad de otras naciones, para así propiciar a que se diera la de su país, se debía a que él, como simple ciudadano y luego como general había sido en varias ocasiones ofendido y vejado por muchos residentes de la colonial Ciudad de León que comenzaba a estructurarse como capital del país. El principal improperio realizado en contra del general Miranda había sido llamarlo "El hijo de la panadera", por ser el hijo de un hombre inferior a los criollos principales de la capital, de quien se decía que era mulato, y que no podía, junto a ellos, tener la distinción de oficial en el batallón de blancos de la ciudad. Tal como, Tomas Rujano, lo había leído en una novela de la escritora Inés Quintero, *El hijo de la panadera*: "Todos reiteraban el mismo argumento: no estamos dispuestos a alternar en el batallón de blancos con un hombre tan bajo, que tenía tienda abierta de mercader, que estaba casado con una mujer de baja esfera, sin ninguna estimación y que, además, ejercía el oficio de panadera. Lo que les molestaba de manera más visible era que pudiese valer lo mismo ser un plebeyo isleño de Canarias, cajonero y mercader, hijo de un barquero, que ser caballero, noble, cruzado y aún titulado como eran, en su mayoría, los agraviados…". Para el año de 1811, año en el que se firmó el acta de la independencia del país, en Ciudad de León, el general Miranda, teniendo ya sesenta y un año de edad y habiendo sido invitado a participar en las acciones de libertad que se estaban gestando en el país por aquel Bolívar, de veintiocho años, joven que comenzaba a tener cierto peso en la actividad política y militar, después de haber perdido a su esposa María Teresa. Siendo esta última muerte para él, el punto de partida para declarar sus fuerzas y años de vida a la fiel lucha y causa de darle la libertad plena a su país como a otros países del nuevo mundo. Y son con esos propósitos de libertad

que traen de vuelta al país a Miranda, destacándose el general en importantes cargos militares que lo hacía comandar ejércitos en contra de la causa realista, comandadas por Monteverde. Tenían los políticos y militares de la época la suficiente confianza en el generalísimo Miranda, hasta los días de julio de 1812, en el que el general se vio obligado a capitular ante el régimen realista, ya que la situación militar era crítica. Miranda preferiría ver a las provincias del país bajo el imperio de la opresión y la tiranía que verlas sucumbir en un teatro de crimines y sangre bajo el pretexto de obtener la libertad. Para él, eso era lo que estaba viviendo el país y lo que se propagaba desde Ciudad de León. Reseñaría la historia y lo leería Rujano en algún libro de historia que ese Miranda no "podía hacerle un mejor servicio a su patria que restituirla al sosiego y a la paz". Y es que él, Miranda, si quería la libertad, y no el poder por ella. Lo que dudaba de Bolívar, que, para él, si ostentaba por el poder disfrazado de "libertad". El veinticinco de julio de 1812 el representante del generalísimo, Sata y Bussy, firma el texto final de la capitulación. Miranda se encontraba en Ciudad de León el veintiséis de julio. Fue criticado por la firma de ese tratado. Algunos comenzaron a tildarlo de cobarde y traidor. El treinta de julio Miranda llegó a La Guiara y se hospedó en la casa de un gran amigo. Dicen que, como él, muchos otros oficiales huían de Ciudad de León porque desconocían lo que iba a suceder con ellos después de haberse dado la capitulación. Esa misma noche se realizó una reunión en la que asistieron Bolívar, Peña, De Las Casas, Mires, Cortés, Paz del Castillo, Montilla, Carabaño, entre otros, y resolvieron juzgar severamente lo hecho por el generalísimo Miranda: "entregar el país a la ruina y a la vergüenza de los realistas…". Lo acusaron de haber recibido una importante suma de dinero a cambio de la traición. El joven Bolívar propuso fusilarlo por traidor. Casas se negó. Entonces, decidieron tomarlo prisionero, y cuando fueron a apresar a Miranda, este los recibió alumbrándolos con una linterna que le acababa de dar Carlos Soublette, su edecán.

—*Bochinche, bochinche, esta gente no sabe hacer sino bochinche*. —Les dijo Miranda. El sol sorprendió a Bolívar y a Miranda conver-

sando. Después entraron los captores siguiendo las órdenes del joven y se lo llevaron prisionero al castillo de San Carlos, castillo ubicado lejos de Ciudad de León.
A finales del 2015, Tomas Rujano continuaba pensando en una pregunta que siempre le quedó dando vuelta en su cabeza, desde que leyó sobre ese personaje tan heroico como lo fue el generalísimo Miranda, y ese hecho en particular, de cómo había sucedido esa capitulación. También le llamaba mucho la atención que muchos historiadores, amigos de él, calificaban a Bolívar, el libertador del país, como traidor. Que Bolívar esa noche de ese treinta de julio había jodido a Miranda. Pero lo que más le intrigaba, siendo la pregunta que reinó en su cabeza, fue:
—¿Qué se habrán dicho esos dos titanes, esa noche? Debo escribir sobre eso. Recrear ese hecho histórico desde la ficción… de la mejor manera que solo sabe hacer el teatro. —Y comenzó a investigar sobre el tema.

Rigoberto terminó en el hotel en el que se hospedaba Tomas. Ahí lograron cumplir su cometido.
Desde ese primer encuentro en La Habana, como los que tuvieron a escondidas en Ciudad de León, como en otras partes del mundo, se estableció, en ambos, un vínculo más fuerte que el de la carne, era el vínculo de la amistad y la hermandad. Por parte de Rujano, era Rigoberto su segundo gran amor.
Desde sus discursos y posiciones políticas, ambos apostaban por un país que necesitaba de sus ideas y las fuertes luchas de un pueblo, que siempre había estado sujeto al fracaso. Compartieron y debatieron las virtudes y los defectos del régimen de *El Hermano Superior*. Rigoberto siempre estuvo muy atento a los comentarios agudos que realizaba Rujano al gobierno que mandaba en el país. Nunca negó, ni cuando fue parlamentario, que Tomas lo ayudaba mucho con sus observaciones coherentes en mejoras de las calamidades que se vivían a favor de unos cuantos que no les interesaba continuar con el legado de *El Hermano Superior*, sino lo único que les importa-

ba era robar en nombre de una revolución que se desdibujaba al frente del nuevo mandatario: *El Hijo*.
Por eso, cuando Tomas Rujano se enteró, aquella madrugada, del asesinato de Rigoberto, no pudo controlar esas ganas de llorar que se calmaron con la salida del sol.

Amaneció lloviendo el cinco de septiembre de 2014. Tomas Rujano cumpliría ese día treinta y seis años. Eran las nueve de la mañana cuando sonó el celular de Tomas.
—Feliz cumpleaños, *majunchito*. —Dijo Rigoberto al otro del teléfono.
—Gracias diputado. —Enfatizó Tomas, dibujándosele en el rostro una sonrisa.
—Cuéntame, ¿qué vamos a hacer hoy?
—Nada. Tengo que entregar unos capítulos de una novela que escribo…
—Que aburrido… Paso por ti a las seis, para ir a cenar.
No le dio tiempo de negarse. Rigoberto había colgado la llamada. Eran las once de la mañana y Manuel como siempre dormía. La noche anterior había estrenado una nueva pieza teatral, y tarde, en la madrugada, entró borracho por la puerta principal de *La casa grande*, tratando de hacer el mínimo de ruido para no despertar a nadie. Se dirigió a su habitación. Pablo se reía. Manuel peleaba con él. Pablo le mostraba las escaleras de la litera y contemplaba su acrobacia para así llegar a la parte superior. En la parte de debajo de la litera dormía Pablo, y por muchas noches amanecía Manuel en sus brazos. Ahora, comenzaría a dormir Miguel Eduardo López, joven de diecisiete años, y que el primero de octubre cumpliría los dieciocho. Pablo dormía en un colchón al lado de la litera. El nueve de septiembre, a cuatro días del cumpleaños de Tomas, Manuel José Castro Bermúdez cumpliría treinta y dos años.

Era el miércoles, primero de octubre, mismo año. En una zona muy retirada de La casa grande, asesinarían al diputado Sierralta.

Pablo observó a Manuel mientras se acostaba. Lo besó y se acostó. Miguel Eduardo López hacía silencio y observaba la situación que ambos habían propiciado. A las cuatro de la madrugada, Manuel completamente desnudo, se pasó a la cama de Pablo. Solo se escuchó el leve gemido de Manuel, en el momento cúspide de la penetración que Pablo le practicaba. Una hora después Manuel dormía en la cama de Pablo, y este, había ocupado el lugar vacío de la parte superior de la litera. Miguel Eduardo seguía haciendo silencio.

Eran las seis y quince minutos de la tarde cuando un mensaje de texto, por parte de Rigoberto, se almacenó en el teléfono móvil de Tomas: "Baja *majunchito*. Llegué. Estoy estacionado entre el edificio y la panadería. Estoy en otro carro. Mi escolta te hará señas". Lo leyó y se apresuró en bajar. Llegó. Se montó en el carro y partieron. Dos carros con escoltas lo custodiaban. En la pizzería preferida de Rujano, *Da´Remo*, pasaría una velada que tenía años que por su cuenta no podía brindarse. Rigoberto le hizo la noche muy especial, le regaló un reloj de oro. Un grupo de mariachis no faltó en el lugar, cantándole las mañanitas y el repertorio de otras once canciones. Comieron y bebieron, solos, los dos, hasta la aparición de un pastel que concluía con otro cumpleaños que sumaba a su vida. El último cumpleaños al lado de él. Y el último agasajo que recordara con tanta añoranza, donde se contempla las imágenes del amor.

Era pasada la medianoche, cuando Tomas Rujano llegó a la puerta de su edificio. Rigoberto esperaba en el carro a que entrara. Se despidió con una agradable sonrisa. Esa noche no podía, ni debía pasarla con él. Ya existía Miguel.

Esa fue la última vez que Tomas y Rigoberto se vieron.

En Ciudad de León, como en el norte, en el sur, en el este y en el oeste del país se hizo silencio. Los periódicos nacionales, como la prensa a nivel internacional, reseñaban el dos de octubre la noticia de que *En horas de la noche del miércoles primero de*

octubre el diputado a la Asamblea Nacional, Rigoberto Sierralta, había sido asesinado en un hecho del cual no se precisaron mayores detalles.
Tomas Rujano apagaba su computadora, eran las tres de la madrugada del jueves dos de octubre, se dirigía a su habitación. Sonó su celular.
—¿Tú llamándome a esta hora? —Preguntó Tomas, sentándose en su cama.
—Asesinaron a Rigoberto. —Dijo alguien al otro lado del teléfono.
Tomas Rujano colgó la llamada. Como nunca, lloró hasta que el sol lo sorprendió viendo la programación del televisor. Todos los canales nacionales, como muchos de los que poseía por medio de su señal de cable, transmitían la información trágica de la muerte del diputado: su gran amigo y expareja.
Su segundo gran amor.
Fue a todos los actos preparados en homenaje a Rigoberto, la capilla ardiente, el velatorio por tres días, y la contundente procesión que se hizo cuando lo llevaban a enterrar, caravana parecida a la que le hicieron el día del entierro de *El Hermano Superior*. Eran tanta la cantidad de personas que acompañaban a Rigoberto que Tomas Rujano se perdía entre la multitud. Llegó un momento que se sintió parte de ese pueblo afecto a un régimen que despedía a un mártir de la revolución: así lo había calificado *El Hijo*, y así lo repetían todos los seguidores de Rigoberto, como los seguidores del régimen. Meses antes de la muerte de Rigoberto, Tomas había dejado de escribir su obra de teatro *Consulta por expediente*, esa obra que le había hecho merecedor del premio en la *Gran Manzana*. Siempre la llamó con ese nombre, y cuando dejó de escribirla había llegado hasta la mitad de la historia. Fue después de la muerte de su hermano, amigo y amante que pudo concluirla. Esa muerte hizo que el rumbo de la historia cambiara y retratara la planificación de un crimen en la casa de la señora Bermúdez, obrera de una clínica de Ciudad de León, y que era atendida por un psiquiatra ocupacional de dicha clínica, el doctor López, por haber cometido la falta de lanzar,

a su jefa, por las escaleras de su lugar de trabajo. Entre las conversas que ambos sostuvieron salió a relucir el asesinato de un parlamentario, un diputado importante del régimen en el que aún creía la señora Bermúdez. Y es, en su casa, donde se planificaría tal hecho, sin ella saberlo. La historia avanza, descubriéndose que el actor intelectual del crimen había sido su yerno, hombre que vivía desde hacía un tiempo en su casa, con su hijo homosexual y teatrero. Este yerno era uno de los principales azotes del barrio donde vivían. Y a él, le habían pagado desde el gobierno para que cometiera tal asesinato. Este, valiéndose de un joven que, por esos días había ido a su casa, en busca de drogas, organizó el crimen. El joven, un muchacho de cara cristalina, era el hijo del doctor López y uno de los últimos amantes del diputado. El doctor López era también el psiquiatra del diputado. El joven era menor de edad y cumpliría el día que asesinaría al diputado su mayoría de edad. El doctor López nunca perdonaría que su hijo fuera homosexual. El joven empezó a repugnarle, que el diputado, con cuarenta y ochos años, se hubiera convertido en su pedófilo, tres años atrás de cumplir su mayoría de edad.

—Ya sé para dónde va esta historia. Ahora que los personajes dialoguen. —Dijo Tomas, cerrando su libreta de anotaciones y dirigiéndose a su computadora, donde continuaría escribiendo la obra.

Rujano concluiría afirmando, con el texto Consulta por expediente, que el país hacía silencio y que el mejor diagnóstico era declararse locos.

Miguel Eduardo era hijo de un importante y adinerado psiquiatra de Ciudad de León. Desde muy temprana edad, Miguel se había descubierto y se sentía homosexual. Le habían comenzado a gustar los hombres desde los diez años, cuando su primo, Andrés, que, para aquel entonces, estaba a un mes de cumplir los dieciséis años, y engañándolo en los juegos de papá y mamá, lo penetró en una casa improvisada con sillas y telas que servían de techo para los dos amantes que experimentaban su primera relación sexual. Ambos eran y se com-

portaban como niños mimados por el dinero de sus familias. Andrés, ya con un cuerpo pronunciado y algunos bellos púbicos en sus genitales, como en sus axilas y pecho, comenzó a sentir deseos carnales por su primo. Noches anteriores, se había masturbado en la soledad de su cuarto, pensando en el rosado de los labios y en las nalgas que poseía el blanco niño, Miguel.

Manuel también se había masturbado años atrás y en varias ocasiones en su cuarto, como en otras partes de La casa grande, pensando en Pablo.

La primera vez que se masturbó, fue después de aquel inaugural encuentro sexual que Pablo con diecisiete años y él, aún con quince, habían experimentado en un baño que casi nadie usaba en el patio, al fondo de *La casa grande*. Esa casa que, desde el momento que Pedro Navas aceptó, que dejaría de funcionar como casa de telégrafos y se convirtiera en el prostíbulo de Dolores Bermúdez. Casa que había albergado a más de mil hombres a lo largo de todo el tiempo que funcionó como burdel. Casa con veinte habitaciones y que seguía albergando a estudiantes y familias que venían del interior del país a Ciudad de León en busca de una nueva calidad de vida. Casa con dos patios, uno central que se mantenía desde los años coloniales de la ciudad, y donde en las tardes de calor servía de lugar para refrescar las carnes, así como de noche, era el lugar del jolgorio y la antesala entre las putas y los clientes que hundidos en el alcohol deseaban quemarse entre el calor de sus carnes en alguna de las veinte habitaciones que le asignara Carmela o Dolores. El otro patio, al fondo de la casa, estaba rodeado por muchos árboles. El principal, uno de mangos, que tenía la suma de años desde que nació en ella el general Nicodemo Navas, abuelo de Pedro Navas, hasta Jorge, el habitante más joven de la casa. Seguía siendo, este imponente árbol de mango, un *señor muy viejo*, que proveía a *La casa grande*, como a Ciudad de León, esta exquisita fruta. No solo en esta casa existía este árbol. Por toda la ciudad, como por todo el

país, existía el mango, sin embargo, el *señor muy viejo*, —como así lo comenzarían a llamar las morochas desde que su abuela Sara segunda se perdía, contándole historias sobre la casa y todas las personas que por ella habían transitado—, era el árbol emblemático por esa zona de la ciudad. Primero por todos los años que tenía proporcionándole a *La casa grande* y parte de la cuadra una sombra paradisiaca que no hacía otro árbol, y segundo, porque sus grandes cosechas de mangos eran capaces de alimentar en el desayuno, el almuerzo y la cena a todo un ejército.

¡Y así fue!

La presencia del mango estaba inscripta a la ciudad de un modo recóndito y particular, a diferencia de otra planta. El mango siempre estaría presente en la vida económica y social, no solo de la ciudad, sino del país. *El señor más viejo* extendía sus plácidas ramas cargadas de frutos sobre la tradición, y su sabor y fragancia, destilaban el perfume y el gusto del recuerdo de una infancia feliz. Todos los pobladores de Ciudad de León recordaban y aún recuerdan sus mangos, a este exquisito fruto, como el recuerdo más plácido que alegra el alma. Sin los mangos del *señor más viejo*, Ciudad de León no hubiera sido la misma, su historia sería distinta.

En mayo de 2015 comenzaría el mango a volverse en el alimento más barato para los pobladores de todo el país. Así como calmó el hambre a los ejércitos en la *Guerra de Independencia* y *Federal*, así la calmaría al ejército que combatía una guerra con el hambre en el régimen de *El Hijo*.

Sara tercera, con ayuda de Manuel, cuando podía, de las morochas, de Jorge y de uno que otro inquilino de *La casa grande,* regalaban bolsas y bolsas de mango a más de un necesitado, que como decía Andrea: *viven más en el hambre, que en la vida*. A veces eran interminables las colas que se hacían, principalmente a la hora del desayuno o del almuerzo, de los muchos rostros que venían en busca del necesitado alimento. Nunca les pesó hacer esta labor y gustosamente, fueron haciendo guardias entre ellos, y así atender la cola de personas. Manuel,

por la detención de Pablo y las primeras lecturas que comenzaba a realizar de *Estamos en el aire*, la próxima obra de teatro que haría, casi nunca podía colaborar.

Debajo del *señor más viejo*, en un baño pequeño construido en el año que Sara tercera y Manuel Castro Belandria se mudaran a *La casa grande*, Manuel fue penetrado por Pablo por primera vez. Tildaban las dos de la tarde y en la casa solo estaban, aparte de unos inquilinos en sus respectivas habitaciones, Sara primera y Sara segunda, ambas perdidas en sus recuerdos, cada una en sus cuartos. Manuel, el padre, y Sara tercera, habían salido con las morochas, después del almuerzo, al médico, esa tarde del dos de junio de 1998. Manuel, el hijo, ya se sentía atraído por Pablo, y este, aunque no lo manifestara, también le gustaba las insinuaciones que le hacía.
—¿Qué más, Pablo? —Le dijo Manuel al verlo en la puerta de su casa.
—Vine a comer mangos. —Respondió Pablo.
Se fueron al patio del fondo y comenzaron a comer mangos. Manuel hacía movimientos incitadores con la pepa del mango de los que Pablo se reía.
—Si agarras mi pene así, lo vas a dejar sequito. —Dijo Pablo en tono de guasa.
—No. A tu pene lo trataría con más cariño. Son alimentos distintos. —Alegó Manuel. Pablo mostró una mueca de risa provocativa y de nervios en su cara.
—Si eres marico muchacho. —Dijo en tono de burla.
—Lo soy. —Dijo Manuel. Agarró otro mango para comérselo.
Pablo, de igual manera, sin dejar de ver a Manuel, clavó un mordisco a otro mango. Con una mano lo sostenía y con la otra mano comenzó a agarrarse el pene.
—¿Qué te pasa que andas como azorado, Pablo? —Le dijo Manuel.
—Nada. Es normal que los hombres nos agarremos aquí. —Le respondió Pablo.

—Claro. Y también es normal que te aumente de tamaño. —Alegó Manuel, mientras comía de manera libidinosa el mango y observaba la erección que presentaba Pablo.
—¿Quieres tocarlo? —Preguntó Pablo.
—¿Tú quieres que lo toque? –Respondió Manuel con esta pregunta y algo nervioso.
—Sí. —Dijo Pablo. Con un sí muy contundente que le hizo soltar el mango, como también, volver a pensar en la tarea por la que había salido de su casa. Pablo sabía que esa tarde los padres de Manuel no iban a estar. Pablo sabía que esa era la hora perfecta, para que los dos pudieran estar lujuriosos, solos, bajos los deseos de la carne. Pablo sabía que Manuel moría porque él, lo hiciera su amante. Manuel sabía que Pablo era el joven más deseado por las chicas de la zona, como también lo era por sus compañeras de clases. Estudiaba un año más que Manuel. Él también sabía por boca de Pablo, que él ya había tenido relaciones sexuales con otras jóvenes y no tan jóvenes. ¡Nunca con otra persona de su mismo sexo! Manuel le conocía su novia. Una joven muy linda que estudiaba con él y con la que mantenía amoríos. Manuel sabía que Pablo a veces le insinuaba indirectas que no terminaban en concluirse por la presencia de sus padres, como por Juana o Yuleixi, que en múltiples oportunidades frustraban sus momentos. Manuel, sin embargo, no buscaba complicarse su adolescente vida esperando que Pablo no resultara ser el Pablo que él quería. Pensaba, y se aseguraba, que Pablo no estaba pendiente en tener con él, ni siquiera por curiosidad, un acto de intimidad. Manuel ante estas confusiones, que a veces se generaban, no buscó ilusionarse y continuó su amistad con él, y su vida sexual con otros: compañeros de clase, como vecinos y uno que otro estudiante mayor de edad e inquilino de la casa. Así, disfrutaba a su corta edad, del sexo oral y de alguna que otra penetración inconclusa por parte de sus amantes, estas motivadas al miedo por ser descubiertos o por remordimientos durante el acto que detenían el hecho.
—Se te puso muy dura. —Dijo Manuel. Llevaba rato masa-

jeándolo por encima del short que llevaba Pablo.
—¿No era eso lo que querías? —Respondió Pablo con esta pregunta, al mismo tiempo que se mordía los labios.
—Sí. —Contestó Manuel.
—¿Y qué más quieres? —Preguntó Pablo.
—Llevármelo a la boca. —Le contestó Manuel, notándosele en su cara satisfacción por estar haciendo lo que tanto había deseado.
—Tus deseos se te están haciendo realidad, Manuelito. —Dijo en tono de burla Pablo.
—Los tuyos también cabrón. —Le dijo Manuel. Se lo apretó muy duro. Pablo gritó y prosiguió:
—Con que esas tenemos.
Ahí mismo se bajó su short y ordenó a Manuel a que se arrodillara.
—Estás loco. Aquí no. Camina al baño. —Dijo Manuel.
Pablo comenzó su caminata con el short abajo y su miembro de gran proporción erecto. Se lo sacudía al ritmo de la lujuria que ya se había desatado y del dominio que comenzaba a tener sobre Manuel. Este caminaba atrás de él, riendo por la ocurrencia libidinosa de Pablo y deseando llegar lo más rápido al lugar que se convertiría en su primer nido, no de amor, sino de gemidos, sexo y pasión. Ya en el baño, Manuel comenzó a hacerle el sexo oral a Pablo, que permanecía sentado en la poceta. Este prensaba todo el cuerpo, emitiendo unos gemidos que hacía en Manuel acelerar las succiones que le dedicaba.
—Tienes una boca de seda. Sigue así. Trágatelo todo. —Dijo entonces Pablo muy excitado. Así duraron por más de quince minutos.
—Quiero que me penetres. —Afirmó muy animado Manuel, mirándolo con unos ojos que destilaban lujuria, al mismo tiempo que le lamía con más ganas el pene.
—Pensé que no lo ibas a pedir. —Dijo Pablo.
Manuel se bajó su short y se quitó la franela que llevaba puesta. Pablo untó de saliva su pene, permanecía sentado en el

retrete. Manuel abrió sus nalgas y se sentó sobre su pene. Sintió un dolor que ya había experimentado en otras oportunidades, pero que esta vez era más agudo por lo grueso y largo del miembro. Reposó unos segundos sobre él y comenzó un balanceo al que se le fue sumando los gemidos de ambos y lo rustico y fuerte de Pablo. Sin sacar su miembro, se levantó de la poceta con Manuel y de pie lo penetró más fuerte por otros diez minutos. Luego Manuel buscó arrodillarse encima del wáter y Pablo le daba de una manera más violenta a Manuel. En sus rostros el placer y la lujuria eran reyes. Nunca se besaron. Manuel hubiera querido. Aunque nunca, ninguno de sus otros amantes lo habían besado, con Pablo era distinto.
—Voy a acabar. —Dijo Pablo.
—Sácalo pues. –Dijo apresuradamente Manuel mientras intentaba apartarlo.
—No. Desde hoy en adelante serás mío. ¡Solamente mío! —Dijo Pablo, mientras se venía con su semen dentro de él y mordía su espalda.
Manuel con su pene también erecto buscó masturbarse y acabar. Pablo no se lo permitió.
Salieron del baño luego de unos minutos y comieron otros mangos. Eran las cuatro y media de la tarde cuando Pablo se fue de la casa. Las dos Saras se entretenían viendo televisión en la sala. Manuel le entregó a cada una un mango, perdidas en su olor, comenzaron a comérselo, recordando los años de plena juventud en la que cada una comía de este fruto que siempre iba acompañado con una historia.
Manuel, ya en su cuarto, aprovechando que estaba solo, se masturbó pensando en ese primer encuentro sexual con Pablo. Media hora después, llegarían sus padres y las morochas.

Desde esa primera penetración, hasta la treinta y siete que le hizo su primo, Miguel se sentía, cada vez más, amante homosexual, enamorado de Andrés, o así lo profesaba él desde la lógica razón de su niñez. A escondidas mantenían sus encuentros sexuales. Cada vez que Andrés manifestaba ganas,

lo buscaba. Cada vez que Andrés era calentado y dejado con erecciones incontrolables, por alguna amiguita del colegio o las que vivían cerca de él, buscaba a su primo Miguel, para que le matara esos demonios lujuriosos e incontrolables que terminaban muertos en su boca o dentro de su esfínter. Miguel siempre se alegraba cuando sus padres le permitían quedarse en casa de su primo, alguna que otra noche, o los fines de semanas, que no tenía que ir al colegio. Eran las mejores noches para los amantes, donde Miguel se volvía la mujer de Andrés y complacía a todas las fantasías que a este se le ocurriera. No había nunca motivos que los hiciera agotarse. Pasaban los días contentos y con un comportamiento varonil, propio de primos de su edad, que hacía que nadie pudiera sospechar algo entre ellos.

Así pasaron los días.

Así pasaron los encuentros.

Así pasaron los sudores y fluidos corporales.

Catorce años tenía Miguel, casi quince, cuando Andrés cumplió los diecinueve, y su padre los descubrió a los dos, manteniendo relaciones en el cuarto de baño de la casa de ellos. Ese día de agosto, Miguel Eduardo le dijo que le gustaban los hombres. Andrés quería que se lo tragara la tierra, sintió miedo de ser acusado por el tío político, como corruptor del menor Miguel. El doctor López jamás dijo nada.

Dos días después, montó las maletas de Miguel Eduardo López en su carro, y se lo llevó a un internado para caballeros, al sur del país. Miguel lloró los primeros días por perder al primer hombre de su vida, Andrés. Un mes después, se había convertido en la mujer de veinte varones de los noventa y cinco que junto a él conformaban el internado "Sagrado Corazón de Jesús". Y para el primero de octubre de 2011, Miguel, con quince años, que cumplía ese día, se sentía más puta que Dolores Bermúdez y sus dos mil novecientos cincuenta hombres que pasaron por su cama. El Doctor López y su esposa no tuvieron más hijos. Y el padre había depositado en su varón todo el machismo inculcado desde las anteriores

generaciones por su familia, que, a pesar de sus estudios, el Doctor López jamás despegó de su inconsciente.

El papá de Tomas Rujano había prestado servicio militar a comienzo de la década de los 70, en el siglo XX, en un pueblo a cuarenta minutos de Ciudad de León. Un joven de campo con veinte años de edad, oriundo de *Canaguá*, un pueblo andino que colindaba entre la cordilla andina y llanera al occidente del país. Su padre, José Tomas Mora, jamás lo aceptó homosexual. Podía más, ese machismo arraigado, que el amor de padre. Y fueron tantas las golpizas y maltratos verbales que recibió de él, que Rujano, siempre protegido tras las faldas de su madre, Justina Rujano, fue acumulando un resentimiento que nunca llegó a convertirse en odio, pero si en un descontento de silencios, que comenzó en él, desde que cumplió sus veinte años, y que, desde tiempo atrás, venía dándose por la independencia y el sustento que proporcionaba a su casa, como a él, gracias a sus triunfos literarios. Decidió entonces, emplear el apellido de su madre, y no el Mora, que provenía de su progenitor. Y, aunque su formación intelectual, le hizo entender el comportamiento de su papá, mantuvo esa tirria alimentada por un orgullo, que podía más que el perdón, ese que solo pudo darle, cuando le dio santa sepultura. Aunque ya había comenzado a tratarlo meses antes de su muerte.

Desde que comenzó a escribir la obra de teatro *Consulta por expediente* a finales del 2014, ya elaboraba esquemas sobre lo que serían sus dos únicas novelas: *La casa grande* y *El país de las cola*s; construyó el personaje del doctor López pensando en el machismo de su padre. Pensaba en su progenitor, y en los progenitores de su padre José Tomas Mora, así como pensaba en los progenitores del doctor López. Alimentaba el imaginario de este personaje desde su realidad más cercana: su papá. Y sabía que, este imaginario, le interesaría y le ayudaría para el desarrollo de otros personajes en otras obras de teatro, como en estas dos novelas.

—"Todos cuentan, los progenitores, y más allá, quien sabe cuántos, abuelo, abuela, tatarabuelos, la raíz oscura y primi-

tiva de la genealogía". —Leyó y recordó siempre Tomas de la novela *El lugar del escritor* de Victoria De Stefano. Y pensó en su padre y en el doctor López. Y pensó en lo que serían sus novelas y en Miguel Eduardo López. Y pensó en Rigoberto Sierralta y en sus asesinos. Y pensó en *El Hijo* y en la hipocresía de la política. Y pensó en *Castro* y en La Habana. Y pensó en *Hitler* y en todos sus muertos. Y pensó que siempre la homosexualidad iba a ser un silencio permitido.

Rigoberto Sierralta conoció a Miguel Eduardo López, una noche de carnaval del 2012, en el barrio *Veintitrés de enero*. En las principales calles, al oeste, como al centro de la ciudad, aparecieron los barrios más emblemáticos desde hacía ya muchos años atrás. Y ya con la llegada del Sistema de Transporte Metro de Ciudad de León en enero de 1982, la ciudad había aumentado en barrios, no solo al oeste, sino en el este, también se habían formado algunos barrios y cerros para la zona. Lugares marginales en el que querían comenzar una nueva vida la mayoría de los inmigrantes que venían del interior del país desde la década de los setenta. Y así, como el barrio *Veintitrés de enero*, al oeste, en el este nació *Petare*, y con estos dos sectores, siguió la ciudad desarrollándose, y el Sistema Metro extendió su línea uno, que había comenzado desde la zona popular de *Propatria* al oeste, hasta la zona de *Chacaíto*, al este de la ciudad. Y así, se volvió la línea uno, una gran vía subterránea que atravesaba toda la ciudad, desde *Propatria* hasta *Petare* y viceversa. Brindó este medio de transporte un avance económico, social, cultural y tecnológico a Ciudad de León, como al país entero. Hizo entonces que la ciudad se volviera en una selva avanzada de cemento, que incluso llegó a ser comparaba con emblemáticas ciudades para la época: *Buenos Aires* al sur, o el *DF* y la *Gran Manzana* al norte del nuevo mundo. Extendió luego otras dos líneas paralelas que hizo que los pobladores de la ciudad pudieran estar en distintos lugares en el menor tiempo posible y por un menor costo del precio del pasaje. Trajo así, un bienestar, que tenía tiempo

que no veía la ciudad. Y continuó el país viviendo entre la metáfora de un país rico, pero con una nación pobre. Y esto se vio reflejado en *La casa grande*, y en la vida de Sara tercera y en la de su marido. Fue la época donde entró más dinero a su negocio en el mercado, pero en la que no ahorró, y así, como producía, gastaba, sin imaginarse que, casi catorce años después, estaría en la más completa pobreza. El Sistema Metro de Ciudad de León aportó para el país, la planificación que nunca tuvo. Mostró sus bondades, como también todas las corruptelas que operaban detrás de este nuevo milagro. Y con este invento, no solo los mandatarios de turno disfrutaron de esas virtudes, también fueron muchos los pobladores los que avanzaron en su economía y nunca dejaron de agradecer la llegada de este medio de transporte. Lo mismo había ocurrido con la fundación del mercado, en la época colonial de la ciudad, —que, en aquel entonces, no llevaba el nombre de San Jacinto—, o, como cuando el general *Pérez Jiménez*, amplió urbanísticamente Ciudad de León.

Para los días de carnaval, cuando se conocieron Miguel y Rigoberto, el Sistema de Transporte Ciudad de León se había ampliado. Con el mandato de *El Hermano Superior*, se había extendido unas líneas de Metro Cable que llegaban a las zonas más marginales, al sur de la ciudad. Los cerros habían aumentado en viviendas y los barrios y las urbanizaciones eran uno mismo, separados por los límites geográficos creados por el hombre. Con el régimen de *El Hijo*, el Sistema Metro, como los demás medios de transportes, comenzarían a fallar gravemente, aumentando colas inacabables para poder utilizarlos. Volvieron entonces los pobladores a caminar, y así, se fue agudizando el caos que se venía generando en tal servicio. Lo que en sus orígenes se había construido para el desarrollo de una ciudad, ahora, se venía abajo, por la falta de mantenimiento y de consciencia ciudadana ya perdida por todos.

Miguel Eduardo había aprendido a escaparse del internado "Sagrado Corazón de Jesús", sobornaba a los vigilantes con

dinero, o con cualquier otro placer que estos pedían. Para esta escapada, a cinco meses de su llegada al internado, tuvo que entregar al jefe de los vigilantes, el señor Moncada, unos zapatos *Timberland* que le había obsequiado su madre por la noche buena de 2010. También le hizo el sexo oral al resto de la camada, eran tres, en una corta cola, mientras que el señor Moncada, se masturbaba viendo espectáculo.

Miguel Eduardo completó tal soborno vestido de negrita.

Así salió del internado, después de vaciar de los testículos el semen de tres vigilantes que agradecieron, a Dios o al demonio, esa noche de placer con un niño de quince años. En un bolso de mano, Miguel llevaba otra muda de ropa. Después de disfrutar una fiesta en el pueblo, cercano al internado, y de haber seducido a varios hombres, decidió quitarse el disfraz. Como varón, sin el travestismo de negrita, se llevó, a dos de esos machos hambrientos de sexo, a un monte cercano. Ahí se comportó como una barragana que solo respondía a las complacencias de los amantes que pedían de él ser más puta que las mujeres que habían tenido. Fue de ellos hasta el amanecer. Los hombres exhaustos, habían quedado muertos de cansancio ante una placentera velada de corridas y de gemidos que, por esa zona, hacía tiempo que ni la noche escuchaba. Desnudo y con los rayos del sol, agarró la cartera de estos bellos varones, le dio un beso a cada uno en la boca y partió. Los dejó ahí, cansados, desnudos y complacidos por los favores recibidos. Por el camino se fue vistiendo. Pidió cola, con todo y que había robado a otros dos de su lista de amantes. Montado en un camión que transportaba gallinas y cochinos, Miguel llegó a la ciudad, se saboreaba los labios al bajarse del vehículo; cualquiera que lo hubiera visto, habría argumentado que se venía saboreando el néctar semental del hombre que manejaba, y que por la risa que este mostraba en su rostro, se sentía satisfecho por la hazaña.

Era el último día de carnaval.

Volviéndose a disfrazar de negrita, y continuando la parrando del carnaval, conoció a otros hombres que se vislumbraban

ante su imponente presencia, presencia que resaltaba entre las siluetas de las mujeres de la fiesta, en ese barrio, donde encontró al amor o a la obsesión y a la desgracia de su vida: Rigoberto. Tenía quince años, pero Miguel aparentaba más edad, por su altura y tonificaciones de su cuerpo. Rigoberto estaba en vísperas de cumplir cuarenta y seis años el quince de marzo. Diputado del parlamento del país, se desvivía por los ideales que había conocido en *El Hermano Superior*, así como lo llamaba él, y así como lo llamaría siempre Sara tercera. Así como lo conoció la historia desde hacía ya quince años atrás. Y es que, *El Hermano Superior* ya llevaba catorce años convertido en el mesías de un país, que buscaba salir del abismo ocasionado por las dictaduras y los cuarenta años de democracia, que nunca nadie sintió como suya, hasta un año después de su muerte.

Para ese febrero, *El Hermano Superior*, continuaba la pelea con la muerte. Un cáncer atroz aniquilaba lentamente su vida. Al año siguiente, un cinco de marzo de 2013, moriría en el Hospital Militar de Ciudad de León, rodeado de un pueblo que por cuarenta y cinco días y cuarenta y cuatro noches antes, lo acompañó desde la calle, en una constante plegaria de ruegos, risas y llantos, que hacían a Dios, al universo, a la vida, con el fin de aumentar en el enfermo las fuerzas necesarias para que se levantara de la cama. Desde que había llegado de La Habana, *El Hermano Superior* no se mostró ante su pueblo. La última imagen que se tenía de él era la que, en cadena nacional del ocho de diciembre de 2012, había evocado como despedida ante un pueblo que nunca imaginó que ese sería su final de partida. Ahí pidió serle leal a su hijo: *El Hijo*, su vicepresidente para aquel momento, sería su sucesor si algo llegase a ocurrirle por su enfermedad.

Ahí, El Hermano Superior, entregó el espíritu.

Y pasó ese diciembre en La Habana, y vino enero, y vino un nuevo año. Y continuó la vida. Y los afectos a él, ese pueblo que tanto lo aclamaba, fue manejado al antojo de los que ahora ostentaban el poder.

—Algunos se leerían *1984* de George Orwell. —Le dijo Tomas Rujano a Eduardo el diez de enero de 2013, cuando *El Hermano Superior* debía presentarse ante la Asamblea Nacional y así juramentarse en su nuevo período continuo como presidente del país.

¡No lo hizo! Continuaba en La Habana.

A lo mejor vivo, como muchos de su bando afirmaba.

A lo mejor muerto. Como la gran mayoría opositora repetía desde finales de diciembre.

Y comenzaron a aparecer rostros de cartón de *El Hermano Superior* por todos lados. Y comenzaron sus seguidores a utilizarlos en sus rostros. No era carnaval todavía y ya reinaba una gran fiesta de mascaradas en toda Ciudad de León.

¡En todo el país!

Y aparecieron frases como: ¡Yo soy *El Hermano Superior*!

Y los campesinos de los pueblos lejanos del país, comenzaron a repetirlo y a creérselo.

Y las mujeres afectas al régimen comenzaron a repetirlo y a creérselo.

Y los indígenas comenzaron, en sus distintas lenguas, a repetirlo y a creérselo.

Y los malandros, y los colectivos armados, y los pobres diablos, todo un pueblo necesitado y perdido, sin mesías que le dirigiera sus vidas, comenzó a repetirlo y a creérselo.

¡Era otro beta!

Tomaron Ciudad de León.

Y con "el gran hermano vigilando" y cuidándolos, obligaron a la Asamblea Nacional a que juramentara la ausencia de un presidente que era representados en ellos, porque todos eran *El Hermano Superior*.

Avanzó enero, y con él, perpetuó la ausencia.

Y lo llamaban vacío de poder.

Y otros defendían el mandato de un pueblo.

Y antes de que llegara febrero, *El Hermano Superior* arribó al país.

Unos afirmaban que había llegado muerto.

Otros, que venía más vivo que nunca.
¡Curado!
Y hubo silencios.
Y no hubo respuestas, ni para los unos, ni para los otros.
Y permaneció cuarenta y cinco días y cuarenta y cuatro noches en el Hospital Militar de Ciudad de León.
Velándolo en vida… o quizás, ya habían comenzado a velar su muerte, sin saberlo.
Y más pudo el llanto que rompió ese eterno velatorio, aquel oscuro día de marzo de 2013, cuando el doctor Antonio Machado, anunció a los demás políticos, como familiares directos, que el presidente del país, acababa de fallecer, borrando por completo la esperanza congelada del pueblo que lo acompañó.
¡Esa sería la noche cuarenta y cinco de velatorio para El Hermano Superior en el hospital! Pero, ahora sí, muerto.
Desde las siete de la mañana del día siguiente el pueblo se lanzó a la calle. Querían acompañar el traslado del difunto presidente desde el hospital hasta la Academia Militar, donde iba a ser velado por quince días más. El traslado del cuerpo comenzó a las diez de la mañana y duró todo el día. El diputado, Rigoberto Sierralta, caminó junto al féretro. Lloró desde el silencio de su condición, amor, y, desde ese año, que llevaba amando, obsesionadamente, al menor Miguel Eduardo, se sintió acompañado por las calles de Ciudad de León. A las cinco de la tarde llegaría el cuerpo de *El Hermano Superior* al salón Azul de la Academia Militar. En ese eterno, emotivo y caluroso recorrido, bajo el sol de la ciudad, Rigoberto habría de recordar cómo había conocido *El Hermano Superior*. Tenía Rigoberto veintisiete años y admiraba al militar del *por ahora*. Había terminado su carrera de abogado y buscaba ayudarlo a salir de la cárcel. Lo visitó en varias oportunidades en la cárcel de San Francisco de Yare. Conversó así con un hombre que miraba más allá de una idea. Que buscaba realmente cumplir ese *por ahora*. Que se alimentaba de un Bolívar y de un Miranda, como de muchos otros héroes que habían forjado

el camino para la independencia del país, como, para la independencia del nuevo mundo. Disfrutaba Rigoberto escucharlo. Saberlo tan vivo y convencido en un cambio rotundo para la injusta historia en la que solo cabían los poderosos, los que podían comprarla y manejarla a su gusto.

—Le llegó la hora al pueblo, Rigoberto. —Le dijo *El Hermano Superior* a Rigoberto en una de las tantas conversas en la cárcel de Yare.

—Y usted hizo la diferencia para que esto sucediera. —Respondió Rigoberto.

—Yo no. Yo solo soy un instrumento. Un instrumento que está al servicio de un pueblo que busca continuar forjando la libertad plena de la patria. —Le respondió efusivamente y Rigoberto de verdad se quedaría enamorado de la idea de un hombre.

—Había algo en él, que hacía parecer, que tuviera un libreto de su propia vida. —Le dijo Rigoberto una tarde de velatorio del mes de marzo de 2013 a Tomas Rujano, mientras tomaban vino en el departamento de él. Tomas sabía muy bien del gran afecto y respeto que profesaba Rigoberto a *El Hermano Superior*. Sabía que su muerte lo había dejado devastado. Sabía que conversar era de buena ayuda, y así, aliviaría un poco la tristeza que solo el tiempo iba a quitarle. Tomas lo escuchó siempre. Respetó sus alabanzas y halagos para un hombre que a él jamás le había gustado. Rigoberto se sentía con Tomas tan cómodo, hablando del único ser que había trastocado su alma. Sabía Rigoberto que, aunque Tomas no compartía su posición política e ideológica, era con él y solamente él, el único que podía entender que *El Hermano Superior* lo era todo para él. Que con su muerte había desaparecido un sentimiento que ni Miguel podía remplazar. Un sentimiento de amor perturbador.

—Ni Miguel podrá llenar este vacío.

—Hay vacíos que no los llena nadie. —Afirmó Tomas, pensando en el nombre de Miguel que desde ese momento se arrojó en su memoria. No preguntó por él a Rigoberto, en

el momento, prefirió perderse en sus pensamientos. Y pensó en su Christian, su primer amor. Y pensó en él, como su segundo amor, lugar que nunca llegó a decirle que ocupaba, desde su encuentro por primera vez en La Habana. Y pensó en la rotunda esperanza de saber si llegaría a su vida otra nueva imagen del amor. Y pensó en no recordar esos nombres que vivían con él día y noche. Y evadió los recuerdos con el nombre de Miguel. Y fue cuando se atrevió a preguntar por él. Y hablaron de él. Y Rigoberto río en medio de su tristeza recordándolo a él. Sería la primera vez que el nombre de Miguel retumbaría en las paredes de su apartamento. Rigoberto esa tarde, mientras hablaba con Tomas recordaría la noche de aquel carnaval del año pasado en el que conoció a Miguel. Le confesó que siempre supo que debajo de ese traje de negrita estaba él, un hombre. Tomas le gustaba verlo alegre mientras hablaba de él. Sin saber que ese sentimiento, más que amor, se había convertido en una total obsesión. Tomas escuchaba atentamente los suspiros de Rigoberto y aplaudía que se sintiera tan vivo y enamorado de un Miguel que jamás conocería, sino hasta los días siguientes de la muerte de Sierralta, cuando lo vio por los medios de comunicación. Rigoberto nunca sospechó que fuera menor de edad. El día que trasladaban el cuerpo del presidente fallecido, tampoco lo sabía. Aparentaba tener dieciocho o hasta diecinueve años, este cautivador y atormentado enamorado, que le robaría para siempre su aliento y pensamientos, incluso después de muerto. Miguel creía que lo amaba, incluso se reconocía con el poder absoluto de acabar con su vida, si así fuera necesario, eso le confesaría a Sara tercera aquella noche de septiembre de 2014, mientras esperaba a Pablo, en la mesa de la cocina de *La casa grande*. Ambos comían unas arepas con queso, acompañadas con una taza de café con leche. Sara se atrevió a compartir con él del poco café y de la poca leche que le quedaba, y que era para ella un tesoro que compartía con algunas personas, en momentos especiales. Este no sería el mejor momento, pero sí se le había comenzado a volver Miguel un ser especial

que aconsejaba como uno más de sus hijos. Sabía que Miguel necesitaba de ella. Que era un muchacho desorientado por la culpa y las incomprensiones de los padres. Sabía que Miguel podía salirse del abismo a donde lo había conducido Pablo, ese que ella había permitido.

En la pensión todos dormían, y Sara conversaba de la cola que había hecho aquella mañana con las morochas y con Jorge, para así comprar seis pollos, tres kilos de azúcar y ocho kilos de harina pan. Victoria, era esa adulta con condición especial, con un retraso mental que no concordaba con su edad cronológica, haciéndola que se comportara como una niña de dos o tres años de edad; esto motivado a una sobredosis de anestesia a la que había sido sometida teniendo dos años, cuando la operaron de un tumor en la vejiga, que según los médicos era maligno. Victoria vivió postrada a una cama por seis meses. Sus habilidades motoras disminuyeron por completo. Y después de cuatro años, teniendo ella seis de vida, volvió a caminar. Andrea sintió todo esto que le sucedía a su hermana muy dentro de ella. Aunque muy niña aún, siempre mostró la mayor colaboración por las atenciones de Victoria. Así lo hizo siempre. Así lo hizo su hermano Manuel y todos en *La casa grande*. Manuel, el padre, se volvió más padre de Victoria y siempre mostró el mejor de los tratos para con Sara, que se había convertido en un alma en pena ante lo sucedido.

—Fue un golpe de esos que te da la vida, donde quedas tirado en el suelo, y del que cuesta levantarse. Pero, por ella me levanté y aquí estoy, siempre velando por mi muchacha. —Dijo Sara a Miguel en esa amena conversa que los dos habían propiciado, mientras esperaban a Pablo.

Con Victoria se le aligeraban las colas a ella. Según el terminar de sus números de cédula de identidad, ese era el día que les tocaba a las tres. Andrea, Victoria y Jorge siempre la ayudaban con todo esto del mercado. Las morochas tenían veintiún años, y aunque la niña o adulta especial era Victoria, las dos Saras, la tercera y segunda, y el resto de la familia, como los inquilinos de la pensión, y todas las personas que vivían en

la cuadra de donde quedaba *La casa grande*, la trataban de una manera muy afectiva. Era tanto lo que estaban unidas estas hermanas que se perdían entre las acciones comunes de cada una. En los años de su niñez, cuando Sara tercera las llevaba a su lugar de trabajo, porque no tenían quien se las cuidara, los demás compañeros de trabajo se confundían a veces al dirigirse a cada una de ellas. Victoria con todo y su enfermedad, se comportaba como Andrea, una niña más.

El veintidós de diciembre de 2001, comenzó Sara tercera a trabajar en la clínica Santa Ana, al este de Ciudad de León. Era de dos pisos, pequeña, con el personal necesario para atender a los pacientes que llegaban por emergencia, o a los otros que eran hospitalizados por alguna enfermedad. Sara tercera fue contratada por tres meses de prueba como personal de mantenimiento: camarera.

—Busqué ese trabajo, para aumentar la entrada de dinero a la casa. Terminar de darle estudios a Manuel y comprarle un carro como regalo de graduación. Los pagos de los inquilinos de la pensión ya no le eran suficientes. Ni hoy día son suficientes. —Continúo la conversa con Miguel.

Cumplía el horario de una de la tarde a siete de la noche. Dejó de ir constantemente a vender comida y a limpiar los locales que venía haciendo desde años atrás, en el mercado de San Jacinto. Se divorció de Manuel Castro Belandria en abril de 2006. Y ambos continuaron sus vidas en distintos rumbos. Ella se quedó en la pensión y él se mudaría a la casa que había comprado recién casado con Sara, y donde solo habían vivido algunos meses. Su exmarido continuó ayudando a Sara con las morochas y de vez en cuando con las demás labores de *La casa grande*. Ambos se comportaban como los grandes amigos que no llegaron a ser mientras vivían como marido y mujer. Manuel siguió su vida de mujeriego, y Sara tercera por su parte decidió, así como lo había decidido su abuela y su madre muchos años atrás, dedicarse a sus hijos, a la casa y a sus inquilinos sin la sombra de otro hombre a su lado. Con los que tenía ya les era suficiente: Manuel, su exmarido, ahora

amigo, Manuel, su hijo y Pablo, que ya cumplía un año de haberse mudado a la pensión. En diciembre del 2015, Sara se acordaría, mientras pensaba como había sido el velorio y entierro de su gran amiga Juana Delgado, y a la que no le volvió a hablar desde el 2005, el juramento incumplido a su hijo de regalarle el carro. No pudo hacerlo. Jamás lo hizo y jamás lo haría. El dólar mataba la moneda nacional.

Tomas Rujano pensaba y quería conocer, en algún momento, a los que habían acabado con la vida de Rigoberto. Sabía que un tal Pablo y un tal Miguel habían sido los causantes de la muerte de él. Los conocía por fotos que retrataban los periódicos, las plataformas digitales y los noticieros en todos los canales del país. No los conocía tan cercano y detalladamente como los conocía Manuel. Y aunque Rigoberto en puntales ocasiones le había hablado de Miguel, siempre tuvo la duda de que fueran el mismo.

¡El amor, la obsesión y el asesino de su vida!

Proseguían las horas y la lectura se había detenido por ciertas conversas que se generaban, en relación con lo que sucedía en el texto teatral que leían, como también, por el texto teatral del país. Ya la tarde se ocultaba por la espesa noche que comenzaba a aparecer y que se mezclaba con el oscuro cielo y la lluvia que comenzaba a caer. Todos desconocían que Pablo había sido, desde sus años de adolescencia, pareja de Manuel, incluso, no sabían que esa noche, Manuel, seguía estando con él, acompañándolo siempre, desde que permanecía en coma, en aquel hospital popular de Ciudad de León. Tenía seis meses así, en estado de coma, a raíz de esos tres balazos que había recibido por parte de un agente, la tarde que la policía lo encontró, después de estar huyendo por un año y cuatro meses. Tomas si sabía que el Pablo que había asesinado a Rigoberto, estaba en coma. No sabía que era el mismo Pablo en el que Manuel pensaba. En Miguel pensaban, pero ni Tomas, y ni Manuel sabían de él. Tomas pensaba en conversar con ellos; esperaba que Pablo despertara de su coma eterna, y

así, buscar a Miguel. Él necesitaba corroborar su hipótesis, esa que debatía en su texto teatral *Consulta por expediente*. Los otros que participaban de la lectura pensaban en una única pregunta: ¿cuántas otras injusticias habrán silenciado el régimen? Eran pocas las que ellos conocían, pero, así como había sido víctima Tomas de un atropello por parte de esta revolución, no podían ni imaginarse la cantidad de víctimas que se encontraban en el anonimato por los atropellos, por parte de los dirigentes que tenían al país en el peor desastre nunca visto. Ni cuando *El Bagre* hundió al país en un atraso social, económico y cultural en los veintisiete años que duró su dictadura. Ninguno expresó en voz alta ese pensamiento, así que ninguno se enteró que pensaban en lo mismo.

Manuel seguía pensando en Pablo. Pensaba en La casa grande, en su mamá, en Miguel, en las morochas. Pensaba en ellos, en ellos envueltos, ante ese hecho.

—¡Sí! Todos ellos y yo estuvimos involucrados indirectamente con la muerte del diputado ese: Rigoberto Sierralta. —Pensó Manuel. Suspiró. Los vio a todos y respondió moviendo la cabeza de manera afirmativa una pregunta que le hacía Tomas. Nunca supo qué le preguntó. Un simple si era la respuesta. Continuó la lectura.

JOSÉ MIGUEL.— No estoy diciendo eso. **(Después de una pausa larga e incómoda).** ¿Dónde piensas ubicar el asta con los zapatos?

JOSÉ **(Vuelve a comer. Después de una pausa)**.— En la mina abandonada del pueblo. Tanto la mina, como los zapatos, se volverán monumentos históricos en honor a los caídos…

JOSÉ MIGUEL **(Irónico)**.— ¡Los caídos! Por esos años, el país si tuvo masacres…

JOSÉ.— Así como tantas muertes tuvieron otros países, antes y durante todos estos años del siglo XXI.

JOSÉ MIGUEL.— Ayer leí en la prensa lo que pasó en *El Valle*… Se repiten las masacres… Y todas en marzo… ¡Todas en calor! ¡Todas en sequía!

JOSÉ.— ¿Y por casualidad no leíste que ninguno de los

treinta muertos de *Bruselas* están formalmente identificados? Los atentados, ¿cuándo ocurrieron?
JOSÉ MIGUEL.— El martes pasado…
JOSÉ.— ¡No solo en mi país hay crímenes!
JOSÉ MIGUEL **(Agarra el periódico que José dejó en la mesa al comenzar a comer)**.— Volvió a salir otra noticia sobre la masacre de *El Valle*… **(Lee).** *Diez hombres perdieron la vida en una masacre ocurrida en la calle diecinueve de abril del sector Cerro Grande de la parroquia El Valle, donde se enfrentaron integrantes de las bandas de "Cabeza de Bruja", "El Loco Leo", "Lucifer" con la de Franklin "El Menor".* **(Deja de leer).** Siguen siendo cómicos los nombres de los asesinos de mi país… Solo los nombres. **(Continúa leyendo).** *De acuerdo a reportes policiales los hechos se iniciaron aproximadamente a las nueve de la noche y se extendieron hasta horas de la madrugada, tiempo en el que unos ciento cincuenta sujetos de las tres organizaciones delictivas tomaron el control del barrio y atacaron a los integrantes de la banda de Franklin "El Menor" para tomar el control del tráfico de drogas en el sector. Los sujetos llegaron por las distintas escaleras que conectan las barriadas de El Valle y se encontraban fuertemente armados, portaban fusiles R15, armas de alto calibre, pistolas nueve milímetros y granadas. En el primer ataque cayeron muertos dos sujetos, quienes luego fueron arrastrados hasta la avenida intercomunal de El Valle, donde les prendieron fuego, posteriormente se produjo otro enfrentamiento, en la parte alta de la calle diecinueve de abril, donde tres jóvenes resultaron asesinados, entre ellos, José García de diecinueve años de edad y un adolescente de diecisiete. Finalmente, en una de las escaleras de la barriada fue asesinado otro hombre, a este último le cortaron ambas manos. Franklin "El Menor" y tres de sus lugartenientes se enconcharon en una de las viviendas ubicadas en la parte alta de la barriada y allí se produjo un intercambio de disparos que culminó cuando se produjo el estallido de un artefacto explosivo, presumiblemente una granada, en este ataque murieron cuatro personas. La barriada fue tomada por comisiones de la Policía Nacional Bolivariana, divisiones del Cicpc y de la Guardia Nacional.* **(Deja de leer).** Una noche de terror… Me imagino a los vecinos del barrio aterrorizados, tras una noche de tiros,

fuego, asesinatos… limpiando, tratando de recuperarse de la tragedia ocurrida.

JOSÉ **(Toma y lee el periódico)**.— Dice que un río de sangre seca se observaba en el medio de la calle principal del barrio, con las paredes que mostraban signos de la batalla que se libró la víspera, restos humanos, sangre en paredes y en los carros parados. Los huecos de los impactos de bala en las rejas, aceras y carros evidenciando la ferocidad del enfrentamiento. ¡Toda esta destrucción en medio de esta sequía! ¡Más muertos y menos lluvia! **(Después de una pausa incomoda).** Los habitantes del sector al ser consultados sobre los hechos ocurridos no respondieron a las preguntas de la prensa, todos coincidirían en señalar que temen por su integridad física; ni un solo niño se verá en las calles y desde las ventanas tímidamente se asomaran algunos vecinos. Quienes se atreverán a hablar, no serán residentes de la comunidad afectada por la batalla entre bandas, quienes más que conocer lo que ocurrió en la víspera, inventaban historias.

JOSÉ MIGUEL **(Vuelve agarrar el periódico. Busca entre sus páginas. Lee. Algo sudado).** ¡Escucha esto! *Tres masacres dejan 16 muertos en una semana… Un total de dieciséis personas muertas de manera violenta fue el resultado de tres masacres ocurridas en el territorio nacional en la semana comprendidas entre el domingo 14 y el viernes 19 de marzo. Las masacres ocurrieron a partir del pasado lunes en horas de la noche cuando cinco hombres fueron sacados de sus hogares en el poblado de San Esteban, ubicado en la costa entre los límites de los estados Vargas y Aragua. A pesar de que el secuestro y asesinato ocurrió el pasado lunes, no fue sino hasta el jueves cuando fueron localizados los cuerpos en avanzado estado de descomposición de Yeison Orlando Gómez (19 años), Jhoan Antonio Bosque Carrillo (24 años), Yemmy José Bosque Carrillo (20 años), Joel Antonio Gutiérrez Carrillo (41 años) y Cornelio Ismael Ávila de 43 años de edad. Las investigaciones policiales apuntan hacia una guerra entre bandas que hacen vida en el centro del país, el Tren de Aragua y la banda de "Franklin La Guaira", uno de los pranes de la cárcel de Tocorón, por el control territorial del área que es considerada estratégica por grupos hamponiles, quienes valoran su ubicación como punto*

de conexión entre Ciudad León con los estados Aragua y Vargas. Otra noticia… *Cambio de gobierno… Este miércoles, en horas de la madrugada se produjo un "cambio de gobierno" en la calle diez de El Valle, más de cincuenta hombres fuertemente armados asesinaron a seis rivales en las escaleras que dan hacia la Calle diez de El Valle. En esta acción bandas rivales de las calles quince, dieciséis, doce y del barrio Los 70, que conforman el llamado "Corredor de Ciudad León" decidieron terminar con la banda de la Calle diez. En esta oportunidad fueron asesinados Darwin Blanco, Wilder Yomar Gutiérrez Revette, Omar Alejandro Caldera, Slater Brayan Siso y Yoiner Alde Caldera. Estos cuerpos presentaban múltiples impactos de bala, así como intentos de incineración, tres de ellos se encontraban completamente desfigurados.* **(Incisivo, mientras lee otra noticia. José se incomoda. Se ve algo sudoroso. Se abanica con la mano).** *Muerte en Las Guevaras… Otra masacre que marcó la semana fue el asesinato de cinco miembros de una familia en el sector Las Guevaras Sur, en el municipio Díaz del estado Nueva Esparta. En este caso las autoridades que adelantan las investigaciones presumen esté vinculado con un asalto que terminó en un múltiple homicidio. En ese hecho ocurrido el pasado jueves en horas de la madrugada fueron asesinados Korasara Hernández Silva (50), Lesbia Maximina González (50), los hermanos Crisanto (28) y Korak (23) Hernández González y Arzolay Hernández (28) sobrina de la pareja. Hubo dos sobrevivientes.* **(Hiriente).** Las noticias de mí país no dejan de sorprenderme. El calor de mi país no deja de sorprenderme… JOSÉ.— ¡Me permites! **(Toma el periódico. Algo sudoroso).** *El terrorismo islamista ha atacado este martes en pleno corazón de la Unión Europea. Un doble atentado reivindicado por el Estado Islámico (ISIS) dejó al menos treinta muertos y más de doscientos treinta heridos en Bruselas, tras un ataque suicida en el aeropuerto de Zaventem* —uno de los más concurridos de Europa— *y una explosión en una céntrica estación de metro, a un paso de las instituciones europeas. El alivio de haber capturado el pasado viernes al terrorista más buscado de Europa, Salah Abdeslam, se evaporó con un atentado de una formidable carga simbólica sobre dos de los enclaves más protegidos por las fuerzas de seguridad belgas. Desbordadas por un episodio inédito en Bruselas, las autoridades rehusaron ofrecer cifras oficiales de víctimas*

y buscaban activamente a un sospechoso del ataque en el aeropuerto. Europa sumó este martes a los coletazos de la Gran Recesión y a la aguda crisis de refugiados el enésimo renacer de la amenaza terrorista. El ataque coordinado en el aeropuerto de Zaventem y en una de las estaciones del céntrico distrito europeo dejó una treintena de víctimas, más de doscientos heridos y una sensación de pesadilla que recuerda poderosamente a los atentados de París del pasado noviembre y, salvando las distancias, a los de Londres y Madrid. Bélgica activó el nivel de máxima alerta. Colegios, hospitales, museos, transporte público y centros comerciales cerraron sus puertas o elevaron al máximo los niveles de vigilancia, y podrían seguir igual al menos hoy. Varios países europeos reforzaron sus medidas de seguridad. Se cancelaron centenares de vuelos. Y los líderes políticos entraron en escena con discursos a medio camino entre la solidaridad con los belgas y la dureza con los terroristas. El primer ministro francés, habló abiertamente de una Europa "en guerra". Con menor dramatismo, pero con la misma solemnidad se expresaron el presidente de los Estados Unidos de Norteamérica, el primer ministro británico, y la práctica totalidad de líderes europeos. **(Deja de leer. Suda).** ¡El mundo que se nos viene encima! Es el calor en todo el mundo que nos vuelve loco.

JOSÉ MIGUEL.— Los nombres chistosos de los que asesinan en aquí…

JOSÉ.— El terrorismo islamista quiere acabar con la Unión Europea…

JOSÉ MIGUEL.— El país que se les vino a pedazos…

JOSÉ.— El mundo se está destruyendo… se hace pedazos.

JOSÉ MIGUEL.— Muertos y más muertos todas las semanas.

JOSÉ.— El mundo civilizado perdió la brújula…

JOSÉ MIGUEL.— Al país se lo come la barbarie.

JOSÉ.— Europa no pinta lo que es…

JOSÉ MIGUEL.— El país hace silencio…

JOSÉ.— El mundo hace silencio…

JOSÉ MIGUEL.— El gobierno silencia…

JOSÉ.— El imperio los silencia…

JOSÉ MIGUEL.— La tierra está marchita… ¡Es el calor!

JOSÉ.— Las bombas secan las vidas en el viejo mundo… ¡Es el calor!
—Lo de las masacres es como tedioso. —Apuntó Manuel. Todos lo observaban juzgando su opinión. Él prosiguió:
—Aunque sean noticias reales, creo que por la piel de un actor jamás van a pasar esas noticias. No se vuelven teatrales. Cuesta decir todo eso.
Hubo una pausa incomoda que interrumpió Tomas con una afirmación y con su ego herido:
—Tienes razón.
—Yo creo que, cortando textos, o con que no se citen completamente las noticias. O que simplemente el autor parafrasee las mismas, así el personaje hablará desde el parafraseo de la noticia, no de la noticia en sí. Será más fácil para el decir del actor. —Concluyó Manuel.
—Eso me gusta. Sin embargo, el dramaturgo decidirá. — Dijo Eduardo, todos reían. El momento había dejado de ser incómodo. Tomas registraba estas observaciones.
JOSÉ MIGUEL **(Después de una pausa, se abanica con la mano, mientras se limpia el sudor que le corre por el rostro)**.— Hace calor... ¡Mucho calor!
JOSÉ **(Sudado)**.— ¡No hace calor! Aquí no pasa nada hermanito… **(Pausa larga en la que los dos personajes se limpian el sudor, se calman y vuelven a comer).**
JOSÉ MIGUEL **(Mientras muerde un pedazo de pan. Continúa su conversa)**.— ¿Cómo era que se llamaba? También tenía nombre chistoso… de animal…
JOSÉ.— ¿Quién?
JOSÉ MIGUEL.— El hombre este que descuartizó a los mineros hace veinticuatro años… ¡Zapatos en el aire!
JOSÉ **(Un poco alterado)**.— Ese nombre se borró de nuestra memoria…
JOSÉ MIGUEL.— ¡Ay por favor! Al colocar masacre de Tumeremo en cualquier portal web, salta el nombre…
JOSÉ **(Se va calmando)**.— ¡Comamos en paz!
JOSÉ MIGUEL.— ¡Hace calor!

JOSÉ.— ¡No pasa nada!
JOSÉ MIGUEL **(Después de una pausa)**.— ¡La comida muy buena! **(Incisivo).** He visto mucha gente haciendo cola para comprar pollo… Y no solo el pollo…
JOSÉ.— ¡Sí! La oposición nos jode con la guerra económica.
JOSÉ MIGUEL.— Como hace veinticuatro años.
JOSÉ **(Incómodo)**.— ¡Sí! ¡Como hace veinticuatro años! **(Pausa).** ¿Qué tal sabe el pollo, hermano?
JOSÉ MIGUEL.— ¡Muy Bien! **(Después de una pausa).** Oí hablar a dos camareras del hotel donde nos quedamos antes, que se ha vuelto un lujo comer pollo, o carne de res o de cochino en Tumeremo, en Bolívar… incluso en todo el país. Algunas veces se encuentran estos productos en Ciudad León.
JOSÉ.— Es culpa de la oligarquía y su guerra económica hacia el pueblo.
JOSÉ MIGUEL.— ¡Claro! ¡La oligarquía y su guerra económica! **(Pausa).** Agradezco ser tu hermano.
JOSÉ.— El pueblo sigue siendo leal a la revolución. **(Continúa comiendo. Se genera una pausa larga).**
Se miraron. En sus pensamientos solo reinaba la incomodidad ante la lectura de estos textos que eran tan de ellos, como tan reales para todos los ciudadanos de un país hundido en una miseria innecesaria. Tere De Jesús pensaba que estaba leyendo un periódico que recogía las noticias de su país. Manuel pensaba en las muchas arepas que había comido sin mantequilla, y en los múltiples milagros que hacía Sara tercera para rendir el dinero, cada vez que iba al mercado de San Jacinto.

Ella, Sara tercera, dueña de la pensión *La casa grande*, salía, como lo venía haciendo por cincuenta años, todas las mañanas al mercado de San Jacinto para realizar las compras diarias. A los diez años, comenzó agarrada de la mano de Sara segunda, su madre, que a su vez, fue tarea que realizó con Sara primera, su mamá, y abuela de la tercera Sara. Sara primera, también anduvo agarrada de la mano, desde los ocho

años, con la agradable ocupación, junto a Dolores Bermúdez, su madre, la puta más deseada de la ciudad. Devorada por los ojos del que dirán, al transitar por los pasillos del mercado, siempre compró con la frente en alto los productos que requería o los que se le diera la gana. Eso nunca le importó, como tampoco le importó a ninguna de las tres Saras. En estas tres generaciones, siempre se repitió la tarea de recorrer el mercado. Caminaban todos los puestos, seleccionando los alimentos necesarios, como cualquier otro capricho por el que desearan pagar: una consulta de cartas brindada por los iluminados en el área de hierbas y magia, dulces, pañuelos de hilo, vestidos elaborados con las más delicadas sedas del oriente o simplemente, una gallina viva para hacer un sancocho un domingo cualquiera, por allá, en la época en la que *La casa grande* reunía muchos obreros por su remodelación. Últimamente, Sara tercera ya no tenía el privilegio de elegir productos en sus recorridos. Tampoco lo tenía ningún comprador en el mercado, como tampoco lo tendría ningún comprador en ningún mercado del país, así se lo seguía imaginando Manuel, como también se lo imaginó una vez Tomas Rujano.

Sara tercera, Manuel, Tomas Rujano, como muchas otras personas de Ciudad de León, comparaban el producto de turno que les proporcionaba las colas, cuando aparecían, sin el lujo de elegir entre marcas, texturas, colores y sabores. Sea cual fuera el producto, se compraba y ya, claro, si lo extenso de las colas, la cantidad que apareciera del producto y de las demás personas que compraban para luego revenderlos, se lo permitían. Tomas Rujano una mañana de mayo de 2012 se afeitó su barba con una afeitadora de dos hojillas que había comprado por medio de otra persona, a la que se la habían revendido por un valor más elevado. Era la primera vez que utilizaba una *prestobarba* de dos hojillas, siempre usaba de tres o cuatro, pero estas, hacía tiempo que no aparecían en el mercado, ni en ninguna parte de la ciudad, y si llegaban a encontrase, se volvían el oro revendido por los usureros del comercio: los bachacos o las termitas que se comían Ciudad de León y el

país. Esa afeitada le irritó tanto su cara, que no pudo asistir a un ensayo de una obra de teatro de su autoría que, Dai Piñer, comenzaría a montar y en la que actuaría Manuel, actor que le habían recomendado y del que se enamoraría ciegamente hasta el final de sus días.

Tenía Manuel, para ese 2012, casi siete años viviendo con Pablo en *La casa grande* y creía que su corazón era por completo del único hombre que realmente le importaba desde el alma y no desde el sexo. Ya desde adolescente los dos eran uno solo, aunque se compartieran con otros. Pablo y Manuel se descubrieron el uno para otro, como lo hicieron Dolores, su tatarabuela y Juan V. Gómez, su tatarabuelo, en una primera noche de pasión donde los cuerpos se hablaron sin palabras. Siempre se propuso Manuel mantener ese sentimiento intacto, hasta el día que lo enterró. Pensó que, enterrando a Pablo, enterraría para siempre las ganas de amar. Tomas no se rendía en resucitar esas ganas con cada detalle que había comenzado a tener tiempo atrás, cuando se dio cuenta que no solo le interesaba como actor, sino como la persona con la que quería terminar los últimos días de su vida.

Así lo escribiría y lo tendría presente Tomas: en su novela, como en su vida.

Dentro de su propia magia y pequeñez, Ciudad de León, comenzó a extenderse en terreno y en personas, ya no era solamente las casas aglomeradas alrededor de la plaza principal: la plaza mayor, como todo el mundo la llamó, olvidando para siempre el nombre del prócer que llevaba su nombre. Había también, pobladores que vivían a los alrededores de la ciudad, y nadie, nunca, se dio cuenta cuándo comenzaron los cerros a aparecer, ni cuándo empezó el proceso interno de migración en la nación. Tantas fueron las personas que se mudaron de otras partes del país a Ciudad de León, buscando calidad de vida, que un día, asomada en la ventana principal de la pensión, ventana en la que siempre se paraba a mirar a la calle, por allá en 1985, mientras se tomaba una taza de café, dijo

Sara tercera:

—Un día de estos, el país solo será Ciudad de León. Es tanta la gente que está dejando el campo por la ciudad, que la ciudad se volverá rancho. —Por aquellos años se tomaba el café sin ninguna preocupación.

Si Sara tercera hubiera adivinado que, en el venidero siglo XXI, iban a comenzar a faltar productos, ella misma se habría encargado de guardar tantos bultos y bultos de café, como de azúcar, de leche, de arroz, y de otros insumos que le duraran hasta el final de sus días, como para el final de los días de sus hijos y nietos. Pero no fue así. Nadie adivinaba futuros, ni los iluminados que consultaban, en el mercado de San Jacinto, con tabacos y cartas a las personas curiosas por saber si sus parejas les eran infieles, o si algún día se iban a ganar un billete de la lotería, o como de cualquier otro embuste que alimentara sus capacidades para la ficción, ante la compleja y amargada realidad de sus vidas. Tampoco, nadie imaginó, que esa migración interna de la que sufrió la nación por los años ochenta, se olvidaría tan pronto, así como olvidada se sintió Andrea, en el diciembre de 2015 en un pueblo de un país del sur, cuando ella, como muchos jóvenes, dejaba la tierra que la había visto nacer. Fue tanta la miseria, el hambre, la inseguridad, que por esos años reinaron, no solo en Ciudad de León, sino en el resto del territorio, que en los países cercanos a donde partían, había más gente del país y de Ciudad de León, que de su propia gente. La morocha se había ido con su pareja, Antonio, un joven ingeniero. La morocha ya era diseñadora. Sara tercera, por esos días de la partida de su hija, repetiría, ahí, junto a la ventana, mientras tomaba agua, y observaba el transitar de una cola que pasaba frente a *La casa grande*, proveniente de la panadería, un texto tan parecido al de 1985, escrito por el mismo dramaturgo de su vida:

—Un día de estos el país solo será Ciudad de León. Una Ciudad de León sola… Es tanta la gente que se está yendo que me da miedo a quedarme sola. —Lloró. En ella se libraba una batalla de mil emociones.

Manuel se hostigaba pensando en esa frase del texto: "El pueblo sigue siendo leal a la revolución", y con esa oración se sumergía, aún más, en seguir razonando en las mentiras que seguía construyendo el régimen, con el único fin de permanecer en el poder. Y pensó en las mujeres de su familia, desde su tatarabuela hasta su mamá. Y solo con ellas podía asociar ese parlamento que le seguía comiendo la cabeza. Ellas si habían sido siempre fieles a sus propias revoluciones, desde la época de esa Dolores que le hubiera gustado conocer, pero de la que se habían encargado muy bien sus Saras, como él las llamaba algunas veces, en describírsela.

Dolores Bermúdez era prostituta de oficio.

—Lo único que hacía a la perfección, sin equivocarme, —dijo Dolores a su nieta Sara segunda, por esos días, cerca de su muerte en 1959, cuando aún, a sus ochenta y siete años, recordaba todo con una claridad y coherencia que nadie por aquellos tiempos tan convulsionados, tenía. Tendría Sara segunda veintisiete años cuando murió su abuela, su madre, Sara primera, en diciembre entraría a la edad de los sesenta años. Sara tercera, la bisnieta de Dolores, cumpliría en noviembre cuatro años.

Ella, la prostituta de oficio, repetiría en su delirio y muy orgullosa, a todo el que la acompañó, que lo único que hacía a la perfección y sin equivocarse era: ser puta. Esto lo repitió incluso hasta el día que murió de tristeza, recordando al prócer que le prometió volver después de la guerra que tuvo durante cinco días con la muerte.

¡Nunca volvió!

En los últimos años que trabajó, entre los sudores de las sábanas del prostíbulo donde iba su clientela, con el aliento a licor y el humo confuso del cigarrillo, como el de los habanos, Dolores Bermúdez, recordaba el juramento que hizo a los treinta y siete años, no volver a enamorarse, más nunca, de ningún hombre valiente en su discurso, como en su porte, con traje de soldado, capaz de salvar a toda una nación por el cumplido de las damas y el aplauso de los caballeros. Sus recuerdos, que

alguna vez fueron dulces, se le habían vuelto tan amargos, así como comenzarían a ser los recuerdos de su nieta Sara segunda, al saber que su amor de tantos años, se le había esfumado entre las faldas de alguna mujer barata que acompañaba sus triunfos de soldado perdido, junto a la pólvora consumida por los miles de disparos y detonaciones desatadas en la segunda guerra mundial. Ella, Sara segunda, siempre le prestó atención a las noticias que daba la vieja radio heredada de su madre, y en alguna ocasión escuchó el nombre y el apellido de este soldado que desde varios días atrás había comenzado a ser uno más de los miles de muertos que dejó la guerra. Sara segunda amó y se entregó a este soldado, desde el silencio y desde la inexperiencia de adolescente en relación con los placeres del amor; y fue tanta su tristeza al saberlo muerto, que desde ese momento optó por convertirse en una ausencia más dentro de la pensión, en el silencio del escándalo de alegría que por muchas ocasiones provocaron los inquilinos, a pesar de las tristezas que dejaron las dictaduras, las revoluciones y los sistemas democráticos que jamás se respetaron.

Dolores, aún con el oficio que ejercía, mantenía una belleza de doncella que volvía locos a los hombres. Su cuerpo perfecto y carnoso alteraba, despertaba instintos, hacía recordar el nacimiento y la muerte, la fosa y el cielo, el bien y el mal, entre los hombres que poblaban la ciudad.

Antes de tener *La casa grande*, Dolores vivía en una de estas viviendas retiradas de la plaza, no era un rancho improvisado. Era cómoda y funcionaba perfectamente como prostíbulo por estar retirada de la ciudad. Tres hombres atendía Dolores por noche, a cada uno le dedicaba y le cobraba por una hora, lo suficiente para hacer el dinero necesario que le pudiera brindar la comodidad en los años de su vejez, esto sin contar del golpe de suerte que tuvo con uno de sus amantes, Pedro Navas, que le otorgó, a ella, su puta favorita, única mujer que lo atendió y lo ayudó en sus momentos difíciles, una casa con muchas habitaciones, de paredes y con un techo de tejas

manchado por el polvo y la soledad de los años de guerras de independencia y federal; sostenida por una firmeza adecuada en la que se podía comenzar con una nueva vida. Era *La casa grande*, así la llamaron desde los años de la colonia, y, fue la única herencia dejada por su padre—abuelo, Nicodemo Navas. Un general respetado y retirado que batalló en la guerra de independencia.

Manuel observó que entraba por una de las ventanas del apartamento, el agua de la lluvia. Detuvo sus pensamientos. Fue y cerró la ventana. Tomas buscó más vino. Dai pidió permiso y prendió un cigarro, Tomas encendió otro. Leían.

JOSÉ MIGUEL.— Un año después de nuestra ida, el presidente de los Estados Unidos visitó Cuba, ¿lo recuerdas?

JOSÉ **(Incómodo)**.— ¡Sí! El expresidente Raúl fue muy astuto. Me imagino que recordarás cómo le sostuvo la mano.

JOSÉ MIGUEL.— Lo recuerdo… el mundo entero lo recuerda. Cuba dejó de tener ese bloqueo absurdo que por más de medio siglo había vivido.

JOSÉ.— ¿Y eso qué? ¿Por qué ese tema ahorita?

JOSÉ MIGUEL.— No, por nada… Lo digo por aquello de la lealtad…

JOSÉ.— Los cubanos siempre fueron leales al Comandante en Jefe de la Revolución Cubana, que en paz descanse…

JOSÉ MIGUEL.— ¡Sí! A los que se quedaron no les quedaba de otra; pero después de ese… si, de ese marzo del 16, la lealtad comenzó a tambalear…

JOSÉ.— La lealtad siempre ha estado fuerte.

JOSÉ MIGUEL.— ¡Luego comenzó a llover en el país! ¡Dejó de hacer calor!

JOSÉ.— ¡Hizo calor y llovió en el país! Nosotros seguimos rodilla en tierra.

JOSÉ MIGUEL **(Muy tranquilo, mientras come y bebe agua)**.— En una tierra completamente perdida. Abandonada entre las miles de manos que dicen hacer algo por ella, y no hacen nada. Esta tierra que la han vuelto patria… una patria pobre, una patria despatriada. Una patria que perdió su

rumbo. La hembra manoseada por los miles de propietarios de esta tierra que no saben cómo tratar mujeres. **(Miradas incómodas, mientras continúan comiendo).** Y la tierra cada vez más pobre… más perdida.
JOSÉ.— Hermano, qué vas a saber tú…
JOSÉ MIGUEL.— Mucho José… ¡Sé mucho! Y sin censuras…
JOSÉ.— La revolución jamás ha censurado al país.
JOSÉ MIGUEL.— Puede ser que al país no, pero a la mayoría de sus habitantes sí. Fueron muchas las personas que se fueron, que no volvieron… Muchos los jóvenes que abandonaron la nación. Que no se quedaron a trabajar por ella, ¿y todo por qué? Por el alto costo de las cosas, por el desabastecimiento. Por miedo de amanecer muertos de la noche a la mañana, de una enfermedad no curada por falta de medicamentos… o de ser asesinados sin motivos, por una bala perdida, por pensar distinto al régimen, y que sus muertos dejaran de importar ya que nunca olieron a políticos importantes de este país. ¡Mi país! **(Pausa. Toma agua).** Muchas las familias separadas… ¡Mucho calor!
JOSÉ **(Muy tranquilo, mientras come)**.— Los que se fueron así lo decidieron… Las familias que se separaron así lo decidieron. El país nos los corrió…
JOSÉ MIGUEL **(Un poco alterado)**.— El país no… El sistema sí. Tu revolución… **(Pausa larga).** Nuestra familia no quería separarse…
JOSÉ.— ¡Papá le vendió el alma al imperio!
JOSÉ MIGUEL.— ¿Y tú? **(Entra Zoraida con el postre).**
ZORAIDA.— Torta tres leches para endulzar el paladar…
JOSÉ MIGUEL **(Luego de una pausa)**.— Vi también a mucha gente haciendo cola para comprar leche, harina… ¡Azúcar! Este pueblo perdió la dulzura…
JOSÉ **(Incómodo)**.— ¡El pueblo se acostumbró! Por lealtad a la revolución la gente hace cola… El pueblo jamás entregará la patria a la oposición, y menos al imperio… **(Se dirige a Zoraida un poco alterado).** Deje la bandeja, nosotros nos servimos… Vaya a la cocina…

ZORAIDA.— Si señor… **(Sale).**
JOSÉ MIGUEL.— ¡Muy socialista tu trato!
JOSÉ.— ¡No comiences! **(Pausa larga).**
JOSÉ MIGUEL **(Vuelve a tomar agua)**.— Las estadísticas de crímenes en el país son muy elevadas.
JOSÉ.— Igual que en el viejo mundo o como en el norte… o como en otros países.
JOSÉ MIGUEL.— A lo mejor… Pero mí país es este.
JOSÉ.— ¿Realmente este es tu país? Te recuerdo que tienes veinticuatro años fuera de él y hoy en día posees dos nacionalidades.
JOSÉ MIGUEL.— Es verdad hermano. Pero el país en el que nací es este. **(José Manuel baja las escaleras).**
JOSÉ MANUEL **(Mientras va bajando las escaleras. Sarcástico)**.— Escucho hablar de nacionalidades y extraño la mía. **(Sentándose a la mesa).** ¿De qué me he perdido? **(Silencio. Viendo a José y a José Miguel que comen incómodamente).** Creo que de mucho… ¡Hasta del almuerzo!
JOSÉ.— Ya Zoraida te va a servir, hermano… **(Llamando fuertemente a Zoraida).** ¡Zoraida, Zoraida! **(Pausa breve).** Y no te has perdido de mucho… José Miguel y yo debatimos puntos de vistas… ¡Zoraida!
JOSÉ MANUEL.— ¡Me imagino! Y este calor que no se va a calmar nunca… **(Entra Zoraida un poco acelerada. Se limpia las manos en el delantal que siempre ha tenido puesto).**
JOSÉ.— Sírvale al señor…
ZORAIDA.— ¡Como mande!
JOSÉ MANUEL.— Solo ensalada y un poco de arroz… No me gusta la carne…
JOSÉ MIGUEL.— Es pollo…
JOSÉ MANUEL.— Amo ser el hermano de un gobernador de este país… ¡Hay pollo! **(A José Miguel).** Pero no, tampoco como pollo, y lo sabes hermanito… Igualmente es carne.
JOSÉ.— Zoraida, sírvale lo que ha indicado el señor. **(Zoraida afirma con la cabeza y sale. José Manuel agarra un pedazo de pan y come. José sirve torta tres leches**

para él y José Miguel). No podemos esperarte para que nos acompañes con el postre, tengo mucho trabajo y José Miguel me acompañará…
JOSÉ MANUEL.— No hay problema…
JOSÉ MIGUEL.— ¿Acompañarte? ¿Cómo para qué y por qué?
JOSÉ.— Quiero que conozcas más de Tumeremo, de su gente, de su calor humano. Que veas la felicidad del pueblo.
JOSÉ MIGUEL.— ¡Los conocí feliz haciendo colas! **(José Manuel ríe. Pausa larga e incómoda).** Bien, te acompañaré.
JOSÉ.— ¡Bien! **(Pausa. Se generan miradas incomodas entre los tres hermanos).** José Manuel, ¿qué tal tu vida?
JOSÉ MANUEL.— Mi vida… mi vida sería feliz si no estuviera aquí… Sumergido en este calor.
JOSÉ.— ¿Y eso por qué? Este país es único… ¡Hermoso!
JOSÉ MANUEL.— ¡Sí! Único… hermoso.
JOSÉ.— ¡Ya sé! ¿Alguna novia que extrañas?
JOSÉ MANUEL.— ¡Sí! ¡Novia!
JOSÉ.— Picarón el hombre pues… Así, hasta yo odiaría estar aquí. Me aumentaría el calor… la calentura. **(Ríe).** Si ya extraño a mi Celia, y eso que la tengo cerca. Me imagino cómo te sientes, José Manuel. **(Pausa breve).** A Celia la dejé en Ciudad Bolívar… La capital del Estado…
JOSÉ MIGUEL.— Sabemos que es su capital… **(José Manuel ríe).**
JOSÉ.— Digo… por si no conocen los estados de su país natal… **(Pausa larga. Toma agua).** Celia no pudo acompañarme en la juramentación… La casa, los muchachos… el nieto… no la dejaron. Saben que tienen tres hermosos sobrinos… Y Mariana Isabel nos hizo abuelos… Grande y bello, José Rafael…
JOSÉ MIGUEL.— Debemos ir a Ciudad Bolívar a terminar de conocer a la familia…
JOSÉ.— Todo con tiempo, José Miguel **(Se miran los tres. Después de una pausa).** Y bien, José Manuel, ¿cómo se llama la cuñada?

JOSÉ MANUEL **(Mientras come tranquilo)**.— ¡German!
JOSÉ **(Atragantado)**.— ¿German?
JOSÉ MIGUEL **(A José Manuel)**.— ¡No comiences!
JOSÉ MANUEL **(Zoraida entra con el plato para José Manuel. Lo que acaba de escuchar no lo inmuta. Continúa con su tarea).** Me gustan los hombres…
JOSÉ.— Una broma… **(Pausa incómoda. Mira a los dos).** ¿Verdad?
JOSÉ MIGUEL.— Si, es una broma… nuestro hermano es un bromista… Lleva con esta broma desde un tiempo para acá…
JOSÉ.— En mi mesa, compartiendo con un apátrida y un bromista… **(Zoraida irá recogiendo los platos de José y José Miguel).** ¡Un almuerzo de lujo!
—Atrevido el José Manuel. —Dijo Eduardo. Todos rieron.
Manuel pensó que así fue él de atrevido, cuando le dijo a su mamá que le gustaban los hombres. Y que siempre le iban a gustar los hombres. Tomas lo miraba y lo pensaba atrevido, así, como siempre. Por eso, ese personaje había sido escrito pensando en él.
JOSÉ MANUEL.— Solo sé que no me gustan las mujeres… Y que allá, en mi país, dejé a mi pareja… **(Viendo fijamente a José).** A tu cuñado hermano.
JOSÉ.— ¡Y sigue la broma!
JOSÉ MANUEL **(Muy tranquilo)**.— ¡Que no es broma, joder! **(Zoraida termina de recoger los platos, José le hace señas que salga. Pausa larga e incómoda).**
JOSÉ MIGUEL.— Yo jamás me casé y eso no me hace homosexual.
JOSÉ MANUEL **(Come de lo más tranquilo)**.— A ti siempre te han gustado las mujeres. A mí no…
JOSÉ **(Levantándose de la mesa)**.— Entonces, ¿eres maricón?
JOSÉ MANUEL.— ¡Sí!
JOSÉ.— ¿Y me lo dices, así, de lo más tranquilo?
JOSÉ MANUEL.— ¡Sí! No hay un delito en eso… En pleno

2040, a diez años de estar en la mitad del siglo XXI, no es un escándalo ser homosexual… Es de lo más normal.
JOSÉ.— ¿De lo más normal?
JOSÉ MANUEL.— ¡Sí! Además, estoy lo suficientemente grandecito como para decidir qué hacer con mi vida. No es pecado ser homosexual. Mírate, ser político si es pecado, y tú lo eres…
JOSÉ **(Colérico)**.— ¡No te permito! Estas bajo mi techo…
JOSÉ MANUEL **(Come muy tranquilo)**.— No pedí estarlo…
JOSÉ.— Me debes respeto, soy tu hermano mayor… ¡El jefe de la familia!
JOSÉ MANUEL.— No te falto el respeto… **(Toma agua).** Tenía seis años cuando dejé de verte… ¡No te reconozco como hermano mayor! Y mucho menos jefe de la familia… **(Mirando a José Miguel).** ¿Cuál familia?
JOSÉ **(Algo sudoroso)**.— ¡Qué calor hace! ¡Eres atrevido, José Manuel!
JOSÉ MIGUEL.— Lleva nuestra sangre… **(Agarra otro pedazo de torta).**
JOSÉ MANUEL.— Volví a este país, solamente por complacer a José Miguel, que si es mi hermano mayor, a quien si le debo respeto… y sin embargo, ni le hago tanto caso. **(Ríe. Después de una pausa incómoda).** Acepté estar en tu juramentación como gobernador de este estado, solo por él. A usted lo comencé a conocer hoy, entre el calor y la sequedad de esta tierra…
JOSÉ.— ¿Y mis correos, nuestra comunicación por las redes…? Nos manteníamos en contacto… Siempre estuvimos viéndonos, sabiéndonos…
JOSÉ MANUEL.— Sabes que el otro existe cuando lo tienes cerca… Por las redes sociales cualquiera vive. Son el mejor invento para no sentirnos solos. **(Deja de comer. Le extiende la mano derecha a José)** ¡Y hoy te conozco hermano! Mucho gusto, José Manuel…
JOSÉ.— ¿Qué es esto? ¿Una burla? ¿Una emboscada?

JOSÉ MANUEL.— ¡No! Es simplemente una conversación entre hermanos… La que ya tuve con ellos, allá, en mi otro país; y la primera que quería mantener contigo, aquí, en este país, y que así me conocieras…
JOSÉ.— ¿Y tú lo sabias? ¿Por qué no me habías dicho nada?
JOSÉ MIGUEL.— Él nos lo dijo… pero, como de él se puede esperar cualquier cosa, José Tomas y yo no le prestamos atención.
JOSÉ.— ¿Y José Tomas, con qué sorpresa me va a salir?
JOSÉ MANUEL.— Que es un superdotado… Un gran bobo que dice estupideces, y que de igual manera debemos querer y aguantar, porque es nuestro hermano… A él tampoco le prestamos atención. Nosotros nunca nos hemos prestado atención… cada quien anda por su lado como mejor pueda. José Tomas es un tarado, con un toque raro, con el que debemos cargar para todas partes, o, mejor dicho, con el que José Miguel y yo, por mucho tiempo, hemos cargado.
JOSÉ MIGUEL.— A mí no me pesa, así que con José Tomas no te metas…
JOSÉ MANUEL.— A mí tampoco… ya me he acostumbrado.
JOSÉ MIGUEL.— No te expreses de esa manera de José Tomas.
JOSE MANUEL.— ¡No nos prestamos atención!
JOSÉ MIGUEL.— Somos hermanos.
JOSÉ.— No entiendo el porqué de todo esto. **(A José Manuel)**. ¿A qué juegas, José Manuel?
JOSÉ MANUEL.— ¡Es el calor! El país que tiene tiempo sin saber de lluvia, así sea de agua estancada. **(Viéndolo de manera retadora).** Y no José, aquí no juego a nada… ¡Ya jugué! Y él es mi mejor jugada, tiene nombre: German.
JOSÉ.— ¡Un maricón!
JOSÉ MANUEL.— Que lleva tu sangre…
JOSÉ MIGUEL.— Como José Tomas… que necesita de nuestra atención.
JOSÉ MANUEL.— Es un ser distinto.

JOSÉ.— Como lo eres tú.
JOSÉ MIGUEL.— ¡Todos somos distintos!
JOSÉ.— ¡Todos estamos distantes!
JOSÉ MANUEL.— ¡Todos necesitamos atención!
JOSÉ.— ¿Desde cuándo te gustan los hombres?
JOSÉ MANUEL.— Desde siempre… creo.
JOSÉ.— No juegues… deja las bromas…
JOSÉ MANUEL.— Hablo muy enserio.
JOSÉ MIGUEL.— José Tomas también habla muy enserio…
JOSÉ MANUEL.— Los seres especiales hablan enserio… Yo hablo siempre enserio.
JOSÉ.— Lo de José Tomas lo entiendo…
JOSÉ MANUEL.— A mí nunca me vas a entender…
JOSÉ.— No tienes ninguna enfermedad… o ningún "toque", como dijiste que tenía José Tomas. **(Pausa incómoda)** ¡No eres especial!
JOSÉ MANUEL.— ¡No! ¡Soy maricón! **(Ríe).** Y tú, político y mi hermano…
JOSÉ **(Viendo fijamente a José Manuel)**.— En esta casa no te puedes quedar…
JOSÉ MANUEL **(Retándolo con la mirada)**.— No tengo pensado quedarme. A más tardar la semana que viene me voy… Y no solo de esta casa… ¡Del país!
JOSÉ MIGUEL.— ¿Y eso por qué, José? ¿Por qué no se puede quedar en esta casa, su casa?
JOSÉ.— Soy un político importante…
JOSÉ MANUEL.— ¡Un político importante de este país! **(Toma agua. Pausa).** Por ahí he leído que esta nación ha estado minada de importantes políticos homosexuales… ¡Gay y lesbianas!
JOSÉ.— ¿Y eso qué?
JOSÉ MANUEL.— ¿Dónde queda la igualdad? ¿Los derechos humanos?
JOSÉ.— Es distinto…
JOSÉ MANUEL.— ¿Distinto en qué? **(Ríe. Irónicamen-**

te). Claro, porque el problema, lo tienes tú: ¡Un hermano gay! Por mentes como la tuya, aquí nunca aprobaron, ni aprobaran el matrimonio igualitario. **(Pausa. Hiriente).** Ya va a cumplir veintiséis años de asesinado, el diputado aquel de la Asamblea Nacional… ¿cómo era que se llamaba? **(Se sirve un pedazo de torta tres leches).**

JOSÉ.— No entiendo…

JOSÉ MANUEL.— ¡Yo tampoco! **(Probando la torta y a su vez buscando recordar el nombre y apellido del diputado).** ¡Sí! Roberto Aguirre se llamaba el diputado… En la medianoche del primero de octubre de 2014, el cuerpo sin vida de ese diputado fue encontrado en su casa. Su cuerpo presentó alrededor de nueve puñaladas en el tórax, además de estar maniatado y amordazado. Junto a él se encontraba una mujer, quien también fue hallada aniquilada. Su parentesco difiere de acuerdo con sus allegados, algunos ratifican que ambos tenían un amorío, mientras que otros alegan que el parlamentario y ella solamente eran amigos… Aunque el crimen está policial y oficialmente resuelto, vecinos, expertos y allegados al diputado desconfían de la versión oficial. En las noticias por aquellos días decían tantas versiones, que la gente ya no sabía que creer. **(Pausa breve).** Leí por ahí que el propietario de un abasto, cercano a la vivienda del parlamentario aseguró que el Gobierno enredó todo. *"Eso fue todo muy raro. Esos fueron ellos mismos. Pero aquí nunca se sabrá la verdad. Pasará como con Anderson (el fiscal, asesinado en el 2004)"*, dijo. Lo cierto es que el homicidio del diputado tiene una serie de particularidades. **(José suda. Es un momento muy incómodo).** Sus victimarios se ensañaron con todas esas heridas que le ocasionaron con aquel punzón hasta matarlo y además lo golpearon, por lo que la primera hipótesis se orientó hacia la venganza. Luego, el presunto robo de dinero y armas abrió otro posible móvil. Pero no… El parlamentario era gay y lo mató su escolta y amante… También surgieron rumores sobre supuestos enemigos dentro del gobierno y su vinculación con colectivos armados, especialmente después

del procedimiento policial en el que fueron presuntamente ejecutados cinco integrantes del *Frente Cinco de Marzo*, un colectivo muy cercano al diputado… Era obvio que, para matarlo dentro de su casa, alguien del entorno estaba implicado. El joven parlamentario jamás andaba solo. Ni siquiera para salir a almorzar, a los alrededores de la Asamblea Nacional, se desprendía de su equipo de escoltas… **(Después de una pausa).** Y el agresor, su escolta, tenía razones para cometer el asesinato de Roberto. Según las declaraciones recogidas en el caso, el diputado era el autor intelectual de la muerte de otro ex escolta y amante, a quien ordenó matar porque este quería terminar con lo que tenían, debido a que el parlamentario lo maltrataba. Su homicida también quería terminar con la relación y el diputado le advirtió que, si lo hacía, le sucedería lo mismo que al otro, cuyo cuerpo fue encontrado sin vida en el *Cerro Ávila* en julio del 2012, con un tiro en la nuca. Las pesquisas realizadas muestran que el parlamentario y su asesino tenían una relación sentimental, al tiempo que otras personas del entorno del parlamentario corroboraron que él había hecho la amenaza. La trama de este asesinato se esclareció desde el mismo momento en que el Ministerio Público analizó los teléfonos del diputado y de su escolta—amante. Ahí fue evidente que entre esos dos había un conflicto personal y sentimental. **(Retrechero).** Nadie tiene derecho a perder la vida y menos por su condición sexual. Esa no es justificación suficiente para que haya ocurrido el asesinato del parlamentario. Ya basta de engaños con una historia sin sentido. **(Muy tranquilo se continúa comiendo la torta tres leches).**
Por respeto, o quizás por la pura ficción, Tomas llamó en su obra de teatro a Rigoberto, con el nombre de Roberto. Fue lo mejor.
El verdadero autor de esta historia decidió llamarlo Rigoberto, y no Robert, su verdadero y único nombre.
Manuel no debatió lo leído. Él si sabía, cómo se le había dado muerte al diputado. Nadie podía venirle con una versión distinta de los hechos. Él prefería no emitir comentario, ni opi-

nión alguna sobre lo sucedido. Era mejor hacer silencio. Ahí sentado, viendo el asombro en la cara de los que leían, hurgando en Tomas una profunda tristeza, pensaba en Miguel, todo asustado, entrando por la puerta principal de *La casa grande*. Pensaba en Pablo. Pensaba en su mamá y en Andrea, ambas riendo. Pensaba en él, viéndose, ahí, en silencio, igual que aquella vez, en las horas de esa noche.

Sara tercera cenaba, en compañía de Andrea y de Manuel, frente al televisor pequeño de la sala. Victoria y Jorge dormían. Pablo, como los pocos inquilinos de la pensión, se encontraba en su habitación. Algunos, de esos inquilinos, quizás viendo la programación televisiva en sus respectivos aparatos. Otros, como Pablo, se distraían viendo sus teléfonos y escuchando música.

¡La muerte se hizo pública! Y se repitió demasiado la noticia: por todos los canales nacionales y alguno que otro internacional, en la radio, en las cadenas que comenzaron a circular por *WhatsApp*, por pin, como por mensajes de textos.

Al día siguiente, la noticia continuó repitiéndose cada vez más y más.

En todos los periódicos del país aparecía como el encabezado del día.

Fue tanto lo que perpetuó repitiéndose, que se volvió real:

¡ASESINADO PARLAMENTARIO DE NUEVE PUÑALADAS EN EL INTERIOR DE SU CASA, SECTOR LA PASTORA, AL OESTE DE CIUDAD DE LEÓN!

A cinco cuadras de *La casa grande*.

Los canales de televisión, como algunas emisoras radiales y periódicos no afectos al régimen, para poder continuar "informando" se vieron obligados a someterse a las normativas que imponía el gobierno. Entonces, desde comienzos del año 2008, hasta los días en que Rujano puso punto final a su novela, y mucho más allá, no existió, la libertad de expresión a la

que estaba acostumbrado el país, en los cuarenta años de democracia que llevaba, —y pensaba Tomas: continuará lo mismo, por muchos años, mientras siga esta gente en el poder—. Se vivía una dictadura disfrazada por algunos recuerdos de democracia, que no se asimilaba, ni se asumía por completo.
En *La casa grande* había internet y televisión satelital, con la que se podían ver muchos canales internacionales. Todos los huéspedes de la casa aportaban para el pago del servicio, esto con el fin de evitar las largas, folclóricas y redundantes cadenas que hizo en todos sus trece años de gobierno, *El Hermano Superior* y que seguiría después, de una manera muy mal imitada, *El Hijo*.
La noche del miércoles primero de octubre de 2014, Manuel, Sara y Andrea veían el canal que administraba el gobierno, que, desde el veintinueve de mayo de 2007, había salido al aire, remplazando a *RCLTV*. Su nombre, *Ciudad de León Televisión*: *CLTVs*. Andrea aceptaba ver la programación de este canal que tanto le repugnaba, por apoyo a su hermano. Manuel participaría en varias escenas de una novela que comenzaba a transmitirse en el horario estelar. Era un personaje de reparto: el mejor amigo del novio de la protagonista, pero que después se convertiría en el villano de la historia, cuando su novia se descubriera perdidamente enamorada por el galán que aún en el mes que llevaba la novela, no había salido ni la primera vez. Esa noche, el personaje que interpretaba Manuel haría su primera aparición, y así fue, ahí estaba, metido en el televisor, actuando para su mamá y su hermana, como para las otras personas que seguramente también lo verían.
—Pareces un famoso de la televisión. —Dijo Sara. Todos se echaron a reír.
Continuaron viendo la televisión, embelesados por la trama de una historia rebuscada que hacía que ellos mantuvieran a su vez una conversa que se debían. Terminó la novela y ni cuenta se dieron del programa que continuaba y que se oía, como cortina de fondo, en medio de lo que platicaban. Rieron y disfrutaron tanto de la sala para ellos solos, que no

se dieron cuenta que era pasada la media noche, cuando un extra informativo, del noticiero del canal, inquietó esa tranquilidad de la casa, como la de ellos.

La noticia del asesinato del diputado Rigoberto José Sierralta Chacón:

En la noche de este primero de octubre de 2014, el cuerpo sin vida del diputado de la Asamblea Nacional del País, Rigoberto Sierralta fue encontrado en su casa. Su cuerpo presentó alrededor de nueve puñaladas en el tórax, además de hallarse maniatado y amordazado. (…) El jefe del cuerpo de investigaciones criminales de la policía nacional, teniente José Campos Ayala, afirma que el crimen se realizó entre las ocho y nueve de la noche, como un acto de venganza contra el diputado. No hay hurto a la propiedad privada, ni muestras de violencias a las cerraduras, como a otras entradas a la escena del crimen.

—El muchacho de la cara cristalina, Miguel, le gritaba en el cuarto a Pablo que le habían reconocido… Que alguien, por los ladridos de unos perros, había tenido la valentía de pararse en un balcón cercano de donde había asesinado al diputado. Ahí me asusté. El televisor encendido. El noticiero de medianoche comenzando, y un joven, que ese día cumplía dieciocho años era buscado por la muerte de un importante político del país. De otro hermano de *El Hermano Superior*. Manuel y yo hicimos silencio. Andrea hizo silencio. Todos en *La casa grande* hicimos silencio… Fingimos no haber escuchado nada. Pablo reconoció el sonido de la televisión, repitiendo una y mil veces tal suceso. En la cara del muchacho, de Miguel, se refleja un pánico incontrolable. —Dijo Sara tercera muy angustiada al doctor López en una de las tantas consultas psiquiátricas a la que asistió, esto motivado por el problema laboral que había tenido en la clínica con su jefa. Prosiguió:

—El muchacho, después de matar al diputado, no tenía donde ocultarse. En ese momento, yo no sabía que venía de cometer tal fechoría, hasta que se lo gritó a Pablo. Dejó el cuchillo lleno de sangre en la mesa y continúo para el cuarto. Le reconocí unos guantes negros en sus manos, guantes que

jamás se quitó en todo el rato que estuvo en la casa discutiendo con Pablo. Del cuarto salieron los dos peleando. Miguel le gritaba: *Lo hice. Lo maté. Acabé con la vida de Rigoberto.* Yo jamás he sido mujer de sentir pánico, pero esa noche me sentía paralizada ante tal verdad, ante las cachetadas que Pablo le daba para que reaccionara. Llegó un momento en el que tuve que quitarle a Miguel, sino habría otro muerto. Manuel y Andrea se fueron al cuarto. —Concluyó Sara, y viendo fijamente al doctor se puso a llorar. El doctor López lloró con ella.

Pablo sin explicarle nada a nadie, salió de *La casa grande* con lo que tenía puesto, agarrando el cuchillo que permanecía en la mesa. Miguel lo seguía, igual o más desorientado. Sara quedó muda. Después de unos minutos, reaccionó y automáticamente limpió la sangre que había dejado el cuchillo en la mesa. Era la sangre de Rigoberto, el diputado del que ella sabía poco, pero que, como ella, había amado hasta mucho más allá de las ideas al que sería nuevamente su acompañante en el más allá, *El Hermano superior*. De su memoria no se le quitó la imagen de Miguel López, el muchacho de cara cristalina con unos guantes negros en las manos. No recordaba ella que eran un par de guantes que había guardado Dolores, por años, luego su abuela y su madre, y que habían pertenecido a Juan V. Gómez.

Pablo y Miguel fueron noticias constantes en todos los medios de comunicación existentes en el país. El régimen los buscaba por todas partes. *El Hijo* en una de sus cadenas habló de ellos, afirmando, que estos dos asesinos eran los cabecillas de la banda que le habían dado muerte a un nuevo mártir de la *Revolución Bolivariana*, el camarada Rigoberto Sierralta. Afirmó, de igual manera, que la oposición del país estaba financiando a estas bandas, con dinero proveniente del Imperio del Norte y del hermano país, esto con el fin de acabar con los héroes de la revolución. Que habían comenzado con Anderson y Sierralta, y que continuarían con más camaradas. —…Pero ya estamos alerta y no lo vamos a permitir. Con la Revolución que nos dejó nuestro comandante eterno y con

nosotros no podrán. Lo juro frente a este gran revolucionario, como lo fuera el camarada Rigoberto. —Dijo *El Hijo* en cadena nacional, frente al cuerpo de Rigoberto, en uno de los días de su velatorio.

La casa grande la revisaron completamente. Todos fueron interrogados. La policía creyó en la única verdad posible: que todos en la casa, como los pobladores de Ciudad de León y el país, manejaban la misma información del hecho, esa que decían los medios de comunicación y la que decía oficialmente el gobierno. Nadie sabía de otro hecho distinto. Ni Manuel, que era la pareja de Pablo, se imaginó que planificaría tal crimen. Aunque como siempre en la calle reinaban los rumores, esta vez, nadie los comentaba, ni los repetían. Sentían miedo que estos rumores se volvieran verdad. Desde el cinco de octubre en la entrada principal de la casa, como alrededor de ella, hubo policías vigilándola.

—Siento miedo con todo esto. Por lo menos tenemos policías que vigilen. —Dijo Andrea, viendo a más de siete policías parados frente a la puerta principal de la pensión.

—Les tengo más miedo a ellos, que a cualquier banda o delincuente que venga por Pablo o por Miguel. —Afirmó Sara tercera, parada en su ventana, observándolos, mientras se tomaba un té caliente para calmar los nervios que vivían con ella desde la noche del primero de octubre.

Tomas Rujano seguía llorando desde la obra de teatro que le escribía a Rigoberto. No perseguía conscientemente el desarrollo de las noticias, hasta una semana después que la terminó de escribir y donde descubrió dos nombres: Pablo y Miguel.

—Debo conocerlos. Como sea. —Se juró Tomas.

Obligaciones afectivas sintieron muchos seguidores y amigos del diputado Sierralta para así acompañarlo en su velorio, como en su entierro, aquel cinco de octubre de 2014, bajo un aguacero de lluvia triste que bañaba las calles de Ciudad de León, como a las lápidas de los demás muertos que comenzarían desde esa tarde a hacerle compañía. Comenzaba en

septiembre la temporada de lluvia en la ciudad, y desde ese, su último septiembre, comenzaría a llover todos los días, para Rigoberto Sierralta, incluyendo sus noches.

Él siempre supo que algo así le esperaba.

Él había comenzado a evidenciar un silencio permitido de vida, que para muchos políticos del régimen que mandaban o compartían el país a pedazos, le generaban malestares, creándole inconvenientes tantos personales, como con la revolución que desde hacía quince años no terminaba de arrancar.

¡Y que nunca arrancó!

Esa revolución, que, como se sabía, llevaba ese apellido: Bolívar.

Sierralta, aparte del detalle de ser homosexual, había descubierto uno de los peores desfalcos jamás visto en el país. Desfalco proveniente de la misma silla en la que mandaron muchos presidentes democráticos, dictadores, verdes, blancos, naranjas y ahora rojos: *El Hijo*, presidente elegido desde las palabras cargadas de recuerdos, que proporcionaron los ojos de *El Hermano Superior*, antes de morir.

Con estos dos pormenores se pactó la muerte de Rigoberto.

Manuel pensó en su mamá, ella, allá, en ese consultorio donde por muchas veces había conversado con el papá de Miguel. Pensó que la vida era más teatral que cualquier texto de Shakespeare. Qué tanto, el doctor López, papá de Miguel, como ella, habían tenido las mismas consultas bajo el mismo expediente. Ambos estaban ahí, sabiendo uno del otro. Y aunque no había leído *Consulta por expediente*, ni sabía nada de esa obra de teatro, él y su familia la habían representado. Eran los verdaderos protagonistas.

La lectura continuó…

JOSÉ MIGUEL.— Las historias siempre se repiten, pero nunca se parecen.

JOSÉ MANUEL.— ¡Rica la torta tres leches!

JOSÉ **(Ríe a carcajadas. Mientras se vuelve a sentar en**

su puesto. Toma agua. Se limpia el sudor).— ¡Una muy buena broma, José Manuel! Pero ya hombre, no sigas con esas cosas, que vas a acabar con mi tranquilidad. Me alegra tenerlos aquí. Contaba los días para que llegara este momento.
JOSÉ MANUEL **(Muy tranquilo. Después de una pausa)**.— Cuando comenzó la revolución cubana mataban a los homosexuales, por ser una especie desviada, seres sin principios, seres depravados… Hubo un comportamiento agresivo y represivo contra los homosexuales. Momentos de grandes injusticias contra ellos… Así lo registró la historia: *después de la Revolución cubana de 1959, la homofobia y el heterosexismo que ya existía en Cuba se hizo más sistematizada e institucionalizada. El género y la sexualidad entraron explícitamente en el discurso político, incluso con leyes redactadas vagamente dirigidas hacia hombres que transgredían los esquemas de género de los que se pensaba que eran homosexuales. Los homosexuales masculinos, en particular, fueron atacados por estas leyes y la homosexualidad masculina se convirtió en un vicio visible y públicamente discutido, mientras que el lesbianismo se mantuvo anónimo e invisible. Entre 1959 y 1980 los hombres homosexuales sufrieron una serie de consecuencias, desde opciones profesionales limitadas hasta las detenciones y redadas en las calles y encarcelamiento en campos de trabajo. El Estado se había dirigido especialmente hacia las personas que transgredían el género y los homosexuales obvios u ostentosos. El pelo largo, los pantalones ajustados, el colorido de las camisas, los llamados gestos afeminados, la ropa inadecuada y los peinados extravagantes eran vistos como marcadores visibles de la homosexualidad masculina. Tales marcadores visibles no sólo facilitaron la represión de homosexuales, si no que más ampliamente, la visibilidad y la transgresión de género constituyeron un problema identificado por la Revolución.* Y en el Diario de Cuba de aquellos años aparecería una nota que decía y que me aprendí de memoria, por tanto, leerlo y releerlo… y repetirlo una y otra vez, porque siempre me llamó la atención tal acto bárbaro: *No se podía llegar a creer que un homosexual pudiera reunir las condiciones y los requisitos de conducta que nos permitirían considerarlo un verdadero revolucionario, un verdadero militante comunista. Una desviación de esta naturaleza está en contradicción con el*

concepto que tenemos sobre lo que debe ser un militante comunista (…) Bajo las condiciones en que vivimos, a causa de los problemas con que nuestro país se enfrenta, debemos inculcar a los jóvenes el espíritu de la disciplina, de la lucha y del trabajo. El machismo tradicional y la Iglesia católica han despreciado a los hombres afeminados y sexualmente pasivos durante siglos. La homofobia mostrada durante la Revolución fue una mera continuación de una cultura machista bien establecida y de los rígidos roles de género de la Cuba prerrevolucionaria. Los gay fueron definidos como desviados y decadentes. Como débiles y enfermos.

Manuel se pensaba homosexual. No se pensaba ni se sentía débil o enfermo. Mucho menos se definía desviado o decadente. Los demás, pensaban en los antecedentes que conocían por cultura general, de lo que había sido, y era, esa revolución no solo para esa isla, sino también para el mundo. Llegaron a esa conclusión, pero, sin ponerse de acuerdo. Todos lo pensaban: *que* esa revolución había constituido un acontecimiento transcendental en la historia del nuevo mundo, *que* era la primera y, con un poco de más éxito, de varias revoluciones de izquierdas que habían sucedido en algunos de los países del nuevo mundo. *Que* el régimen consiguiente de la revolución, calificado por organizaciones como autoritario y prohibitivo, había mantenido el gobierno en el país a pesar del enorme aumento de desgracias, sosteniéndose a flote, incluso, y muy a pesar, por la caída del bloque socialista. *Que* el imperialismo del norte del nuevo mundo mantuvo y aún mantiene, un *bloqueo económico* a la isla, desde principios de los años de 1960. *Que* siempre se le ha acusado y se le sigue acusando, junto al país de ellos, —de los que pensaban—, de violar los derechos humanos, la libertad de expresión o la libertad de circulación. Tomas Rujano recordaría: *que* estando en La Habana, constató la eficiencia de las muchas reformas que se habían hecho, principalmente en el sistema de salud y el sistema educativo público y gratuito.

Él, como extranjero estaba siendo beneficiado: estudiaba en la Universidad de La Habana un diplomado en dramaturgia.

Una noche de su estancia en la isla, después de haber conocido a Rigoberto, este, habría de sacarlo de emergencia a uno de los hospitales públicos de La Habana. Tomas deliraba por culpa de una fiebre alta de tres días, que no se le bajaba con ninguno de los medicamentos que él mismo se había recetado sin previa autorización médica. Rujano siempre habría de decir, incluso a los adversos al régimen de su país, que ese hospital era lo más parecido a una clínica de Ciudad de León, que no tenía nada que envidiarle, ya que contaba con todos los servicios y suministros para auxiliar de manera pública, tanto a sus ciudadanos, como a los foráneos, como él, que necesitó ser atendido esa noche.

—Esa revolución jodió y separó a tanta gente. Como lo está haciendo ésta con nosotros. —Dijo Dai Piñer con mucha intención. Ya esto no solo lo quería pensar, también sentía la necesidad de hacerlo público frente a los demás participes de la lectura.

—También hay muchos que la apoyan. Y lo mismo se repite aquí. —Dijo Tere, sonando un poco funesta con su intervención. Continuó:

—Ochenta y dos guerrilleros fueron los que iniciaron con esta causa: los hermanos Castro, Camilo Cienfuegos, Juan Manuel Márquez, Almeida Bosque y el sureño *Che* Guevara. Ochenta y dos guerrilleros para ochenta mil hombres del ejército de la isla al mando de *Batista.* Dispersos, medio perdidos y hostigados, los invasores sufrieron un serio fracaso inicial en *Alegría de Pío,* debido al cual, poco más de veinte hombres —de los ochenta y dos iniciales— lograron recluirse en la *Sierra Maestra*, una zona de difícil acceso en el oriente de la isla, ahí se instalaron. Luego del bombardeo de *Alegría de Pío* y posterior al asesinato de varios guerrilleros, el gobierno de *Batista* propagó la ilusoria noticia de la muerte de Castro y todos los invasores, entristeciendo los ánimos de muchos revolucionarios del país, pero, en las semanas sucesivas, cambiaría el escenario a favor de unos y en contra de otros. Y así, llegaron aquellos días finales de diciembre de 1958, para la

debacle de la dictadura de *Batista*. El veintiocho de diciembre, las tropas dirigidas por el *Che* Guevara, comenzaron el definitivo ataque contra la ciudad de *Santa Clara*, picaporte del centro de la isla y último fortín antes de La Habana. El treinta y uno de diciembre, cuando la muchedumbre rebelde arrebató el tren protegido que el régimen había enviado para fortalecer la ciudad, *Batista* resolvió fugarse para Santo Domingo, junto con el presidente electo Rivero Agüero, permaneciendo la isla, tácitamente acéfala y a cargo del general Cantillo. Después de una reunión con Castro, este general, pretendió establecer una junta militar que fue rechazada por Castro, llamando a la huelga general con la consigna "REVOLUCIÓN, SÍ; GOLPE DE ESTADO, NO". Dictaminó a sus comandantes, *Che* Guevara y Cienfuegos, a avanzar hacia La Habana y tomar los lugares claves de la capital. Y así amaneció el primero de enero de 1959, con una revolución que sigue, a partir de ese instante, con el poder definitivamente en manos de las fuerzas revolucionarias, e históricamente, se toma esa fecha como el triunfo de la hazaña.

—Esto parece una clase de historia, Tere. —Resaltó Tomas, mientras reía y tomaba vino. Todos reían ante lo dicho por él.

—Sabes que me apasiona… me extiendo. —Apuntó Tere y tomó vino. Prosiguió:

—Recuerdo que el periodista Jules Dubois afirmó que: *Las represalias de las fuerzas represivas de Batista costaron la vida a numerosos presos políticos. Por cada bomba que estallaba, sacaban a dos presos de la cárcel y los ejecutaban de modo sumario. Una noche en Marianao, un barrio de La Habana, se repartieron los cuerpos de noventa y ocho presos políticos por las calles, acribillados de balas.*

Todos pensaban en los desaparecidos, como en los presos políticos que sumaban el actual régimen de *El Hijo*. Pensaban en los países sujetos a las revoluciones socialistas, y cómo estos países, habían quedado, *vueltos mierda*, en nombre de revoluciones. Algunos ya recuperados, otros, como la isla y, el país de ellos, en una ilusión de armonía propiciada por los discursos hipócritas de sus actuales dirigentes. Tere re-

cordaría haber leído una declaración de Castro, donde ella lo analizaba como otro cínico más, de los tantos dictadores socialistas y comunistas paridos en el mundo: *en nuestra guerra de liberación nacional, no hubo un solo caso de prisionero torturado, ni siquiera cuando hubiéramos podido encontrar como pretexto la necesidad de conseguir una información militar para salvar a nuestra propia tropa o para ganar una batalla. No hubo un solo caso. Hubo centenares de prisioneros, luego miles, antes del fin de la guerra; se podrían buscar los nombres de todos y no hubo un solo caso entre estos cientos, estos miles de prisioneros que sufriera una humillación, o siquiera un insulto. Casi siempre poníamos en libertad a estos prisioneros. Eso nos ayudó a ganar la guerra, porque nos dio un gran prestigio, una gran autoridad frente a los soldados del enemigo. Confiaban en nosotros. Al inicio, nadie se rendía; al final se rendían en masa. El New York Times,* un periódico del Imperio del Norte, también aludió al buen tratamiento reservado a los soldados presos: *Es el tipo de conducta que ha ayudado al Señor Castro a tener una importancia tan extraordinaria en el corazón y el espíritu de los cubanos*; eso también lo pensaba Tere, mientras tomaba vino. Dai y Tomas fumaban y conversaban en el balcón; Eduardo le servía vino a Patty y Manuel solo pensaba en lo difícil de ser gay. *Que* siempre había sido y seguiría siendo un silencio permitido para cualquier régimen y para cualquier hipócrita sociedad. Pensaba: *que* nadie le importaba el otro. *Que* no solo los gay estaban jodidos. Pensaba: *que* la humanidad completa debía desaparecer y Dios, o quien fuera, debía construir una nueva especie sin vicios. Sin antecedentes.

—Estamos jodidos por todas partes. —Dijo Manuel y los observó a todos. Prosiguió:

—¿Será que concluimos con este momento? Falta poco.

Continuaron con la lectura de las últimas páginas del segundo momento.

JOSÉ **(Inquieto)**.— No entiendo a qué viene todo este cuento ahora…

JOSÉ MANUEL.— Yo tampoco he entendido a las revoluciones, hermanito… **(Toma agua).** Pero bueno, la manera

como la revolución cubana llegó al poder le dio un sentido más fuerte a la masculinidad que otras revoluciones. La experiencia de la guerrilla dominaba la estructura política y, la guerrilla en sí, se convirtió en el núcleo de una nueva sociedad. Muchas personas homosexuales fueron detenidas, especialmente hombres afeminados, sin cargos ni juicio y enviados a campos de trabajo. En 1965, se crearon las Unidades Militares de Ayuda a la Producción como una alternativa al servicio militar para objetores de conciencia, grupos religiosos pacifistas, hippies u homosexuales, entre otros grupos. Se creía que el trabajo, junto con los regímenes estrictos que operaban dentro de los campos de esas unidades militares de ayuda, serviría para rehabilitar a los participantes. Los campos terminaron siendo utilizados principalmente para hombres homosexuales, no hay evidencia de que fueran creados con el fin de combatir la homosexualidad... pero lo hizo, la combatió. Así como los nazis combatieron y exterminaron a los judíos… La revolución cubana lo hizo con los homosexuales. **(Pausa).** Los campos fueron cerrados en 1968… Años después diría el gran escritor exiliado y homosexual, Reinaldo Arenas: *Creo que nunca se singó más en Cuba que en los años sesenta; en esa década precisamente cuando se promulgaron todas aquellas leyes en contra de los homosexuales, se desató la persecución contra ellos y se crearon los campos de concentración; precisamente cuando el acto sexual se convirtió en tabú, se pregonaba al hombre nuevo y se exaltaba el machismo. Casi todos aquellos jóvenes que desfilaban ante la Plaza de la Revolución aplaudiendo a Fidel Castro, casi todos aquellos soldados que, rifle en mano, marchaban con aquellas caras marciales, después de los desfiles, iban a acurrucarse en nuestros cuartos y, allí, desnudos, mostraban su autenticidad…*

Tomas pensaba en los momentos que había vivido en La Habana. En aquel lugar donde, aparte de Rigoberto, se había acostado con otros muchos hombres de esa isla.

JOSÉ MANUEL **(Irónico)**.— Y aunque el líder de la revolución muchos años después haya asumido la culpa y la responsabilidad por la ola de persecución que emprendió co-

menzando su gobierno contra los homosexuales, a los que en su momento acusó de ser unos "contrarrevolucionarios", ya era muy tarde, el agua derramada no se podía recoger… Qué hipócritas son cuando se habla de la falta de libertades, de las violaciones a los derechos humanos y la represión en Cuba, no es frecuente mencionar el tema de la represión contra los homosexuales. Esto a pesar de que los homosexuales fueron desde los primeros años en el poder del régimen castrista, un sector social que sufrió la crudeza y la intolerancia de quienes pretendían construir una nueva sociedad y un "hombre nuevo" en la que no tendrían cabida los que sentían atracción física hacia personas de su propio sexo... para eso estaban los campos de concentración… **(Pausa. Atragantado).** Dios… y esos campos en los que los obligaban a trabajar… esos campos que se volvieron campos de concentración, muy parecidos a los alemanes, tenían carteles que decían *El trabajo los convertirá en hombres*. Con el trabajo forzado se iban a volver hombres… hombres y machos de verdad. **(Incisivo, dirigiéndose a José).** ¿Aquí lo han hecho?

JOSÉ **(Algo molesto)**.— ¡Jamás!

JOSÉ MIGUEL.— Yo oí hablar y, también conocí y conozco a muchos homosexuales a favor de Fidel…

JOSÉ MANUEL.— Sí, es verdad… aunque el líder de esa revolución persiguió y aniquiló a muchos homosexuales por aquellos años. **(Después de una pausa).** Pero bueno, yo también he oído y he leído que muchos homosexuales amaron y respetaron al líder de tu revolución, José… así como los amó y los respetó él, creo.

JOSÉ.— El corazón del comandante eterno era tan grande como la llanura…

JOSÉ MIGUEL.— "Comandante eterno"… ¡Tu hermano superior!

JOSÉ MANUEL **(Mientras se va levantando de la mesa)**.— Entonces, ama a tu hermano como tu comandante eterno amó. **(Sube las escaleras).**

JOSÉ.— Es ocurrente el José Manuel.

JOSÉ MIGUEL.— ¡Mucho!
JOSÉ.— Ese cuento de ser… **(Pausa. Miradas incomodas entre los dos).**
JOSÉ MIGUEL.— Creo que ese cuento cada vez se le vuelve más verdad.
JOSÉ **(Camina a la salida)**.— Mejor no me acompañes. Debes estar cansado…
JOSÉ MIGUEL.— Un poco… por la caminata de la mañana. ¡El calor que hace!
JOSÉ.— Si no paso en la noche, nos vemos mañana en la juramentación. Cualquier cosa que necesiten me lo hacen saber con Zoraida. La línea telefónica, y el internet se los deben terminar de instalar en el transcurso de la tarde.
JOSÉ MIGUEL.— Tranquilo. Estaremos bien… Perdona el almuerzo…
JOSÉ.— Descuida… Tenemos que conocernos… ¡Veinticuatro años sin vernos! Sabes que el otro existe cuando lo tienes cerca… **(Sale).**
FIN DEL SEGUNDO MOMENTO.

TERCERA PARTE
ESTAMOS EN EL AIRE

se cree que la historia es ayer,
cuando en realidad la historia es hoy y siempre.
Rodolfo Usigli

Al concluir la lectura del segundo momento hubo una pausa incómoda, Eduardo sirvió más vino mientras contemplaba las caras de todos. Caras de confusión y de una aparecida ansiedad, que los hacía inhalar y exhalar. Buscó la mirada de Tomas y ambos experimentaron, como muchas veces lo habían experimentado, una escena de complicidad que al mismo tiempo que les agradaba, también les generaba angustia. Esa misma angustia que experimentó Rujano cuando pensó que Eduardo iba a morir, por culpa de unos delincuentes que con un *chuzo* lo hirieron en la zona del cuello.

Ciudad de León se convertía en un pueblo del lejano oeste, como de esos pueblos de película gringa, películas que el régimen había dejado de transmitir en los cines y canales locales porque iban en contra de los valores socialistas de la revolución.

Tomas creyó que las cosas iban a cambiar, así que cada día decía:

—Hoy no me voy, tal vez mañana. Las cosas van a mejorar.

Así, frente a esta mentira que se decía todos los días, vivió, directa e indirectamente, entre marchas, masacres, asesinatos, robos, secuestros, violaciones, hambre y colas. Cualquier vecino o amigo tenía siempre una de estas escenas, que como siempre terminaban por alterarlo y deprimirlo constantemente.

—Se me está acercando el monstruo. Cada vez está más cerca de mí. —Lo pensaba tantas veces.

Un día, pensando en el monstruo, a Eduardo lo intentaron matar después de salir de una función de teatro. Era agosto de 2015, las calles estaban oscuras y él, Eduardo, caminaba, como siempre, rumbo al Sistema de Transporte Metro de Ciudad de León, para ir a su casa. De la nada, dos sujetos salieron a su encuentro, golpeándolo e introduciéndole levemente un *chuzo* de hierro en la zona de la garganta. Lo dejaron ahí, en la calle, tirado, sin sus pertenencias. Unos vecinos del lugar lo auxiliaron. Esa noche Tomas salió como loco, en apoyo a su amigo, a su hermano; estuvo con él y su familia

toda la noche, velando su descanso. Se asustó mucho. El hecho vivido no llegó a mayores.
A la mañana siguiente, con un "después que te mejores, nos vamos del país. Aquí nos van matar. Le quedamos grande a esta ciudad…", lo despertó Tomas.
—¡Cálmate! De aquí no se va nadie. Como tú me lo has enseñado, hay que seguir dando la pelea. ¡Que se vayan ellos! —Le respondió Eduardo, adolorido por la herida.
Eduardo mejoró y junto a Tomas siguieron en la lucha titánica de continuar sobreviviendo, —con su teatro, con sus sueños, sus aciertos y desaciertos, sus triunfos y fracasos… sus vidas—, ante esa gran selva de cemento que era ahora Ciudad de León. Tomas por momentos recordaba que su amigo estuvo cerca de morir, y por culpa de una nueva estirpe que hundía a la ciudad en la más completa miseria. Esto lo atemorizaba siempre.
Esto lo hacía escribir siempre.

Manuel también buscó la mirada de Tomas después de terminar la lectura del segundo momento. En esa búsqueda se consiguió con la de Eduardo y volvieron los celos, celos que no tenían razón de ser. Celos que nunca iban a tener argumentos reales, o por los menos, los que Manuel imaginaba que se propiciaban. Era verdad que en la mirada de Tomas y Eduardo se generaba no solo esa complicidad, sino también un amor que nada más las almas solitarias, como las de ellos, podían entender. Un amor que estaba y estuvo así, siempre, por encima de la carne.
La ansiedad disminuyó en todos. Después vino la calma. Llovía cada vez más fuerte.
TERCER MOMENTO: Camino de arena.
Las seis de la tarde. Va terminando el crepúsculo.
ZORAIDA **(Mientras barre la sala)**.— Ha bajado el calor.
JOSÉ TOMAS **(Sentado en uno de los muebles del comedor. Lee el mismo libro de la mañana)**.— Mucho…
ZORAIDA **(Viendo por la ventana)**.— El cielo está nubla-

do. Anuncia lluvia…
JOSÉ TOMAS **(Entre la lectura y en conversación con ella)**.— Ojalá llueva. Esta tierra seca, necesita agua… así sea la misma que ha caído durante estos años y la ha secado… ¡La patria necesita tierra! ¡La patria necesita lluvia!
ZORAIDA **(Incómoda)**.— ¿El señorito va a cenar ya?
JOSÉ TOMAS **(Entre la lectura y en conversación con ella)**.— ¡No!
ZORAIDA.— Debería comer… Ha pasado todo el día solo con el desayuno.
JOSÉ TOMAS **(Detiene la lectura)**.— Este pueblo, este calor… Este país me ha quitado el hambre… Lo que me ha dado es mucho sueño…
ZORAIDA.— Eso veo… **(Ríen. Se miran, Zoraida evade la mirada de José Tomas. Pausa larga).**
JOSÉ TOMAS.— ¿Vendrá José?
ZORAIDA.— ¡No lo creo! Está muy liado con lo del…
JOSÉ TOMAS.— …nombramiento.
ZORAIDA **(Dirigiéndose a la cocina)**.— Si no desea más nada el señorito me retiro…
JOSÉ TOMAS **(Retoma otra vez la lectura. Entre la lectura y en conversación con ella)**.— Murió mucha gente inocente…
ZORAIDA **(Extrañada)**.— ¿Cómo?
JOSÉ TOMAS **(Entre la lectura y en conversación con ella)**.— Aquel marzo caluroso, murió mucha gente…
ZORAIDA.— ¡No le comprendo!
JOSÉ TOMAS **(Entre la lectura y en conversación con ella)**.— Cuando se habla de masacres, nadie entiende nada.
ZORAIDA **(Caminando a la cocina)**.— Me retiro a la cocina, señorito…
JOSÉ TOMAS.— ¿Por qué todos estos años al lado de José? ¿Usted no tuvo familia?
ZORAIDA.— Él y ustedes son mí familia. ¡Mi única familia!
JOSÉ TOMAS **(Va y agarra el periódico que sigue en la mesa)**.— Nos debes amar mucho…

ZORAIDA.— ¡Toda la vida!
JOSÉ TOMAS **(Entre la lectura y conversación con ella)**.— Hay gente que ama en la ausencia… Hay gente que desde la presencia no sabe amar. A veces estamos con alguien y no le prestamos atención… pero de igual manera amamos. **(Suspicaz).** Hay gente que con un detalle… con un zapato regala su amor, así sea un amor de ausencias.
ZORAIDA **(Un poco nerviosa)**.— Usted si habla extraño, señorito.
JOSÉ TOMAS.— ¡Son muchas las muertes que aún siguen sin respuestas en este país! En ausencias… sin amor…
ZORAIDA.— ¡No entiendo!
JOSÉ TOMAS **(Entre la lectura y conversación con ella)**.— Pensado en voz alta… **(Después de una pausa).** Zoraida, ¿usted cree en la revolución? ¿Usted tiene amor por la revolución? ¿Usted cree y tiene amor por este país?
ZORAIDA.— ¡No entiendo sus preguntas señorito!
JOSÉ TOMAS **(Deja de leer. Con el libro entre abierto)**.— Conmigo no tenga miedo, estamos conversando… ¡Yo no creo en esta revolución! En ninguna… Hasta la revolución francesa jodió al hombre, y eso que se ha asegurado que con ella se liberó el poder del pueblo… ¡Todas las revoluciones han jodido a la humanidad! **(Pausa breve).** Aristóteles hablaba de dos tipos de revoluciones, desde lo político… **(Viendo la cara extrañada de Zoraida).** Claro… no sabe quién es Aristóteles… Da igual, tampoco importa. **(Retomando la conversación).** Él hablaba de dos tipos de revoluciones, una que era provocada desde el cambio completo, y la otra cuando se generaban las modificaciones desde una constitución ya existente. **(Ríe).** ¡Puros cuentos! Desde allí comenzaron los cuentos… Jorge Tadeo, un amigo mío… **(Viéndola. Ríe).** No importa que tampoco sepa quién es… diría mi amigo: "La definición común y corriente de "revolución" incluye los conceptos de "cambio", "sociedad" y "pasado" como "ejes" fundamentales, que encierran dinámica social, conglomerado humano y el elemento tiempo, con lo cual estamos signifi-

cando que vivimos frente a circunstancias y hechos sociológicos, pues es el ser humano inmerso en el grupo social, que abjura de su pasado y presente y toma la decisión de cambiar su futuro". **(Pausa).** Generalmente, las revoluciones se dan como respuestas a las estructuras sociales, políticas o económicas erradas o anacrónicas, que, por tanto, tienen el rechazo social mayoritario; o porque poderes hegemónicos en ejercicio o advenedizos atropellan derechos individuales de los ciudadanos y de las comunidades y estos tienen que reaccionar en proporción a las ofensas inferidas. **(Incisivo).** Señora Zoraida, se dan también las revoluciones por hechos o circunstancias del pasado remoto o del pasado próximo, que haya socavado o esté minando valores y principios básicos de la sociedad que se trate; o que el presente impuesto por extraños irrespete esos mismos principios ideológicos o morales por los que se guía una sociedad. **(Viéndose que lo siguiente que dice se lo aprendió al caletre).** "Una sociedad libre no puede estar en la sustitución de un nuevo orden del viejo orden; ella debe ser la extensión de la esfera del libre actuar, hasta que haya cambiado la mayor parte de la vida social…" **(Viendo a Zoraida).** Eso lo dijo Paul Goodman. **(Ríen).** ¡Es verdad! Tampoco importa saber su vida… si fue al baño antes o después de decir eso. **(Sarcástico).** Tantas teorías se han ido por las letrinas de las casas, como lo que son… una gran plasta de mierda…

ZORAIDA.— Yo no he estudiado tanto como usted, señorito, pero esta revolución nos hizo visibles… La gente como yo, antes no teníamos ni voz, ni voto…

JOSÉ TOMAS.— ¿Y lo tienen ahora?

ZORAIDA.— ¡Claro! Gracias a esta revolución yo soy una mujer distinta… Una mujer que no se deja pisotear por nada, ni por nadie. ¡La revolución me mantiene viva! Esta revolución nos hizo gente. ¡Esta revolución es buena, es bonita!

JOSÉ TOMAS.— He visto el trato que le ha dado mi hermano, y no es el más correcto. No se tratan como iguales, y más cuando somos casi familia.

ZORAIDA.— El señor José y yo nos llevamos bien… yo le trabajo a él. Soy su persona de confianza… ¡Siempre lo he sido!
JOSÉ TOMAS.— He notado el trato que José le da, es un trato duro, frío, distante… Así trató la realeza a sus lacayos.
ZORAIDA.— Exagera, señorito…
JOSÉ TOMAS **(Se acerca a ella, le agarra las manos)**.— ¡No exagero! Además, es usted una señora mayor, debería estar descansando, no estar de sirvienta.
ZORAIDA.— Hago esto porque me gusta… ¡Me siento viva haciéndolo!
JOSÉ TOMAS.— A lo mejor… **(Mordaz).** ¿Tuvo hijos?
ZORAIDA **(Sorprendida. Le suelta las manos)**.— Uno…
JOSÉ TOMAS.— ¿Y su hijo? ¿Está con usted?
ZORAIDA.— Mi hijo murió…
JOSÉ TOMAS.— Lo lamento. Y, ¿cómo fue?
ZORAIDA.— Preferiría no hablar de eso, señorito.
JOSÉ TOMAS.— ¡Perdone! No era mi intención molestarle…
ZORAIDA.— No se preocupe… **(Pausa incómoda. Se miran. Zoraida evade a José Tomas).** ¿No desea más nada el señorito? **(Saliendo a la cocina).**
JOSÉ TOMAS **(José Tomas vuelve a retomar la lectura. Entre la lectura y en conversación con ella)**.— Su hijo murió aquel marzo caluroso…
ZORAIDA **(Se detiene. Incómoda)**.— ¡No!
JOSÉ TOMAS **(Entre la lectura y en conversación con ella)**.— Hay un zapato de más en el asta…
ZORAIDA.— ¡Son diecisiete!
JOSÉ TOMAS **(Cerrando el libro)**.— Hay dieciocho… **(Pausa incómoda).** Y ese zapato número dieciocho dice: "En memoria de mi amado hijo... Aunque los años te odien, yo te amo. Tu madre, Zoraida Salazar". **(Abre nuevamente el libro).** No sabía que su apellido fuera Salazar.
ZORAIDA **(Nerviosa)**.— Esa no soy yo…
JOSÉ TOMAS **(Entre la lectura y en conversación con**

ella).— Usted es la mamá del que ocasionó la masacre…
ZORAIDA **(Muy incómoda. Ríe nerviosamente)**.— Señorito, usted si tiene cosas… Seguro que todo eso que lee en sus libros aumenta su imaginación. **(Pausa larga).** Yo no soy la mamá de ningún asesino…
JOSÉ TOMAS.— ¡Zapatos en el aire, Zoraida! **(Parándose del mueble en el que permanecía sentado).** Si puede dejarme algo de comer en la mesa mientras voy al cuarto a buscar otro libro que quiero comenzar a leer… **(Camina hacia la escalera. José abre la puerta principal de la casa, viene apurado y preocupado. José Tomas no termina de llegar a su habitación, se oculta).**
ZORAIDA.— ¿Qué le pasa al señor? **(José hace señas para que Zoraida corrobore que están solos. Zoraida se acerca a la escalera. José Tomas se esconde al final de las escaleras, junto a la pared que conduce al largo pasillo y que une con las habitaciones).** Tranquilo, estamos solos…
JOSÉ.— Han mandado de Ciudad León al nuevo Fiscal General, con el Defensor del Pueblo, mi compadre Williams y, dos diputados de la Asamblea Nacional. Volvieron a abrir el caso de la Masacre…
ZORAIDA.— ¡Dios santo!
JOSÉ.— Los diputados y el nuevo Fiscal General no son afectos a la revolución.
ZORAIDA.— Tranquilícese señor…
JOSÉ.— Aseguran que hay gente del gobierno involucradas en este hecho.
ZORAIDA.— Han pasado veinticuatro años… varios han muerto…
JOSÉ.— ¡Yo sigo vivo!
ZORAIDA.— Y seguirá vivo… **(Agarrando sus manos).** Mañana es su juramentación y seguirá más vivo. Haciendo el bien por su patria…
JOSÉ **(Soltándose de las manos de Zoraida)**.— ¿Y si me descubren?
ZORAIDA.— Nadie va a descubrir nada… Son muchos años…

JOSÉ.— Veinticuatro años, Zoraida, pero el Fiscal General trajo las pruebas que me involucran…
ZORAIDA.— ¿Qué pruebas son esas?
JOSÉ.— Las mismas de hace veinticuatro años… las que mis compadres, el Fiscal y el Defensor de entonces, ocultaron…
ZORAIDA.— Ya usted había aclarado eso…
JOSÉ.— Para aquel momento sí, ahora no… Este Fiscal dice que son graves los cargos que se me atribuyen; que debo volver a declarar sobre las irregularidades que cometí en mi mandato de alcalde, hace veinticuatro años.
ZORAIDA.— ¿Otra vez? ¡Qué absurdo!
JOSÉ.— Eso mismo le dijo el compadre Williams…
ZORAIDA.— Quédese tranquilo… su compadre lo va ayudar.
JOSÉ.— Van a intervenir mis cuentas en Nueva York. Investigaron la cantidad de dólares que entraron a mis cuentas durante los años de mi mandato…
ZORAIDA.— Pero ese dinero es suyo… dinero que tuvo antes de ser alcalde, fruto de su trabajo…
JOSÉ.— Tú y yo sabemos que todo ese dinero provino de él. Son mis vacunas. Mis comisiones por las alianzas hechas entre la Cooperativa de Mineros y Molineros de Hoja de Lata II, ambas regentadas por Zoraida Salazar, quien estuvo detenida e imputada porque presuntamente cooperó en la matanza de las diecisiete personas. Zoraida Salazar, usted… la madre de él.
ZORAIDA.— ¡Cállese señor!
JOSÉ **(Recordando)**.— Yo hice la vista gorda a esa alcabala improvisada, donde usted, su hijo y otros cuantos, asesinaron y descuartizaron los cadáveres... Hombres armados con fusiles y vestidos con chalecos paraban el tránsito para que éste sacara a las personas de los vehículos. **(Absorto).** La tierra seca y marchita… ¡Hace calor!
ZORAIDA **(Incómoda y un poco alterada)**.— ¡Mucho calor! ¡No llovía! Hacía meses que no llovía…
JOSÉ **(Absorto)**.— Ese grupo de pobladores que estaba en torno a la alcabala, le iba indicando a su hijo, personaje muy

conocido en el pueblo, cuáles eran los integrantes de la banda rival. Los que no querían pagar, ni dejarse extorsionar por la compra y venta del oro que emergía de aquella mina. Así comenzó aquella escena… aquella historia. Como ovejas llevadas al matadero… Las víctimas fueron señaladas y luego asesinadas. Los cadáveres fueron envueltos en bolsas negras y arrojados a una fosa de cinco metros de profundidad y tres metros de ancho. Los cubrieron con varias capas de tierra oscura, distinta a la tierra áspera que se veía en la superficie. En horas del mediodía de ese lunes, se dio con el paradero de los cuerpos de diecisiete personas muertas, que fueron rescatados a hora y media del pueblo. **(Descontrolado).** Conseguir a las víctimas en Nuevo Callao, corroboró lo que se decía en el pueblo: que un camión había atravesado todo Tumeremo con ellos. El camión volteo cubrió un trayecto de poco menos de tres horas y, así fue desde el *Fundo El Peregrino*, al norte de la capital del municipio Sifontes, pasó por el área urbana que se extiende por la troncal diez, y luego anduvo por una carretera ruda hacia el sur durante al menos noventa minutos. ¡Y usted coordinaba las operaciones logísticas…! La verdadera Zoraida Salazar. No mi Zoraida… la que se vino conmigo desde Maracaibo. La que murió aquí, en aquella alcabala, en manos de su hijo…. De la que solamente quedó uno de sus zapatos, y que está en el asta, con los otros zapatos, ondeando como bandera de este pueblo, en el aire… **(José Tomas se alarma, se tapa la boca para no hacer escándalo y ser descubierto. Llora).**

ZORAIDA.— ¡No diga más señor! **(Después de una pausa. Atragantada. Parece que ambos evocaran al pasado y escenificaran la escena que relata Zoraida).** Ayudas y vacunas. Desde la cooperativa podemos entregarle dotaciones para las instituciones públicas locales, así como ayudas particulares. Todo esto está ordenado por mi hijo, señor alcalde. **(Absorta. En su propia realidad. Hay miradas de complicidad entre ambos).** Algunos de esos donativos se ventilaban por la prensa regional. Pero siempre se desconoció

en qué consistían las donaciones entregadas por él a usted. La autoridad municipal había reconocido que en la zona existían bandas armadas, situación que atribuyó a la ausencia del Estado. De hecho, a ese grupo delictivo comandado por mi hijo y que dio muerte a los diecisiete mineros en esa improvisada alcabala donde emboscó a los integrantes de la banda de *El Obeso,* quienes iban a explorar en la recién descubierta mina *Atenas,* la alcaldía nunca le prestó atención. La de Alexander Lesardi Gómez Molina *El Obeso* era considerada una banda delictiva menos organizada que la de mi hijo. Pero ambas cobraban vacunas tanto a los mineros como a los comerciantes que vivían alrededor de ese negocio. Antes de la matanza de los diecisiete mineros hubo un encuentro para aumentar el monto de las vacunas. **(Consciente de la realidad).** Usted le propuso a mi hijo que se hiciera… ¡Usted quería más y más dinero! **(Un ruido. José Tomas es descubierto por José Manuel. Se generan murmullos entre José Manuel y José Tomas desde la escalera. Zoraida y José hacen silencio).**

JOSÉ MANUEL **(Viendo a José y a Zoraida. Mientras señala a José Tomas)**.— No sé qué hace este aquí…

JOSÉ.— ¿Llevabas mucho rato ahí?

JOSÉ TOMAS **(Algo asustado, pero firme al hablar. Bajando las escaleras junto a José Manuel)**.— El suficiente, José…

JOSÉ MANUEL **(Sin percatarse de lo que está pasando y de la tensión que existe entre los otros tres)**.— ¡No hace tanto calor! **(Pausa breve).** José, quería conversar contigo…

JOSÉ **(Viendo a Zoraida y a José Tomas)**.— Ahora no…

JOSÉ MANUEL **(Sin prestarle atención a su respuesta)**.— Mi comportamiento a la hora del almuerzo fue el correcto…

JOSÉ.— Que no importa de verdad, José Manuel.

JOSÉ MANUEL **(Ríe)**.— Eso no me hace malo… solo soy quien soy y como soy, en eso no hay problemas, ¡somos y punto! "Nadie es completamente malo, ni completamente

bueno", dijo alguien por ahí. ¡Es el calor que me pone así!
JOSÉ TOMAS **(Viendo a Zoraida y a José retadoramente)**.— El calor siempre nos pone así… por eso debe llover, así sea el agua estancada que sube al cielo y que cae a la tierra a lavarlo todo.
JOSÉ. MANUEL.— Ofrecerte mis disculpas por mi majadería… A pesar de todo, no debo portarme así contigo. ¡Eres mi hermano!
JOSÉ **(Mientras observa a José Tomas y a Zoraida)**.— José Manuel, son cosas que pasan. Tú lo dijiste: nos estamos conociendo…
JOSÉ MANUEL.— ¡Es verdad! **(Risas. Zoraida sale a la cocina. José Tomas los observa).** A pesar de la distancia, la cercanía efímera de las redes nos mantiene vivos… **(Viendo a los dos).** Que comencemos a prestarnos atención. **(Viendo por una de las ventanas).** Quiero salir un rato… ¡Ya no hace calor! Sé que deben ser aburridas las noches aquí, pero un rato de noche pueblerina no me hará mal. José Tomas, le dices a José Miguel que volveré más tarde… Pasé por su cuarto, y aún dormía… **(Ríe).** Me dieron ganas de molestarlo y despertarlo con un grito… asustarlo. Peno no, me contuve y lo dejé dormir.
JOSÉ TOMAS.— ¿Cómo vas a salir a estas horas? Además, va a llover.
JOSÉ MANUEL.— He andado solo en la gran manzana a altas horas de la noche.
JOSÉ.— Déjalo hombre… No se va a perder. El cielo en las noches de Tumeremo siempre es así. Amenaza con lluvia… y no llueve. La oscuridad se come la lluvia.
JOSÉ TOMAS.— En la gran manzana no roban a altas horas de la noche… poco roban en algunas horas… **(Viendo a José).** ¡Poco asesinan!
JOSÉ.— Eso cree uno…
JOSÉ MANUEL.— Igual da. No voy a tenerle miedo a las cuatro calles de este pueblo. Y ya lo dijo José, no lloverá.
JOSÉ TOMAS.— ¡Te acompaño!

JOSÉ MANUEL.— No te quiero a mi lado… Además, no vas a dejar a José solo…
JOSÉ.— Claro José Tomas, así conversamos. Nos conocemos.
JOSÉ TOMAS **(Para sí)**.— Ya te conozco lo suficiente…
(José Manuel sale por la puerta que da a la calle).
JOSÉ.— Lamento que hayas escuchado todo eso.
JOSÉ TOMAS.— Las personas como usted deberían estar quemándose en el infierno. ¡El hermano de un criminal!
JOSÉ.— Yo no he asesinado a nadie…
JOSÉ TOMAS.— No se necesita jalar el gatillo para hacerlo.
JOSÉ.— Sé que vas a entender todo esto.
JOSÉ TOMAS.— Entiendo que en el nombre de tu revolución se ha jodido a este país…
JOSÉ.— En el nombre de Dios hubo muchos muertos…
JOSÉ TOMAS.— ¡No seas cínico!
JOSÉ.— Ya eso pasó José Tomas…
JOSÉ TOMAS.— Hay verdades que por más que trates de ocultar, siempre salen a la luz pública, hermanito… ¡El calor! ¡El agua estancada! **(Grita).** ¡Los zapatos en el aire!
JOSÉ **(Por encima de los gritos de José Tomas)**.— Yo no lo quise hacer…
JOSÉ TOMAS.— Pero lo hiciste.
JOSÉ.— ¡Aquí no ha pasado nada! Mañana estarás con tus hermanos en mi juramentación… en mi nombramiento como gobernador del Estado Bolívar… pasan luego unos días aquí, viajan por el país. ¡Conocen el país! Este país te ayuda a borrar rápidamente el pasado. La gente de aquí optó por borrar rápidamente el pasado. **(Pausa breve).** Ya no te acordaras de nada al terminar el viaje que pienso regalarles. ¡Viajen por el país! Yo les regalo los boletos y, luego vuelven a su país… a su viejo mundo si quieren. O se quedan un tiempo en Ciudad de León. ¡Aquí no ha pasado nada! ¡Aquí no hay pasado! ¡No hay nada!
JOSÉ TOMAS.— Yo me fui de este país en brazos de José Miguel. A lo mejor extrañando la teta de mi mamá. A lo me-

jor llorando aún la salida de mi último diente… **(Alza la voz. Aparece Zoraida. José Tomas se da cuenta de su presencia).** A mí me fueron de este país, enseñándome la cartilla de cómo odiar al régimen de turno, que es el mismo régimen que sigue mandando a medias… ¡Y no! El problema no es el régimen. El problema son las personas como ustedes… **(Reconociendo a Zoraida).** Los miserables como tú y como usted, señora. A lo mejor esta revolución si servía… A lo mejor, tu eterno comandante se murió pensando, que dejaba en buenas manos su revolución bonita… O a lo mejor, en estos cuarenta y dos años, esta revolución nunca funcionó, ¿quién sabe? Pero gente como ustedes matan a este país. Hunden este país. Por culpa de ustedes, muchos de los que se fueron no volverán a la tierra que sí recordaba su pasado.

JOSÉ.— ¡Las cosas no son así!

JOSÉ TOMAS.— ¿Y cómo son? **(Pausa breve).** Lo que pasó aquí ocurre todos los días. A diario asesinan a más de treinta personas en este país. ¡Tú país! Todos saben lo que pasa, pero nadie habla… Nadie dice, ni dirá nada. ¡Y todo por miedo! Ya no amamos. Lo que se tiene ahora es miedo… Lo que siempre ha tenido este país y este mundo es miedo. Lucifer está en las calles, en los cerros, en todas las zonas en las que se producen miles de crímenes. **(Absorto. Llorando atragantado).** Y viajan las noticias en las que Lucifer ha estado dispuesto a tomar el control de cualquier zona en la que quiere sangre, y muchas más muertes. Y por allá, una víctima escucha: "Bájate del carro y corre que no te vamos a hacer nada". Y esas se convierten en las últimas palabras que escucharon Ángel Torres, Rosa Hernández o Luis Vicente García, antes de recibir cinco disparos por la espalda, y quedar heridos de gravedad sobre el pavimento. Luego, ser rescatados y llevados a un hospital cercano… o a una clínica, en la que permanecen ocho días en terapia intensiva y fallecen. O peor aún, mueren inmediatamente, por no aguantar la hemorragia interna, o porque el centro de salud no contaba con los insumos necesarios para atender la emergencia, así fuera una

clínica. Es lamentable que no podamos hacer nada. Vivimos con miedo. **(Aumenta el tono de voz).** "A mi hermano lo secuestraron dos veces en su casa y, a mi mejor amigo lo mataron hace dos años, para robarle su carro. No es posible que cada vez que vayamos a comprar una empanada o a echar gasolina, tengamos que ver sobre nuestros hombros. ¡Todos son sospechosos! ¡Todos nos volvemos sospechosos! **(Después de una pausa).** Nosotros somos una familia de Ciudad de León dedicados al comercio, nos queremos quedar en el país, pero esto ya no se aguanta", expresó Miguel García, o la pequeña Yoelia o a lo mejor el cuñado de cualquier víctima, afuera de cualquier morgue del país.

ZORAIDA **(A José)**.— El señorito está hablando muy fuerte, despertará al señor José Miguel.

JOSÉ TOMAS.— ¿Y qué harán? ¿Silenciarme? Silenciarme como silenciaron a los diecisiete muertos de la masacre…

ZORAIDA.— Si es preciso sí…

JOSÉ.— Por favor, Zoraida… José Tomas no va a decir nada…

JOSÉ TOMAS.— Ya todo está dicho… En el asta hay diecisiete zapatos, diecisiete no, dieciocho. **(Viendo a José. Retador).** Comenzará a llover agua estancada esta noche… ya no hace calor. ¡Todos lo saben! Aunque el país haga silencio, ya no hace calor…

ZORAIDA **(Evocando al recuerdo. Como en una letanía Absorta por completo)**.— "Yo no le voy a llevar la contraria a mi mamá, porque ella todavía piensa que mi hermano está vivo y que va a volver a la casa. Pero yo estoy seguro de que está muerto. A mi hermano lo mataron ese día". El hombre decía esta frase mientras su moto rugía. Llevaba, al menos, una hora de camino y su franela negra tenía las listas amarillentas del polvorín que se levantaba en la trocha de tierra. Su destino era Nuevo Callao, a dos horas del centro de Tumeremo, uno de los sitios en donde se presumía que estaban los cuerpos enterrados. Para llegar a Nuevo Callao salió del pueblo en dirección al sur, hacia la Gran Sabana, y luego de

diez minutos dobló a la izquierda para toparse con los olores y desperdicios del basurero local: Pedeca. Después de allí, atravesó un sendero de tierra, cubierto por una arena que se levantaba con los pasos más leves. ¡El camino de arena seca! En ese tramo, vio cómo la vía estaba flanqueada por hatos pequeños. Uno de estos era el de Zoraida Salazar, la mujer señalada como la madre y delegada de él, el presunto autor de la matanza.

JOSÉ **(Absorto. Triste)**.— ¡Usted!

ZORAIDA **(Continúa evocando al recuerdo)**.— Ella… ¡Yo! Fui detenida aquel lunes por mi presunta complicidad en la matanza de los mineros. **(Pausa larga).** El hombre pasó por la comunidad indígena de Las Guaicas. Cruzó una verja y de inmediato entró a Nuevo Callao, un territorio de árboles altos, calor espeso y suelos arcillosos que hacían que la moto saltara y que el impacto de la travesía se sintiera en la espalda, en las rodillas. Allí, al final, estaba la mina que mi hijo controlaba desde hacía varios años. En el pueblo pensaban que los cuerpos habían ido a parar a uno de los numerosos pozos excavados para explotar el oro. El tiempo dijo que no fue así. El hombre no andaba solo. Junto a otros familiares, se detuvo en varios puntos. Hasta el sitio lo habían movido, sobre todo, la cantidad de rumores que habían llevado a Tumeremo los mineros de la zona. Se dijo que un trabajador sintió olores putrefactos mientras cruzaba el camino. Se comentó que, en varios tramos de la vía, la tierra se había removido. Ahí, él mismo vio como el ejército incautó días antes una máquina… un tractor excavador que había terminado en el estacionamiento de la guardia local. Otros les confirmaron que los cuerpos habían sido depositados a orillas del río Botanamo, porque ahí los había dejado el volteo que los trasladó. Las huellas, según ellos, se veían en el trayecto. **(Retomando conciencia. Viendo a los dos retadoramente).** Pasaran los años y seguiré perdonada… Y sí, toda la gente de este pueblo, de este país, hace silencio… Silenciaron mi nombre… Bastó el poder de su hermano para que todos borraran mi

nombre… Para que nadie dijera nada, y así quedar en la más completa libertad. ¡Con culpa, pero libre!
JOSÉ TOMAS.— El fin que justifica los medios… **(Grita).** ¡Asesinos! **(Zoraida saca de uno de los bolsillos del delantal un puñal, que trajo de la cocina en su última entrada. Ataca a José Tomas).**
ZORAIDA.— Fueron muchas las huellas que se vieron en esa tierra seca... **(A José Tomas, mientras le hunde un puñal en el estómago).** Pero tus huellas no se verán José Tomas, tu cuerpo quedará en el olvido del camino de arena de este pueblo. De Tumeremo… sabes, Tumeremo en el dialecto de los indios Guayano significa culebra pintada… ¡Tu cuerpo quedará pintado de sangre… la sangre todo lo purifica! **(Vuelve a hundir fuertemente el puñal en el cuerpo de José Tomas. Se ve aparecer a José Miguel en la escalera).**
JOSÉ.— Pero, pero… ¿qué hiciste? **(Se paraliza en la escalera. Zoraida se percata de él. José saca una pistola que siempre ha permanecido con él. José apunta a donde está José Miguel. Se escucha un disparo. Comienza a llover fuertemente. Apagón).**
FIN DEL TERCER MOMENTO
Fue cesando la lluvia. Manuel siguió buscado la mirada de Tomas. Ya iban por la tercera botella de vino. Tere De Jesús, permanecía un poco conmovida por la muerte de José Tomas y José Miguel:
—Siempre tú volviéndome mierda con tus textos. —Le dijo a Tomas.
Así como siempre, estuvo vuelta mierda, en el amor, la vida de las tres Saras.

Desde que Sara primera tomó las riendas de *La casa grande* y borró por completo de ella el calificativo de prostíbulo, se propuso que toda Ciudad de León sintiera y distinguiera a la casa como un lugar cómodo para toda la familia. Y aunque los años habían pasado, costó para que se le quitara esa mancha que, en ningún momento, permitieron las tres Saras, pe-

sara sobre ellas. No habían ejercido la profesión de Dolores, pero, sin embargo, se sentían orgullosas de ella. Se sabían tan felices con ese pasado, que como pasado, lo querían dejar allá: respetado y convivido, jamás compartido. No fue tan sencillo el cambio de prostíbulo a pensión, ya que, al principio la mayoría de los huéspedes eran hombres, y confundían a las mujeres de la casa con putas nuevas, incluidas en el arrendamiento de habitaciones. Se llegó incluso, en ciertas oportunidades, a generarse malentendidos con algunas de las pocas inquilinas, lo que trajo varios problemas solventados, a esta nueva administración.

—Que ya aquí no hay prostíbulo. Que nadie aquí ejerce como puta. *La casa grande*, de ahora en adelante, será una pensión familiar. —Informaba constantemente, Sara primera, cada vez que se generaban estos pormenores.

Con Sara segunda de doce años, a mediados de 1945, Sara primera remodeló *La casa grande*. Cambió los muebles, las cortinas y los colchones que se mantenían envueltos entre los sudores de todos los militares, políticos y demás hombres que habían ido por noches a las batallas del placer. Remodeló los patios, amplió la cocina, mandó a fabricar un nuevo baño en el patio del fondo. Remodeló la habitación de Dolores Bermúdez, e hizo que en el cuarto donde durmió Pedro Navas se construyera una capilla en la que ubicó las imágenes del Doctor José Gregorio Hernández y de la Virgen del Carmen, santos de los que había comenzado a ser devota. Acondicionó también la entrada principal de la casa, con árboles de jardín y rosales, hizo que la misma, agarrara una frescura que se mantuvo hasta los días del asesinato de Rigoberto Sierralta. Sara primera siempre se mantuvo al margen del amor. No se permitió ser vista con ningún hombre a su lado, ni siquiera, con el padre de Sara segunda. Prefirió contarle siempre a su hija, que su padre lo había desaparecido la dictadura de *El Bagre*, quien mandó en las primeras dos décadas del siglo XX. Lo llamó Pedro. Lo llamó militar. Lo llamó adversario del régimen. Lo llamó gran amor. Lo llamó pasado. Y así lo

recordó, Sara segunda. Sin embargo, Sara primera siempre lo tuvo presente como un hombre cualquiera, con un nombre cualquiera, con un oficio sin importancia. Un inquilino de paso por *La casa grande,* de los muchos que transitaban por ella y que lo único que logró despertar con bastantes ansias, en Sara primera, fueron las ganas de ser madre. Y así fue. Y así se lo agradeció siempre en silencio, en la soledad, sin él saber jamás, que tenía una hija, una única hija de nombre Sara, la segunda de esa familia.

Y fue entonces que, a Sara primera, no le interesó otro capítulo con hombres en su vida.

Setenta años tenía Dolores cuando dejó de ejercer su oficio constantemente. Y fue cuando cumplió los setenta y tres que no quiso hacerlo más, dejándole las riendas de la casa a su hija, con una única condición: que sus amigas, las putas que le trabajaron siempre, desde los años en el que el prostíbulo rebosaba de clientes, se quedaran viviendo con ellas. ¡Y así fue! Dolores jamás las desamparó, ellas habían desarrollado correctamente el concepto de comuna y de familia que ningún gobierno pudo proporcionarle al país. Podría decirse que en Ciudad de León nunca se desenvolvió perfectamente ese concepto que Tomas Rujano descubrió en sus años de estudiante de pregrado, donde se aprendió de memoria que, la familia era la base fundamental de la sociedad. Para octubre del año 1998, había leído la obra de teatro *Casa de muñecas* de Herik Ibsen y, en ese texto descubriría que la familia que ahí se retrataba, en la Noruega de finales del siglo XIX, estaba corrompida; que ese germen, desde muchos siglos antes, había destruido al mundo. A lo mejor, desde el momento en el que Adán mordió la manzana y Dios lo corrió junto a Eva del paraíso. O a lo mejor, desde esos míticos cuentos de la época del hombre de las cavernas, donde los hombres arrastraban a sus mujeres por los cabellos, para enseñarles el verdadero sentido del poder del macho que mandaría siempre. Este tema, como otros, siempre fueron trabajados por Rujano a lo largo de las treinta obras de teatro que ya tenía escritas para septiembre de 2015, y donde se encontró

ganador de un premio de dramaturgia que le otorgara el *Grupo IATI—Teatro*, importante agrupación de la *Gran Manzana*: una importante ciudad a la que llamaron siempre con ese calificativo y que quedaba en el *Imperio del Norte*, al norte del *Nuevo Mundo*. Con apoyo del gobierno de *El Hijo* recibiría en junio de 2015, una importante ayuda económica para ir a esa ciudad a recibir su premio. Lo que nunca entendió Rujano fue: ¿cómo el gobierno pudo apoyarlo con la cancelación de los viáticos del pasaje aéreo, como de todos los gastos que este tendría en dicha ciudad? Siempre tuvo presente que: ninguno de los involucrados y responsables de darle la ayuda se sentó a leer la obra de teatro, ya que la misma, hablaba del asesinato de un importante funcionario del gobierno, que venía mandando desde que *El Hermano Superior* había asumido el cargo de presidente y que, con *El Hijo*, no tenía el mismo poder, ni la misma estima, esto motivado a que su discurso incomodaba dentro de las políticas que *El Hijo* ejercía, como también irritaba a los demás adeptos que simpatizaban desde la militancia con este nuevo mandatario.

El funcionario era diputado y gay.

Afirmaría Rujano, en su obra de teatro, que la muerte de este funcionario se ejecutó desde el gobierno, y que, desde la casa de una familia humilde de Ciudad de León, se daría la planificación de este, involucrando a uno de sus amantes, también gay, hijo de un reconocido psiquiatra del país. El nombre de la obra de teatro: *Consulta por expediente.*

—Vamos a llevar a escena *Consulta por expediente.* —Dijo Tomas a Eduardo en una reunión que sostenían en julio de ese mismo año, después de su retorno al país del viaje a la *Gran Manzana*. La reunión fue en su apartamento.

—Estás loco. Te van a meter preso. —Contestó Eduardo con una risa, más de nervios que de burla.

—La alcaldía de Ciudad de León aprobó todo el presupuesto para que se lleve a escena. —Prosiguió Tomas.

—No entiendo nada. —Confundido, expresó Eduardo.

—El gobierno que anda regalando dinero. Se sienten orgu-

llosos porque un ciudadano de este país, es decir, yo, gané en territorio imperialista un importante premio de dramaturgia. Me imagino que ni sabrán qué es dramaturgia, y mucho menos conocerán de qué habla la obra. —Señalaba Tomas, sirviéndole un trago de ron, al estilo cubalibre, a Eduardo.

—Definitivamente esa gente no ha leído *Consulta por expediente*. —Dijo Eduardo.

—Esa gente no sabe leer mi querido Eduardo. —Afirmó Tomas, mientras chocaban los vasos, brindaban y se reían.

Consulta por expediente fue estrenada en la sala de teatro, del grupo de teatro más importante del país, o por lo menos eso pensaban los pocos integrantes que sobrevivían entre el polvo y los recuerdos de cuarenta y cuatro años que por ese 2015 tendrían. El nombre de la Sala y del grupo: Rajatabla.

La fecha de estreno veintinueve de octubre de 2015.

Al día siguiente la obra amanecería censurada por parte del gobierno. Tomas Rujano estuvo detenido por dos semanas. Se le acusó de levantar falsos testimonios contra el gobierno de turno, así como de un mártir de la revolución que llevaba por nombre el apellido del hombre que junto a *El Hermano Superior* ya nadie recordaba, Bolívar. En las filas de esa revolución, Tomas Rujano, tenía aliados. Uno de ellos, importante hombre del que él nunca hablaría fue quien lo sacó de la cárcel, borrando por completo el increíble expediente que Rujano calificaba como un libreto mal escrito.

—Todo lo que se escribe en esta revolución carece de argumento. —Dijo Tomas a su amigo.

—Esto no es ninguna de tus obras de teatro, Tomas. Así que te agradezco que te calmes, y que sigas estos argumentos, como tú los llamas, al pie de la letra. Piensa en tu familia. —Respondió su amigo.

—Por pensar en mi familia es que seguiré viviendo, sin silencios. Cuando termine de escribir *El país de las colas*, y si se llega a publicar, me mataran. —Continuó Tomas, recibiendo sus papeles de identificación por parte de su amigo y así quedar en libertad.

—Ahora, ¿qué nuevo invento es El país de las colas, Tomas? —Preguntó el amigo.
—¡La vida misma! —Dijo Tomas. Le dio un beso.
—Ni me nombres. —Dijo el amigo.
—Jamás amigo. Espero que la Revolución Bolivariana tampoco lo haga y que la vida, como la historia, te perdonen. —Musitaba estas palabras saliendo de la celda. El amigo con cierta mueca de intranquilidad no le quitaba la mirada de encima.

Ciudad León*,* como toda la nación, comenzaría a vivir desde el cinco de enero 1999, la *Revolución Bolivariana*, fecha que fue reconocido, *El Hermano Superior*, como presidente ante el poder legislativo del país, esto después de haber ganado las elecciones presidenciales del seis de diciembre de 1998. Ese hombre que estaba acompañado por la buena suerte y que, años después, en su larga cadena de mandato de comportó de mil maneras, sin nadie saber nunca y, en definitiva, ¿quién era *El Hermano Superior*? ¿Por dónde iría la historia de ese hombre que fue criado por su abuela en una casa de palma con suelo de tierra? ¿Quién era él, agitando un crucifijo en la mano?, como varias veces lo vio en cadena nacional, Sara tercera y muchas personas de Ciudad de León y del país. Ese, *El Hermano Superior,* el que alegraba el corazón de Sara y de otros simpatizantes y que agitando ese crucifijo mencionaba al Mao Tse Tung y a muchos marxistas o deidades de otras religiones opuestas al elemento que sometía entre sus manos. ¿Quién era él realmente? ¿Cuál de tantos de los que se mostraron en cadena nacional, en marchas y demás eventos políticos y públicos? ¿Cuál de todas sus máscaras, fue la más auténtica?
Fue difícil saberlo…
Y, aunque se mostrara de muchas formas, *El Hermano Superior*, estuvo siempre presente en un deseo común en todas sus formas y en todas sus apariciones actorales. Era un deseo tan grande, una aspiración muy fuerte que lo movía, que no lo dejó nunca dormir, desde su época de cadete militar, o mu-

cho más atrás, hasta que se convirtió en presidente y, con ese título, esa codicia se convirtió en obsesión, en una obsesión que se delataba sola y no se podía esconder.

La misma obsesión que jamás pudo esconder Rigoberto por Miguel.

Fuera la manera como se presentara *El Hermano Superior*, obsesivamente, siempre deseaba el poder. ¡Más poder! ¡El erotismo del poder por y para siempre! Y así, él, mantuvo una lucha por el poder y en la fiera brega por mantenerlo desde que llegó aquel seis de diciembre, donde no solo Sara tercera, su madre y su abuela, se alegraron por el triunfo, sino también más de tres millones y medio de personas que lo habían elegido. El total del 56.20% de electores que volvieron el mapa totalmente rojo y que era mostrado en todos los canales nacionales, como algunos internacionales, reseñando su triunfo. Sara tercera, junto a Sara segunda, Manuel Castro Belandria, su amiga Juana Delgado, y unos cuantos inquilinos de *La casa grande* se acercaron al teatro Teresa Carreño, después de conocer los resultados de las elecciones. Fue este centro cultural, uno de los teatros más emblemáticos del país, donde se presentaron importantes personalidades del espectáculo desde su fecha de fundación, así como zarzuelas, óperas y ballet de todo el mundo. Y que, para el 2016, cuando Dai Piñer comenzaba los ensayos *Estamos en el aire*, saliendo de las salas de ensayos de ese teatro, junto a Tomas y el resto del equipo de trabajo del montaje, bajo un fuerte aguacero que caía sobre la ciudad, se impresionaría al constatar que se mojaba el espacio adentro, y que había que ubicar tobos para que no se terminara de echar a perder la madera que tenía el suelo, degastada y comida por las termitas.

—Completamente en la mierda está el Teresa Carreño. —Dijo Dai a Tomas, a Eduardo, a Manuel y a los demás actores del montaje.

—Como todo el país. Cada día más hundido en la miseria. —Completó Manuel.

Esa noche del seis de diciembre todo era alegría en Ciudad

de León, la gente que había comenzado a congregarse, tanto en la plaza Bolívar, como en el teatro Teresa Carreño, incluso, antes de saberse los resultados que daría a conocer al nuevo presidente, ya se daba por sentado que era *El Hermano Superior* el nuevo mandatario, así lo decretaron, y así fue. Manuel Castro Belandria junto a otros hombres, inquilinos de la pensión, habían comprado varias botellas de ron para amanecer celebrando una parranda que duró tres días. Sara primera, con ciento un año, fue la única que no celebró en ningún momento, prefirió quedarse en la casa, a ser cuidada por Manuel que, a su vez este, maldecía con apenas diecisiete años la llegada al poder de *El Hermano Superior*, como la alegría de todos en la casa. Sin embargo, cuidó a sus morochas, a su tatarabuela, como también estuvo al pendiente de los inquilinos que iban y venían al compás de los muchos cohetes y las muchas parrandas y fanfarrias que pasaron frente a la pensión, durante esa noche y todo ese diciembre. Sara tercera y Juana bailaron toda esa noche, uniéndola con la madrugada y el día del siete de diciembre. Ellas y Sara segunda, fueron después del mediodía a la pensión a cambiarse. No sabían del rumbo de Manuel Castro Belandria, como de los otros acompañantes. Tanta fue la gente en la calle, que era muy fácil perderse y no encontrase sino después de tres días vomitando todo el aguardiente consumido. Al llegar a *La casa grande*, Sara segunda, prefirió quedarse a descansar. Todo el país estaba de fiesta y Ciudad de León, siendo su capital, recibía a muchos simpatizantes del nuevo presidente, que seis años atrás buscó de igual manera llegar al poder por medio de un golpe de Estado, ahora obtenía ese mismo poder de manera democrática. *El Hermano Superior* recordaría siempre ese golpe de Estado del cuatro de febrero de 1992, como la primera vez que se rindió, y donde se entregó sin pelear, quedando ese hecho como un *por ahora*, donde él sabía perfectamente que al rendirse mantendría vivo ese proyecto político en el que siempre había soñado, desde que comenzó a leer a Bolívar, por allá, en sus inicios en la academia militar.

En los periódicos, como en otros medios de comunicación, se mostraban todos los días lo que fue el sepelio de *El Hermano Superior*, por aquel marzo de 2012. No importaban otras exclusivas para el país, al régimen solo le interesaba que se repitiera, una y mil veces, la noticia sobre la muerte del máximo líder de la *Revolución Bolivariana*. Muchas personas adversas criticaban tal hecho; hasta Sara tercera, que estaba conmovida por la muerte de *El Hermano Superior*, se sentía agredida por el abuso del régimen:

—Están haciendo un show de la muerte de mi hermano superior. —Dijo mientras veía un periódico en un quiosco cerca de *La casa grande*.

—Desde hace rato este gobierno es un show. Y esta muerte, no es más que uno de los tantos numeritos que ellos preparan. —Afirmó el dueño del quiosco.

—¡Escuálido me salió el hombre! —Rezongó.

—Por favor, señora Sara, mejor no hablemos del tema. —Dijo el hombre y continuó atendiendo a otros compradores. Sara recogió el periódico, una golosina que le había comprado a Jorge y su vuelto. Con mala cara continuó su camino.

Con menor intensidad e insistencia, la prensa y demás medios de comunicación reseñó el asesinato de Rigoberto. En la mayoría de los casos la noticia se volvía amarillista. Medios a favor del régimen empleaban un discurso disfrazado ante el suceso. Para ellos, como para muchos afectos y para Tomas, había muerto un *mártir de la revolución*. En las calles de Ciudad de León se generaban desde los sollozos y los susurros, rumores y opiniones con mayor libertad sobre la muerte de *El Hermano Superior*, que para muchos comenzó en el diciembre de 2011, cuando partió a La Habana a tratarse el cáncer que acabaría con su vida. Y así continuarían, esos mismos rumores y sollozos, el octubre del 2014, con el asesinato de Sierralta. Eran las calles de la ciudad una fuente de información vital, y no como esa prensa que se encontraba ante una firme vigilancia. Lo que no se decía en los periódicos, las calles si lo decía con una gran valentía para todos los transeúntes, que

ponían atención en escuchar para luego continuar repitiendo, formando así, una gran cadena humana de rumores que, en muchas ocasiones, terminaban convirtiéndose en verdades. Se decían tantas cosas, que provocaban un miedo atroz el simple hecho de escuchar los murmullos que se generaban y que solo eran detenidos con la cárcel o con sangre.

En Ciudad de León, como en el país, las noticias siempre comenzaban a expandirse por las calles y desde el rumor.

—Hoy día sucede lo mismo. —Pensó Tomas Rujano. Apagó lo que le quedaba de cigarrillo y continuó escribiendo el argumento de un ejercicio discursivo, donde fusionaba dos géneros literarios: la narrativa y la dramaturgia.

Ese ejercicio lo tituló: LA CASA GRANDE.

Y seguía escribiendo el argumento y más pensaba en Elías, uno de los tres personajes de su obra de teatro *El cáliz amargo de una santera*, escrita en el 2008. Estrenada en junio de 2011 y publicada en septiembre de ese mismo año por una editorial pública creada bajo el régimen de *El Hermano Superior*. En boca de Elías comenzaría a desarrollar en su dramaturgia la tesis sobre el rumor en su país. Paró de escribir. Continuó pensando, prendió otro cigarrillo. Buscó en su computadora el texto. Leyó en voz alta:

No tienen nombres… El nombre que reina en el pueblo es el rumor, padre… Todos hemos estado acostumbrados al rumor. Cada religión defiende su rumor, nada es verdad. Mi verdad es tan distinta a la suya, y la suya es más distinta a la de todos nosotros. ¡Así somos! Y yo me pregunto, ¿qué rumor soy? El rumor es algo que no es verdad, que quizás puede arrastrar algo de verdad, pero que no se sabe si lo que arrastra es la verdad certera del concepto real que se tiene sobre cualquier cuestionamiento necesario. Todos estamos sujetos al rumor. Todos paramos en el lugar menos preciso y concreto por culpa del rumor… Aquí estoy yo, en un constante rumor, respetando la verdad de ambos, tratando de conllevarla con la mía, pero es difícil… Quizás vivo en el rumor, y busco en los rumores de ustedes la verdad que

pueda llenar el vacío que encierra vivir en este pueblo... Por eso omito verdades para no caer en rumor con usted, madrina; pero descubro que el rumor y la omisión también son traiciones y me traiciono, y trato de no traicionarla a usted… Vivo con tres guayabas en mi bolsillo, un ramo de flores y un rezo que no domino por completo para no aceptar que omito mi verdad… Pero es que no tengo clara cuál verdad defiendo, si la mía o la del rumor de su verdad, que al fin de cuentas es eso, un rumor.

Eran tantos los rumores en las calles, como los que repetían los clientes de Dolores, cuando venían a *La casa grande*, que Tomas optó por no oír más. *Se decía que* eran cien, doscientas o miles las puñaladas que le habían dado a Rigoberto. *Se decía que* habían sido más los muertos de aquella masacre de Tumeremo, y pensó en Christian, su primer amor. Y pensó en Rigoberto, su segundo amor, y entonces, Tomas Rujano eligió por escribir en su texto nueve puñaladas.
Para él, el nueve siempre fue el número de la muerte.
Y, aunque hablaba de diecisiete zapatos en esa asta como bandera, siempre vio más zapatos mientras escribía la obra de teatro.
—Todos Estamos en el aire. —Pensó. Continuó fumando.
Para el régimen de *El Hijo*, el, (o los) asesino (s), de Sierralta, tenían acceso a su casa. Las fuerzas policiales y criminalísticas que llevaron el caso declararon *que,* la seguridad de la casa no había sido violentada. *Que* no habían robado nada. *Que* no había ninguna cerradura forzada. *Que* no había huellas en la escena del crimen. *Que*, aunque, había sido un asesinato muy bien planificado, cojeaba de una pata: *el asesino, Miguel, el muchacho de la cara cristalina, cometería el grave error de masturbase encima de la cara del cadáver.*
—Para que te lleves mi semen contigo.

En los años de la fundación de Ciudad de León, solo las casas de las familias adineradas eran de tejas y de paredes de bloques que protegían a sus integrantes de los agites que dejaban las

guerras internas en la ciudad. Todas estas casas estaban cerca de la plaza mayor, o a pocos metros de distancia. Los demás domicilios, los que quedaban a muchos kilómetros de la plaza, se definían por ser ranchos improvisados, sobre la misma tierra, con olor a pantano y a sudor de pobre, la residencia de Dolores era así, antes de mudarse a *La casa grande*. La de los pobladores que comenzaban a llegar a la ciudad, por los años de 1980, eran así, como en el 2015, y en el siguiente año, incluso, Tomas Rujano advirtió, en uno de sus textos, que le faltarían hojas y vida para poder registrar toda la cambiante historia de la ciudad que sorprendía de un momento a cualquier cerro, a cualquier urbanización, como a cualquier persona.

Ciudad de León se había expandido. No era el mismo caserío alrededor de la plaza mayor, que había comenzado desde la época de la colonia y que aún se mantenía, —con algunos cambios—, en los años donde Dolores Bermúdez recibía a sus clientes en *La casa grande*. Era ya tan grande la extensión de sus calles y avenidas que se hacía más preponderante la pronunciación de sus límites y coordenadas geográficas. Así, poco a poco, en el transcurrir de los gobiernos que regían al país, se fue demarcando dos coordenadas limítrofes que administrarían para siempre a la ciudad: *el este* y *el oeste*. *La casa grande* quedaba en el *centro oeste* de Ciudad de León, colindando al *norte* con la autopista principal del centro y al *sur* con la plaza mayor y el mercado de San Jacinto. Fue en la dictadura del general *Pérez Jiménez* cuando se marcó aún más esta posición geográfica; comenzó de esta manera el llamado movimiento de tierras, y los pobladores de la ciudad emprendieron el enterrar con los desvanes de cal y el papel del tapiz de sus viejas casas todos los recuerdos de un pasado remoto. Mandaron al olvido, con esta clasificación del *este* y del *oeste*, todas las nostalgias simples o románticas de una vieja forma de coexistencia que apenas estaba emprendiendo evolucionar. Se fue inventando en la capital una especie de extenso resumen de las más variadas ciudades del mundo. Influyó también para esta extensión geográfica y moderna la llegada de muchos

extranjeros que demarcaban estilos ornamentales a lo largo y ancho de la urbe: los artesonados de madera de que gustan los constructores vascos. Los frisos de ladrillo contrastando con el muro blanco, como en las formas "masías" catalanas y levantinas. Los coloreados y casi abusivos mármoles de los genoveses. Edificios al *este* de la metrópoli que parecían con sus bandas verticales pintarrajeadas, enormes cordones. Y es que se ve dentro de la localidad otras pequeñas ciudades, tanto del viejo mundo, como de otros países del nuevo. Hay también trozos muy al estilo del Imperio del Norte con "supermercados" y bombas de gasolinas que recuerdan a *Denver*, *New York*, *Texas*. Y la mayoría, para no decir todo este avance moderno y urbanístico, se originó y fue más preponderante al *este* de Ciudad de León, que al *oeste*.

Al *oeste*, con todo y que en la dictadura del general *Pérez Jiménez* se realizaron las más importantes construcciones de apartamentos, conocidos y que aún se conocen en el ayuntamiento como *Bloques*, seguían reinando los cerros con caseríos improvisados que fueron construidos a partir de las migraciones internas que se vivieron en el país. El ciudadano del interior buscaba en Ciudad de León una mejor calidad de vida, que su lugar de origen, desde hacía rato, había dejado de proporcionarle. Y fue para comienzos del mes de abril de 1955 que llegaría, al sector de *La Pastora*, la familia de Rigoberto Sierralta. Un año antes, en agosto de 1954, nacería el hombre que mucho tiempo después se conocería con su famosa frase: *por ahora*; proveniente de un pueblo, que luego se conocería con el nombre de *Sabaneta*, en un estado llanero—andino del país. Este hombre sería mentado por el pueblo, como por Tomas Rujano, como *El Hermano Superior*.

La familia de Rigoberto José Sierralta Chacón levantaría, cerro arriba, un cuarto improvisado de cuatro por cuatro, con láminas de MDF y zincs viejos que comprarían con los ahorros que llevaban, su madre, una joven maestra rural y su padre, un policía que prestaba servicio a la seguridad secreta de la dictadura. Traían una niña de cinco años de edad, su

nombre, Rosa María Sierralta Chacón, hermana mayor del diputado. La mamá venía también con el embarazo, de seis meses, de Roberto Ramón Sierralta Chacón. Nacería tres meses después, en un julio caluroso, en esa habitación de piso de tierra de cuatro por cuatro, casa de los Sierralta Chacón. De origen andino, Carmen María Chacón Mora y Ramón José Sierralta Gómez, levantaron una familia de cuatro hijos y dos perros. Rigoberto nacería un quince de marzo de 1966, en un hospital retirado de donde vivían. Sería el tercero de esos cuatro hermanos. Ya no mandaba la dictadura y Ramón Sierralta había podido comprar, años atrás, un puesto en el mercado de San Jacinto, donde vendían prendas de vestir y calzados traídos del hermano país. Carmen Chacón laboraba como maestra de primaria en una escuela que había sido construida en el mandato del subteniente *Medina Angarita*, ubicada cerca de la plaza mayor. Con trabajo y con el transcurrir de los años, lograron mudarse de aquel cuarto improvisado que les quedaba cerro arriba a una amplia y humilde casa en la avenida principal de *La Pastora*. Rosaura Josefina Sierralta Chacón, nacería en noviembre de 1970 en la maternidad de Ciudad de León. Sería la cuarta hija y hermana de los Sierralta Chacón. Los padres siempre velaron por darles a sus hijos educación, obteniendo de ellos que, la primera hija se convirtiera en arquitecto, el segundo hijo, en médico, Rigoberto en abogado y Rosaura en profesora de castellano y literatura, también había cursado estudios de actuación con actores y directores extranjeros que llegaban a la ciudad a mediados de la década de los 70.

La noche del estreno de *Consulta por expediente*, Rosaura Josefina estaría presente entre los espectadores. Con cuarenta y tres años de edad y una importante trayectoria en el teatro de Ciudad de León, lloraría demasiado al ver esa representación y saldría de la sala insultando a Tomas Rujano.

—Juro que te voy a demandar. —Dijo muy exaltada Rosaura.

—Cálmate, este no es el momento. —Le respondió Tomas.

—Mi hermano no era nada de todos esos inventos que tú

afirmas en esta mierda de obra. —Gritaba.
—Sé muy bien lo que era tu hermano, Rosaura. —Concluyó Tomas, dejándola con la palabra en la boca.
El treinta de octubre de 2015, Tomas Rujano sería detenido y la obra de teatro censurada para siempre en el país.

CUARTO MOMENTO: El nombramiento
Ciudad de León. Seis meses después. Comienza a caer la mañana.
Una celda donde se reciben visitas. Dos sillas y una pequeña mesa. Se oye el sonido de la lluvia desde lejos. Una pequeña ventana al fondo por donde se observa caer la lluvia. En la celda encontramos a José, viste ropa cómoda: en monos y franela roja. José Manuel entra. Debe darse la sensación de que abren y luego cierran la celda. Miradas incómodas.
JOSÉ **(Sentado)**.— ¡Volviste!
JOSÉ MANUEL.— Debía hacerlo.
JOSÉ.— ¿Cuándo llegaste?
JOSÉ MANUEL.— Ayer. **(Pausa incómoda. Se sienta en la otra silla).** No quise dejar pasar más tiempo… debía venir.
JOSÉ.— José Manuel, yo…
JOSÉ MANUEL.— ¡Calla! **(Pausa breve).** Tengo tantas preguntas sin respuestas…
JOSÉ **(Se pone de pie).** ¡Ya no hace calor! Ha llovido varías veces sobre esta tierra… en el país…
JOSÉ MANUEL **(Atragantado)**.— ¿Por qué lo hiciste?
JOSÉ.— No quise hacerlo.
JOSÉ MANUEL.— ¡Los zapatos dicen lo contrario!
JOSÉ.— La vida también…
JOSÉ MANUEL.— Acabaste con lo que me quedaba de familia…
JOSÉ.— ¡Eres mi hermano!
JOSÉ MANUEL **(Parándose de su asiento)**.— No me llames hermano… Eres un completo extraño…
JOSÉ.— Estoy…

JOSÉ MANUEL.— ¡Jodido! Si de verdad se comienza a hacer justicia en este país, te vas a podrir aquí.
JOSÉ.— Perdóname.
JOSÉ MANUEL **(Miradas incómodas. Observa por la ventana)**.— Llueve mucho… El agua que cae en esta tierra seca lava la inmundicia humana ¡El agua que se estanca! **(Pausa).** ¡Hace mucho frío! Y volví solo a mi país. **(Atragantado).** Después de tres largos meses de llanto y soledad, ahora vivo con él… Pues si… resulté homosexual… Siempre lo fui… **(Llora. Después de una pausa).** Nunca te conocí realmente, José, pero ahora sé que pagarás por tantas muertes… ¡Por las de nuestros hermanos!
JOSÉ.— El Fiscal General de la República no permitió que me hicieran el acto de juramentación en la plaza Bolívar del pueblo… ¡No me hicieron el nombramiento!
JOSÉ MANUEL.— ¡Lo justo! Es la libertad que está naciendo… que está creciendo.
JOSÉ.— El país también ha crecido mucho… **(Pausa larga. Melancólico).** Zoraida también murió aquella tarde.
JOSÉ MANUEL **(Desafiante en su discurso. En sollozo. No le habla a él. Su mirada perdida en el horizonte)**.— Los cuerpos de nuestros hermanos estaban en un sitio que nadie sospechó, que yo no sospeché… en uno de los llanos donde el grupo se detuvo después de atravesar un puente de madera, el día de su nombramiento. Los distinguía un montículo de tierra empantanada frente al cual se habían estacionado las motocicletas de los simpatizantes de José. **(Pausa larga).** No haber llegado aquella noche a la casa me hizo vivir un estado de felicidad ficticia. Me imagino que me convertía en uno más de este país. Bueno, nunca he dejado de serlo. Disfruté tanto esa noche que volvía a nacer como ciudadano de este país; en una tierra del tercer mundo en la que nadie se aburría. Y fue tanto baile, tanto alcohol y tanta "felicidad", que fue a las once de la mañana del día siguiente que me di cuenta de que debía volver… Y, ¿para qué? Para estar a tu lado y al lado de mis hermanos en tu nombramiento, pero

no. Ninguno pensaría que el delito se intentaría cubrir de una manera tan torpe.
JOSÉ **(Absorto)**.— Así lo planificó Zoraida. Ella me aseguró que nadie iba a conseguir sus cuerpos… le creí. Así pasó con aquellos cuerpos de aquel marzo caluroso…
JOSÉ MANUEL **(Llorando)**.— Así pasó ese día… ¡Asesino!
JOSÉ.— ¡Yo no quise hacerlo!
JOSÉ MANUEL.— Y a ella también la asesinaste… Y no es que me importe.
JOSÉ.— Zoraida se encargó de todo. **(Pausa larga).** Después me encargué de ella. Así como ella mató a mi Zoraida… debía hacerlo. Castigar sus crímenes…
JOSÉ MANUEL.— ¡Cínico! **(Muy cerca de él. Cara a cara).** Yo me encargaré de que te pudras aquí… que pagues todos tus crímenes. ¡Que te castiguen!
JOSÉ **(Cara a cara)**.— ¡Soy tu hermano!
JOSÉ MANUEL **(Cara a cara)**.— Que no me llames hermano… **(Lo escupe. Después de una pausa larga. José se sienta. Él ve por la ventana. Recordando. No habla con él).** Germán, *mi él*, llegó en la mañana al pueblo. Continuaba la fuerte lluvia. Le fue fácil venir a buscarme… llegar y encontrarme. Germán y todos los que íbamos a tu nombramiento pasamos cerquita de los cadáveres. Unos metros más adelante estaba el río Botanamo, la última parada del trayecto. Ir más adelante, unos veinte minutos por la trocha, hubiese significado llegar a la mina y correr riesgos. "Ya ahí llegaron los malandros. Si cruzamos, lo que pueden hacer es secuestrarnos y hasta matarnos, como hicieron con mis hermanos", dije. **(Llora).** En ese momento comencé a comprender que estaban muertos. Me imagino que me sentí como muchos de los familiares que volvieron a sus casas sin ninguna respuesta, ni esperanza, en los días de la masacre.
JOSÉ.— Se me escapó todo esto de las manos…
JOSÉ MANUEL **(Desde la ventana)**.— A los políticos no les cabe en las manos las verdades… ¡Un país! **(Pausa lar-**

ga. Va y se sienta en la otra silla. Queda frente a José. Lo mira de manera retadora. Recordando). "Es que este es un pueblo minero. Aquí lo que se respira es oro", dijo el taxista mientras nos llevaba a la casa y el diente de oro le relucía. **(Pausa larga. Sollozando).** Fue entonces, cuando ya en la casa, junto a Germán, y por cualquier motivo que ya no recuerdo subimos a donde estaba el asta… el asta que nunca le presté atención. La que sostenía los diecisiete… **(Corrigiéndose).** Los dieciocho zapatos. **(En llanto).** Reposaban tres nuevos zapatos. Las manchas de sangre estaban frescas.

JOSÉ.— Yo agarré un zapato de José Tomas y otro de José Miguel y lo elevé a las alturas… **(Pausa).** También le quité un zapato a ella… ella también merecía estar en las alturas… ¡Siempre estuvo conmigo! ¡Con el pueblo! ¡Con el país!

JOSÉ MANUEL **(Se lanza encima de él. Lo agarra por el cuello. Quiere ahorcarlo)**.— ¡Maldito! **(Se calma. Lo suelta. Se sienta nuevamente. Pausa. Llora mientras recuerda).** ¡Vi los tres zapatos nuevos en el asta! Abracé a Germán. Y fue justamente en ese momento cuando supe que José, el hermano que comenzaba a conocer, había asesinado a sus dos hermanos. No fueron ningunos malandros, ninguna banda asesina, como al principio nos habías hecho creer… ¡Fuiste tú! **(Pausa incómoda).** Mi José Tomas y mi José Miguel muertos… y también la señora extraña que me dio el desayuno aquella mañana que ya no quiero recordar.

JOSÉ **(Se levanta. Recordando)**.— Después de guindar los zapatos bajé de la platabanda. La noche estaba muy oscura… corrí a mi despacho. Ahí me quedé.

JOSÉ MANUEL **(Recordando. Llora. Otra vez con la mirada perdida)**.— Salimos de la casa y nos encontramos con él, con José… contigo… esposado… trasladado, ¿a dónde?, no me importó. Comenzarías a ser el primer político del país que pagaría por las muertes cometidas en el nombre de la revolución. **(Reflexivo).** A lo mejor la revolución iba hacer algo bueno por el país… Él, José, mi hermano, y unos cuantos desde el poder no lo permitieron. ¡No lo permitirán! ¡Seguirían jodiendo!

JOSÉ **(Pareciera que diera un discurso político. Ríe dementemente)**.— Aunque no haya nacido en Tumeremo, soy procedente de ese caluroso pueblo que descansa a las orillas del cerro el Nuria, mi nombre sigue siendo José. Soy de ese pueblo, donde su gente bondadosa y hospitalaria baila al ritmo del calipso, donde el minero busca el oro para venderlo y comprar el pan de cada día, incluso su botella de ron. Donde vemos a nuestros indígenas Kariñas con loros y sacos de yuca. Donde encontrábamos por las calles a Chuito sonando sus perolitos en las parrandas de la plaza Bolívar. Sus fiestas patronales con Noli Perroni y sus danzas pinceladas, coloreaban las puertas de la Gran Sabana. Qué tiempos aquellos donde el padre Ezequiel Serrano, nos hacía correr con sus sermones, allá, en Campo Escuela. Una vez, recuerdo que un toro se escapó de la matanza, fue a dar a la plaza y mató a un señor que le decían pata e' toro. Se me viene a la mente aquella plaza de toros que vino a Tumeremo con Doña Conga y sus enanitos, a Elvigia Oronoz con su carrito de calipso con quien muchos jóvenes tumeremenses, como Pedro Oronoz, Edgar Ribero, Ramón Ribero, el Zorro, Getulio Ribero, Compota, Gollo Ojeda, Carlos Oronoz, Pajarito, Leimer Marcano, Richart Marcano y otros músicos de esta agrupación, deleitaban con sus voces e instrumentos en la plaza. Aquella vez, en una feria, en la que se celebró un concurso de música llanera, llamado el Nuria de Oro, en el que compitió nuestro ya nombrado Leimer Marcano, orgullo para nuestro pueblo. Esos son algunos de los recuerdos y eventos que en la trayectoria de mi juventud y adultez viví. Sus casas al estilo colonial, como la casa de los Balcones, que decían se parecían a la de Simón Bolívar y, por donde Víctor González desde su vehículo y con parlantes, formaba mucho escándalo por las calles. En este nuevo tiempo nuestro pueblo ha crecido mucho...
JOSÉ MANUEL **(Levantándose de la silla)**.— ¡Ya no quiero estar más aquí! Tampoco quiero que José Tomas ni José Miguel sigan nutriendo esta tierra… Mandé a incinerar sus cuerpos…
JOSÉ **(Desde su puesto, muy perturbado)**.— ¡Yo no quise hacerlo! ¡Conóceme! **(Pausa).** Colgué tres zapatos nuevos,

de tres nuevos mártires, Zoraida, ella, oriunda de Tumeremo, jamás fue víctima, siempre fue victimaria. José Miguel y José Tomas nunca fueron de aquí… incluso habían dejado de ser del país, pero se convirtieron en dos víctimas más… yo los convertí en dos nuevas víctimas… **(En completo estado de shock).** ¿Para qué colgué los zapatos? Tal vez quise ser descubierto, como siempre estuve… al descubierto. ¡Yo no quise hacerlo! **(Mirándolo fijamente).** ¡Conóceme!

JOSÉ MANUEL.— Sabes que el otro existe cuando lo tienes cerca… Por las redes sociales cualquiera vive. Son el mejor invento para no sentirnos solos… pero ya ni las redes sociales nos miran. **(Hace para salir del lugar. Debe darse la sensación de que le abrieron y luego de que le cierran la celda)**. Hoy me despido para siempre. Sólo vine a buscar las cenizas de ellos. No quiero que estén aquí, en este país que tú pisas.

JOSÉ **(En completo estado de shock)**.— ¡Yo no quise hacerlo! **(No le quita la mirada de encima).** ¡Conóceme!

JOSÉ MANUEL **(Fuera de la celda)**.— ¡Hoy te conozco "hermano"! Mucho gusto, José Manuel. **(Sale).**

JOSÉ.— No, no te vayas… no desaparezcas… ¡Conóceme! **(Apagón violento).**

FIN

Escrita entre el 20 de marzo y el 24 de mayo de 2016, en Ciudad León[1].

Muchos fueron los comentarios que se hicieron después de concluida la lectura del texto dramático: *Estamos en el aire*. Dai Piñer aceptó dirigirlo. Manuel le gustó su personaje: José Manuel. En ese encuentro salieron muchas ideas. Hicieron una lista de futuros actores para la obra. Patty no sería Zoraida, era muy joven. Tomas, como Dai, estuvieron de acuerdo que lo interpretara una primera actriz del país, de apellido Rueda. Eduardo presentó un posible plan de trabajo que comenzaría a ejecutarse después de tener todo el elenco. Patty aceptó ser

1 Este texto dramático, realmente, fue escrito entre el 27 de marzo y el 04 de noviembre de 2016, en el Estado Vargas, Venezuela. Hoy día, Estado La Guaira.

la asistente de dirección del montaje, también le apasionaba esa área del teatro y moría con asistirle a Dai Piñer. Tere De Jesús se puso a la orden para cualquier ayuda que necesitaran. Así continuó la velada, hasta que después de cuatro botellas de vino, cuando comenzaron a marcar la retirada.
Ya no llovía.
El último en irse fue Manuel. Tomas lo acompañó a la puerta.
—Voy a hacer caso a tus observaciones. Tienes mucha razón.
—Hubo una pausa y después prosiguió Tomas:
—Si quieres, te quedas.
Manuel seguía pensando en Pablo. Al día siguiente debía estar muy temprano en el hospital, acompañándolo en la realización de unos estudios que debía hacerse.
—No puedo. —Dijo entonces Manuel. Se abrazaron. No hubo beso. Rieron. Partió.
Tomas se quedó por unos minutos parado en la puerta. Lo observó partir. No le dio tiempo, o a lo mejor no quiso decirle que cada palabra pensada para José Manuel, cada frase, cada emoción, cada momento, cada suspiro… todo José Manuel, toda la esencia de ese personaje estaba inspirado en él.
—No todo se debe decir. —Pensó Rujano. Cerró la puerta. Entró.

Dos horas después, en compañía de Manuel, volvió a prender la computadora y siguió pensando. *Pensó*: en que ningún país del mundo se había salvado de las ambiciones de los hombres, que todos los países seguían sometidos por las miserias que arrastran el poder, que tanto el viejo, como el nuevo mundo, los unen características peculiares que los han arrastrado a una desolación de años: caudillos que desde el resentimiento se volvieron dictadores, Lenin, Stalin, Mussolini *"El Duce"*, Franco y el más sanguinario de la historia, Hitler: *"El Führer"*. *Pensó*: que todos esos seres han apostado en crear mandatos de miserias y de hambre donde ha reinado la muerte. *Pensó*: en las personas que nunca fueron invitadas a morir, como los miles o millones de: judíos, razas impuras, con tendencias

sexuales y de creencias diferentes, que fueron asesinadas o desaparecidas, en lo que se llamó el *holocausto*, con el fin de germinar un nuevo mundo, una nueva *estirpe superior aria*, según el pensamiento de Hitler.

—Muchos historiadores dicen que la historia no se repite. Puede ser… Yo digo que sus ciclos si lo hacen. —Le dijo Tomas a Manuel mientras continuaban bebiendo vino y escuchaban la canción *Geografía* del grupo español *La oreja de Van Gogh*.

—Yo no sé tanto de historia como tú, pero lo que sí sé, es que la historia siempre la cuentan los que ganan. Y en este país, todos nosotros somos perdedores. —Afirmó Manuel. Y volvía a pensar en Pablo. Aunque se había devuelto al apartamento de Tomas, no olvidaba la responsabilidad que él había decidido adquirir.

—Todos nos hemos perdido. —Dijo entonces Tomas y le subió más volumen al reproductor de música en su computadora.

Tomas Rujano pensaría y llegaría a la conclusión, que toda la humanidad ha estado marcada por guerras y revoluciones, propiciando a que se siga extendiendo la miseria humana, con la aparición de un vertiginoso avance técnico y científico, por las ruinas de *Hiroshima* y *Nagasaki*. Por la división del mundo en dos grandes bloques —*occidental* y *soviético*—, por la caída de un muro que aún jode sin estar. Por la *guerra fría*, basada en el difícil equilibrio de capacidad destructiva militar. *Pensó*: en los asesinatos de presidentes: *pensó* en Kennedy, asesinado en Dallas. Y volvió a pensar: en Allende y en el golpe militar de aquel once de septiembre de 1973, donde perdería la vida por el régimen fascista de *Pinochet* y las dictaduras sanguinarias. *Pensó*: en la *dama de hierro* y su mandato, con la mayor crisis económica, disfrazada en una perfecta hipocresía de burócratas. *Pensó*: en los bloqueos por parte de los que tienen el poder. Volvió a pensar en Kennedy y en La Habana. *Pensó*: en los actos de terrorismo a nivel mundial: —*pensó* en dos *Torres Gemelas* y en los grandes monumentos que se habían realiza-

do en honor a los caídos en esa masacre, y que había tenido la oportunidad de conocer cuando visitó la *Gran Manzana*, en junio de 2015—. *Pensó*: en las revoluciones lideradas en el nuevo mundo: *pensó* en las novelas que le habían marcado la vida, *Cien años de Soledad* de Gabriel García Márquez *"El Gabo"*, *Satanás* de Mario Mendoza y *Mal de amores* de Ángeles Mastretta. Y volvió a pensar, en lo vertiginosa y en la inteligencia de esta escritora, Mastretta: contar por medio de una historia de amor la revolución de su país. Y entonces, *pensó*, en Benito Juárez y *pensó* en Porfirio Díaz, el dictador y en su dictadura de treinta y cinco años, incluso, *pensó* que la dictadura de Díaz había durado más que la de *El Bagre*, la del general *Pérez Jiménez*, la de *El Hermano Superior* y *El Hijo*, que era lo mismo. Y *pensó* en Madero y *pensó* en Zapata, y en su asesinato. Y se fue más atrás y *pensó* en el *grito de Dolores*. Y en Maximiliano y en Carlota. Y *pensó* en Evita. Y en Lady Di. Y *pensó* que la vida era desordenada, y que no tiene líneas rectas, sino atajos. Y volvió a pensar, en el asesinato de Gaitán, y, en la máquina de escribir que *El Gabo* había empeñado por unos cuantos pesos, para gastarlo en parrandas, la cual había perdido en los días donde la capital del hermano país, había sido víctima del estadillo social que se produjo por la muerte de Gaitán. Y *pensó* en la frase con la que el mismo Gabo resumía su biografía: *Vivir para contarla*, y mientras pensaba en esa frase, la balbuceaba desde sollozos: *"La vida no es la que uno vivió, sino la que uno recuerda y cómo la recuerda para contarla"*. Entonces, *pensó*: en el indulto que el presidente de su país le había dado, aquel veintiséis de marzo de 1994, al militar que se volvería en *El Hermano Superior*, dejándolo en libertad, allá en San Francisco de Yare. Y *pensó* que ese indulto había sido la carta de presentación de un nuevo ciclo histórico, que tenía como antecedente una débil democracia que había llevado y seguía llevando al país a estallidos sociales. Y *pensó*, en lo que dijo *El Hermano Superior* al ser elegido presidente: *Este país tiene su hora, y es que llegó la hora del pueblo*. Se río y volvió a pensar en el pueblo, en ese pueblo engañado, creyendo que

si mandaban ellos. Y se vio pueblo. Y se reconoció pueblo. Y *pensó* que su voz era tan nula, como nula se le habían vuelto sus letras. Pero con todo y lo revocada que podían llegar a estar sus letras, se animó a abrir un nuevo documento de *Word*: observó la hoja de blanco. Y contempló a Manuel, perdido entre las canciones que seguían sonando de *La oreja de Van Gogh*, del cd *lo que te conté mientras te hacías la dormida*.
Escribió:

EL PÁIS DE LAS COLAS

NOVELA TEATRAL, HISTÓRICA Y ANTIHISTÓRICA DE UN PAÍS

Y con ese nombre, en una única página, que segundos antes había estado en blanco, cerró la computadora.
—Ya *La casa grande* no es un ejercicio literario. Ya *La casa grande* es una de las tantas casas de *El país de las colas*. Corrijo, es la principal. —Pensaba en voz alta.
—¿Decías algo? —Preguntó Manuel.
—No. Nada.
Y *pensó*, que por esa noche ya no hacía nada ahí, sentado, pensando en seguir pensando por un país y por el mundo que no pensaba en él. Que volvería al día siguiente, en su soledad, solo, a pensar por medio de sus letras, de sus mundos… de sus personajes.
Y se animó a cambiar de pensamientos. Y *pensó* en la música pop y en el merengue. Y *pensó* en los colores del arcoíris. Y *pensó*: que la vida lo mandaba a pensar en complicaciones que lo angustiaba. Y *pensó* en los incas y en los aztecas. Y *pensó* en Miranda y en Catalina la grande. Y *pensó* en Bolívar. Y *pensó* en Rigoberto y en sus asesinos. —Y ya no quiso pensar más—. Entonces, se angustió más, y volvió a pensar que, angustiándose pensaba en un futuro incierto, futuro que era presentado desde imágenes difusas, por un pasado tan pensado por otros, y que él solo lo pensaba, imaginándolo tan difuso como su futuro. Respiró. Luego de una pausa, tomó un poco de vino, y en medio de la canción *Nadie como tú*, volteó y miró a Manuel. Y ahí descubrió que su soledad lo seguía

acompañando, pero era una soledad compartida, una soledad acompañada. *Pensó* en amarlo.
—Yo no he perdido. Te he conocido y siento que he ganado. Eres mi tercera imagen del amor. —Lo besó.
Manuel correspondió.

Contenido

Primera Parte: Primera Lectura 7

Segunda Parte: Conocernos 27

Tercera Parte: Estamos En El Aire 123

Este libro fue diseñado y exportado para su publicación en AMAZON por SULTANA DEL LAGO EDITORES, en los talleres gráficos del poeta Luis Perozo Cervantes, en Maracaibo, estado federal del Zulia, en el continente americano, del planeta tierra; a los 8 días del mes de febrero de 2022, el mismo día del año 1980 en que fallece el catedratico, filologo e historiador Agustín Millares Carlo.